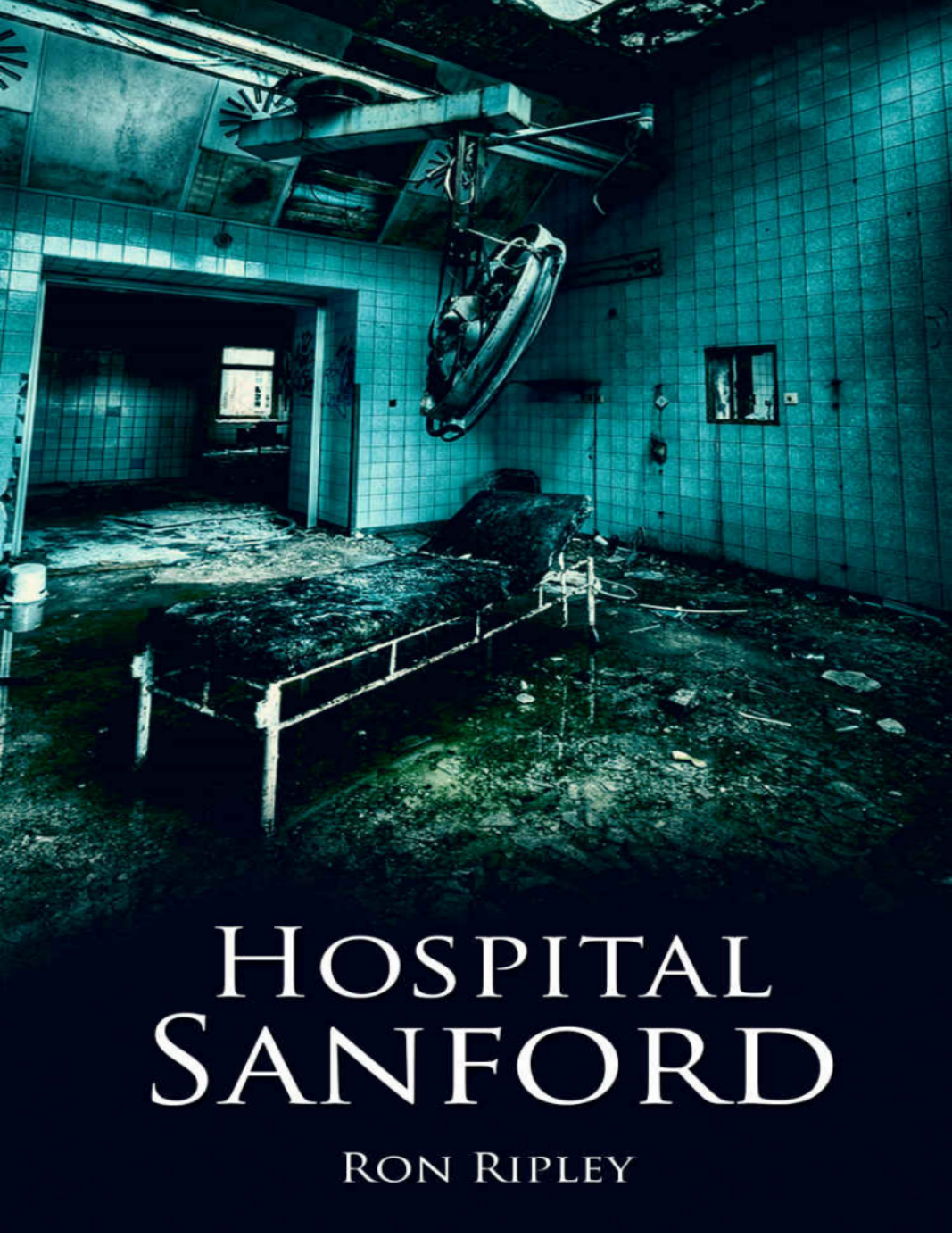

HOSPITAL SANFORD

RON RIPLEY

Hospital Sanford
Serie Calle Berkley, libro 4

Escrito por Ron Ripley
Traducido por J. Andrés Parra
Editado por Nicholet Rivas

Copyright © 2020 por ScareStreet.com

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera sin el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

¡Gracias e Historias Extra!

Nos gustaría tomarnos un momento para agradecerte por tu continuo apoyo. ¡Tú haces todo esto posible! Para mostrarte realmente nuestro aprecio por descargar este libro, estamos regalando algunas de nuestras historias de terror. **¡Nos encantaría enviarte algunas historias de terror completas en 3 formatos (MOBI, EPUB y PDF) absolutamente gratis!** ¡Esto seguramente hará que los escalofríos recorran tu columna vertebral!

Descarga tus historias de terror, obtén relatos cortos gratis y recibe futuros descuentos visitando www.ScareStreet.com/regalo

Nos vemos en las sombras,
Ron Ripley

Índice

Capítulo 1: Esperando la muerte
Capítulo 2: Brett va corriendo
Capítulo 3: En el Hospital de Veteranos de Manchester
Capítulo 4: Brett se mantiene en silencio
Capítulo 5: Yendo a Sanford
Capítulo 6: Brett mantiene un ojo abierto
Capítulo 7: Sentirse bien
Capítulo 8: En el piso equivocado
Capítulo 9: Brett habla con Shane
Capítulo 10: Matias escucha las noticias
Capítulo 11: El Dr. Georges toma un trago
Capítulo 12: La miseria ama la compañía
Capítulo 13: Matias, Hospital Sanford, 2 de junio de 1967
Capítulo 14: Un visitante
Capítulo 15: ¿Qué sueños pueden venir?
Capítulo 16: La Orden de San Benito
Capítulo 17: Visitando a algunos amigos
Capítulo 18: Matias espera solo
Capítulo 19: De nuevo en casa
Capítulo 20: De vuelta en Sanford
Capítulo 21: Una lucha interior
Capítulo 22: En las escaleras
Capítulo 23: Shane se prepara para la Enfermera
Capítulo 24: Hablando de Ruth
Capítulo 25: Dulces sueños
Capítulo 26: Un evento perturbador
Capítulo 27: Yendo al hospital
Capítulo 28: Matias, Hospital Sanford, 21 de octubre de 1980
Capítulo 29: Doc y Brett en aislamiento
Capítulo 30: Familiarizándose
Capítulo 31: Encontrarse con la enfermera Platte

Capítulo 32: Matias y Francis tienen una charla
Capítulo 33: Esperando por ellos
Capítulo 34: Matias, Hospital Sanford, 10 de marzo de 1998
Capítulo 35: Las fuerzas se juntan
Capítulo 36: ¿Quién es la Enfermera?
Capítulo 37: Preparándose para la batalla
Capítulo 38: Problemas de estacionamiento
Capítulo 39: Alejándose
Capítulo 40: No hay ayuda a la vista
Capítulo 41: Solo en su habitación
Capítulo 42: Nunca solo
Capítulo 43: Tiempo de violencia
Capítulo 44: Saliendo de la calle Berkley
Capítulo 45: Despertándose solo
Capítulo 46: Preparándose para la batalla
Capítulo 47: Regresando a Sanford
Capítulo 48: Una visita del Abad
Capítulo 49: Visitando a Doc
Capítulo 50: Listo para irse
Capítulo 51: Preparación para la cirugía
Capítulo 52: Un éxodo
Capítulo 53: Matias en su habitación
Capítulo 54: Doc llega
Capítulo 55: Francis encuentra a Matias
Capítulo 56: Una reunión
Capítulo 57: El plan
Capítulo 58: Francis y Doc en el camino
Capítulo 59: Shane siente dolor
Capítulo 60: La primera batalla en el cementerio
Capítulo 61: Llegando al cementerio
Capítulo 62: Luchando entre las piedras
Capítulo 63: El regreso de Ruth Williamson

Capítulo 64: La recta final
Capítulo 65: Despierto y alerta
Capítulo 66: Francis hace un movimiento
Capítulo 67: En el Hospital St. Joseph
Escena extra, capítulo 1: El fin de la guerra, 1918
Escena extra, capítulo 2: Propagación de enfermedades, 1919
Escena extra, capítulo 3: Clay continúa mirando, 1919
Escena extra, capítulo 4: El aumento de los muertos
Escena extra, capítulo 5: Una discusión sobre los muertos
Escena extra, capítulo 6: Movimiento en la oscuridad
Escena extra, capítulo 7: Encontrar el momento adecuado
¡Historias Extra GRATIS!

Capítulo 1: Esperando la muerte

Ray Antonio yacía en la cama escuchando el mundo que lo rodeaba. No podría hacer mucho más. En 1945, cerca del final de la guerra, un proyectil alemán le había hecho perder las piernas desde el muslo. A los noventa años, Ray no tenía la fuerza para usar sus prótesis, ni siquiera sostenerse correctamente en una silla de ruedas.

Ray estaba esperando que La Muerte terminara lo que había comenzado 70 años antes.

Su habitación olía a antiséptico, a la humedad típica de la vejez y a desesperación.

Sully O'Hare había fallecido el día anterior y habían sacado todas las pertenencias del hombre. No quedó nada más que unas pocas fotos. Un par de recuerdos de la vida de Sully antes de terminar en el Hospital de Veteranos de Sanford.

Pronto tendré otro compañero de cuarto, pensó Ray. *Incluso si toma un poco de tiempo. Veamos qué tan bien manejo el cáncer de mama en etapa 4.*

Cáncer de mama.

Ray suspiró y miró hacia el techo de baldosas. Había memorizado hacía mucho tiempo el patrón de puntos en los paneles. La televisión no le interesaba. Demasiadas mujeres con poca ropa. Demasiada violencia. La América que veía desde su cama no era la América por la que había luchado.

Esa América estaba muerta y enterrada, junto con su esposa y sus tres hijos.

Estuvo entrando y saliendo del sueño por un tiempo, finalmente abrió los ojos cuando el cielo más allá de su ventana estaba oscuro. El estacionamiento estaba escasamente poblado con los autos del turno nocturno, y las enfermizas luces amarillas de las farolas iluminaban el exterior de su pequeño mundo. El Hospital se había quedado en silencio, el sonido ambiental de la maquinaria llenaba el aire fresco.

Ray miró desde la ventana hacia la puerta cerrada de su habitación y se puso rígido.

Una mujer joven estaba parada en silencio junto al escritorio. Llevaba el uniforme de enfermera de cuando él era niño. La ropa blanca almidonada, la cofia con su brillante cruz roja, resaltaba y ayudaba a definir los rasgos afilados de la mujer. Sus labios estaban llenos, sus ojos bien abiertos y en forma de almendra. Pequeños rizos de cabello castaño claro se deslizaron por debajo de su gorro, y Ray supo que le resultaba difícil controlarlos. Tenía las manos hacia el frente, se veían delicadamente pequeñas y unidas cortésmente.

Cuando lo vio mirándola, la joven sonrió.

Fue entonces cuando Ray se dio cuenta de que podía ver directamente a través de ella hasta la parte trasera de la puerta donde colgaba su bata azul.

Ray se enderezó y miró con sorpresa a la joven.

Ella dio un paso silencioso más adentro de la habitación.

"¿Quién eres tú?", preguntó Ray, su voz áspera por falta de uso.

"Una amiga", respondió ella. "Solo un amiga, Raymond Antonio".

El uso de su nombre provocó un escalofrío que lo atravesó, y Ray notó cuán frío estaba el aire en la habitación.

"¿Una amiga?", dijo Ray. "Bueno, ¿cómo se llama, señorita?".

"Ruth", respondió ella, acercándose al pie de su cama. "Ray, he venido a ayudarte".

"No necesito ayuda", espetó Ray. "Sin embargo, te agradezco la oferta".

"Oh, pero la necesitas", dijo Ruth, asintiendo con la cabeza "La necesitas. Simplemente no te das cuenta. Estás demasiado cerca de eso. También tu amigo, Sullivan. Él tampoco quería irse, pero debes confiar en que queremos lo mejor para ti, de corazón".

"¿De qué estás hablando?", preguntó Ray, el miedo arrastrándose en él. "¿Qué le pasó a Sully?".

"Quiero que sepas, Ray, cómo quiero ayudarte", dijo. "Ayudé a Sullivan, a pesar de que él no quería. No podía entender que realmente necesitaba mi ayuda".

"¡Sully está muerto!", dijo Ray enojado. "¿Lo mataste?".

"No", respondió Ruth. "Bueno, ayudé a liberar su espíritu. Su alma está en paz, ahora".

"¿Qué hiciste?", exigió Ray. "¡Dime!".

"Simplemente hice más fácil su fallecimiento", susurró Ruth. "Y no te preocupes, Raymond. Ayudaré a aliviar el tuyo también".

"¡Al infierno que lo harás!" Ladró Ray. "No me voy a morir hoy, y no serás tú quien decida".

"Pero morirás", dijo Ruth. "Y, lo que es más importante, lo haré. Conozco mi tarea, y si crees que es tu momento o no, Ray, he decidido que sea así".

Cuando terminó su breve discurso, Ruth se dirigió hacia un lado de su cama. Ray agarró el botón rojo de llamada de la enfermera e intentó apartarse de la chica. Se movió demasiado rápido y cayó al suelo. Las costillas crujieron ruidosamente, y su cabeza rebotó en el viejo azulejo. Ray continuó presionando el botón, girando para ver dónde estaba Ruth.

Ella pasó a través de su cama, la ira cruzando por su rostro.

"Esto no hubiera sucedido", dijo, con voz fría y plana, "si te hubieras quedado quieto".

La enfermera muerta se inclinó sobre él, se agachó y le metió la

mano en el pecho.

Ray aulló de miedo y dolor cuando ella agarró su viejo corazón y lo apretó.

Capítulo 2: Brett va corriendo

El botón de llamada para la habitación 9 se activó y automáticamente puso a Brett Pelletier de pie, haciendo que volcara su taza de café. El líquido de color tostado cayó al suelo, pero Brett no se detuvo para limpiarlo. En cambio, saltó desde su silla en la estación de enfermeras y corrió hacia la habitación 9 mientras el paciente aullaba.

"Hola doctor Pelletier, probablemente solo tiene que ir al baño", dijo Karen sin moverse de su asiento frente al televisor.

Brett la ignoró.

En un segundo, llegó a la puerta de la habitación y la abrió. Débilmente, se dio cuenta de que la madera estaba fría al tacto. La imagen frente a él hizo que se detuviera bruscamente y se olvidara de la puerta curiosamente fría.

El sargento Raymond Antonio, del Ejército de los EE. UU., Veterano de la Segunda Guerra Mundial, yacía en el suelo. El botón de llamada estaba en su mano, su pijama desteñido suelto en su delgado cuerpo. La boca del hombre estaba abierta, sin dientes ya en su boca. Tenía los ojos muy abiertos, la espalda arqueada. La piel oscura de Ray se veía demasiado pálida. Y una mujer estaba arrodillada a su lado.

Excepto que ella no estaba completa.

Ella era más una imagen que una realidad. Como si alguien estuviera usando la habitación para una proyección de cine.

Tenía las manos en el pecho de Raymond Antonio, lo miraba con el ceño fruncido. Miró a Brett y asintió.

"Ahora está bien, doctor", dijo. "Realmente mejor de lo que ha estado en mucho tiempo. Pero debería haber tomado su medicamento sin quejarse".

Luego desapareció, dejando a Brett en la habitación con un cadáver y una imagen que él no podía aceptar como real.

Capítulo 3: En el Hospital de Veteranos de Manchester

Shane Ryan se sentó en la sala de espera principal del Hospital VA en Manchester. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia abajo. A su alrededor, la gente hablaba, sonaba un televisor y él hizo todo lo posible por mantener la calma.

En su bolsillo trasero había una carta doblada y arrugada del Departamento de Asuntos de Veteranos. El mensaje en su interior le había informado que, a partir del primero de septiembre, podría recibir tratamiento por sus quemaduras en el recién abierto Hospital de Veteranos de Sanford. Como el VA pudo ofrecerle tratamiento, la carta había continuado, el gobierno ya no pagaría ningún servicio obtenido a través de médicos o instituciones privadas.

"Hijo, ¿estás bien?".

Shane levantó la cabeza y fue tomado por sorpresa. Un hombre con túnica de monje se paró frente a él. El hombre era bajo, tenía la cabeza afeitada y parecía que había soportado una vida dura. Su rostro estaba grabado con arrugas. Un ojo estaba nublado, el otro claro, el iris azul brillante. Varias pequeñas cicatrices se abrieron paso por el costado de su cara y llegaron al cuero cabelludo.

"Sí, hermano", dijo Shane, recobrándose. "Lo estoy. Gracias".

"¿Puedo?", preguntó el monje, señalando a la silla junto a Shane.

"Seguro".

El hombre se sentó y le ofreció su mano a Shane. "Dom Francis Benedict".

"Shane Ryan", dijo, dándole la mano. Miró al monje y dijo: "Nunca pensé en ver a un monje aquí".

"Bueno", dijo Dom Francis, sonriendo, "parte de las reglas de mi orden requieren que nos comuniquemos con los necesitados. Y como también soy veterano, pensé que este era un buen lugar para estar. Además, mi abad me dio permiso".

"¿Eres veterano?", preguntó Shane, incapaz de mantener la sorpresa fuera de su voz.

Dom Francis asintió. "Ejército. ¿Qué hay de ti?".

"Marines", respondió Shane. "Hombre de carrera. Estuve en ello por un tiempo. Demasiado tiempo, en realidad".

El monje se echó a reír. "Si. Definitivamente no es fácil para las rodillas o la espalda. ¿Qué hiciste después de estar en los marines?".

"Lingüística", dijo Shane, "principalmente pashto y árabe".

Dom Francis habló en pashto: "Estoy impresionado. No muchos pueden hablarlo".

Shane se echó a reír, sacudiendo la cabeza y diciendo en inglés:

“Bien, necesito saber, ¿cómo aprendiste Pashto?”.

“Estuve en Delta 18”, dijo Dom Francis, sonriendo suavemente.

“¿Fuerzas especiales?”, preguntó Shane.

Dom Francis asintió. “La quinta. Pasé un poco de tiempo en Afganistán”.

“Maldición”, dijo Shane con aprecio. “Si. Hice algunas rondas allí también. ¿Qué te hizo cambiar del ejército a la religión?”.

“Combate”, dijo Dom Francis. “Yo era de armas. Me golpearon bastante mal en mi última rotación. Decidí que, si lo lograba, me uniría a los monjes benedictinos. Fui a la escuela en San Anselmo en Manchester antes de alistarme. ¿Y tú, cómo aprendiste Pashto?”.

“Honestamente”, dijo Shane, “lo aprendí solo escuchando a algunos intérpretes hablarlo”.

Dom Francis levantó una ceja. “¿Puedes hacer eso con cualquier idioma?”

Shane asintió con la cabeza.

“¿Estás seguro?”, preguntó el monje en chino.

“Por supuesto, estoy seguro”, dijo Shane, respondiendo en el mismo idioma.

Dom Francis sonrió. “¿Los Marines sabían de tu habilidad especial?”.

“No”, dijo Shane, sacudiendo la cabeza. “Y estaba perfectamente feliz de que ellos no lo supieran. Nunca me habrían dejado salir”.

“Me sorprende que te hayan dejado salir de todos modos”, dijo el monje. “No hay muchos que puedan hablar pashto. Incluso cuando fui dado de alta médicamente, me hicieron pasar un mal rato. Querían que me quedara en un escritorio”.

“¿No es para ti?”, preguntó Shane.

“No”, dijo Dom Francis. “Definitivamente no es algo para mí. Me uní a las Fuerzas Especiales para salir y ver el mundo. Liberar a los oprimidos. Todas las cosas buenas. No sentarme allí y enseñar”.

“¿Qué haces ahora?”, dijo Shane. “¿Cuándo no estás aquí?”.

“Enseñar”, respondió, con una sonrisa irónica.

Shane se rió hasta que le dolieron los costados, y todavía se reía cuando lo llamaron por su nombre. Se limpió una lágrima de su ojo mientras se levantaba y le tendió una mano al monje. “Un placer, Dom Francis”.

El hombre sacudió su mano mientras se levantaba. “Estaré cerca. Si alguna vez necesitas hablar, puede dejar tu nombre aquí o llamar a la universidad. Pregunta por Dom Francis. No preguntes por Benedict. Tiene que haber diez de nosotros que tomamos el nombre”.

“Lo haré”, dijo Shane. Se apartó del monje y cruzó la pequeña sala de espera hasta una oficina. Una mujer de mediana edad le sonrió vagamente y luego cerró la puerta después de que él había entrado en

la habitación.

Shane esperó hasta que ella se sentara antes de que él tomara su propio asiento, y la miró mientras ella organizaba unos papeles en su escritorio.

"Entonces, Sr. Ryan", dijo la mujer. "Mi nombre es Meg Kane. ¿Con que puedo ayudarle hoy?".

Metió la mano en el bolsillo trasero, sacó la carta y se la pasó. "¿Podría explicarme esto, por favor?".

Cogió un par de anteojos de lectura de la parte superior de su escritorio, se los puso y rápidamente escaneó la página. Después de un momento, ella asintió, se bajó las gafas y le devolvió la carta.

"Es bastante claro, señor Ryan", dijo. "El Departamento de Asuntos de Veteranos ahora puede ofrecerle la atención que recibía anteriormente de profesionales privados. Tenemos varias secciones médicas recientemente establecidas en Sanford".

"Hospital Sanford", dijo Shane enojado.

"Sí", dijo la Sra. Kane, su voz tensa.

"Dudo de la capacidad del Hospital Sanford para tratar con algo tan especializado como el cuidado posterior de quemaduras", espetó Shane.

"Bueno, Sr. Ryan", dijo la Sra. Kane, mirando su escritorio y reorganizando algunos papeles. "El punto es que no pagaremos ningún cuidado de quemaduras fuera de las instalaciones de Sanford".

"Vi eso", dijo Shane, tratando de mantener la calma. "Y lo que me preocupa, Sra. Kane, lo que le estoy diciendo es que esto es New Hampshire y no Maryland. Dudo mucho que el VA tenga personal más calificado en Sanford que lo que tiene Bethesda en lo que respecta al tratamiento de quemaduras y los injertos de piel. ¿No tendría más sentido dejarme al cuidado de los médicos que me han estado tratando?".

"Si no quieres que el VA te trate", dijo con rigidez, volviendo a mirarlo, "obviamente es tu elección. Sin embargo, el VA no pagará para que vaya a otro lugar cuando puede proveerlo en sus propias instalaciones".

"Si pudiera pagar un seguro privado", dijo enojado Shane, "¿realmente cree que vendría al VA para algo?".

"Lamento que se sienta así, señor Ryan", dijo la señora Kane con frialdad.

Shane se recostó en su silla, sacó un cigarrillo y lo encendió. La Sra. Kane parecía completamente atónita.

Después de un momento, ella dijo bruscamente: "Sr. ¡Ryan, no puede fumar aquí!".

Él le sonrió, le dio una larga calada al cigarrillo y dijo dulcemente: "Lamento que se sienta así, Sra. Kane".

En menos de dos minutos, la seguridad lo escoltó fuera de su oficina, con el cigarrillo todavía en la boca mientras se despedía de Dom Francis Benedict, quien se reía en la recepción.

Capítulo 4: Brett se mantiene en silencio

La noche después de la muerte de Ray Antonio, Brett regresó al trabajo para su turno. Una sensación de ansiedad se cernía a su alrededor.

¿Ella era real? se preguntó a sí mismo. *¿Lo imaginé?*

Había escuchado rumores de un fantasma. Pero, ¿qué edificio antiguo no tiene una o dos historias de fantasmas?

Oficialmente, Ray había muerto de un ataque cardíaco masivo. No es inusual para alguien que había nacido a principios del siglo XX.

Demonios, pensó Brett, *no sería inusual para alguien como yo, nacido en los años ochenta.*

Pero Brett sabía que no había sido un ataque al corazón lo que había matado a Ray. Un fantasma lo había matado, y Brett no pudo contárselo a nadie.

Es una buena forma de perder el trabajo, pensó con rabia. Le llevó tres años de aplicaciones ingresar al sistema. *Decirle a la gente que viste a un fantasma matar a Ray, bueno, así es como terminas en el manicomio.*

Brett entró en la estación de enfermeras y asintió con la cabeza a Karen. La mujer mayor saludó y preguntó: “Doctor Pelletier, ¿se siente bien?”.

“Bien”, dijo Brett, obligándose a sonreír. “Un poco cansado esta noche”.

“¿Antonio?”, dijo ella.

“No”, dijo Brett. *No el viejo. El fantasma con su mano en su pecho, sí. Pero no Ray.* “No podía dormir, eso es todo”.

“Lamento escuchar eso”, dijo, volviendo su atención a la televisión y al programa de noticias. “Es difícil tratar de acostumbrarse a este cambio. Sin embargo, estarás bien”.

“Gracias, Karen”, dijo Brett. Se dirigió al escritorio de atrás, puso su bolsa de almuerzo debajo y abrió el archivo para mirar a los pacientes en la sala. El personal se refirió a la sala ‘E’ como ‘Sala de espera de Dios’. La mayoría de los pacientes que se mudaban a la E estaban a las puertas de la muerte. Parecía que la más mínima brisa podía enviarlos en su camino.

De todas las otras salas, la E tenía la tasa de mortalidad más alta. Incluso para un lugar con pacientes críticos. El primer día de trabajo de Brett, un veterano de Vietnam había muerto por insuficiencia hepática. El forense del condado, riendo, les había dicho que debería tener su propia oficina en el edificio con la velocidad a la que los veteranos estaban muriendo.

Brett no había encontrado que la broma fuera divertida en ese

momento, y era aún menos divertida mientras más la recordaba.

Sacudió el recuerdo y se centró en los hombres que estarían bajo su cuidado durante la noche.

Ella dijo que Ray estaría mejor, pensó Brett. *Miró fijamente la lista. Que estaba actuando por misericordia. Retorcido, pero sigue siendo misericordia. Entonces, ¿quién se beneficiaría de su toque 'gentil'?*

Brett recogió la lista y se acercó al escritorio. Se sentó junto a Karen, quien lo miró.

"¿Por qué estás leyendo eso?", preguntó ella.

"Solo mirando detalles", respondió Brett. "Un caso de mesotelioma y dos de cáncer en etapa cuatro. Mieloma y leucemia".

"¿Por qué te importa?", dijo Karen, mirando hacia la televisión.

Brett contuvo la lengua, no queriendo pelear con alguien con quien iba a tener que pasar el imprevisible futuro.

"Solo quiero ser minucioso, Karen", dijo Brett, manteniendo su tono ligero y agradable.

"Está bien, doctor", dijo, tomando un trago de su taza de viaje. "Golpéese usted mismo".

Brett no respondió. En cambio, leyó la lista.

¿Y quién era Ray Antonio? pensó Brett. *¿Qué lo haría digno de la atención del fantasma?* Intentó recordar el archivo de Ray. Raymond Antonio había sufrido cáncer de seno en etapa 4. Doblemente amputado por más de setenta años. Nunca había tenido visitas. No había llamadas telefónicas. No había cartas.

Raymond Antonio había estado solo en el mundo.

Solo y muriendo, se dio cuenta Brett.

Tomó un bolígrafo de la cabecera del escritorio y repasó la lista. Otros tres hombres coincidieron con el mismo criterio. Un trío de hombres para vigilar y mantener a salvo. Más seguro que al resto, al menos. Pedro Martínez, Logan Tran y Howard Case. Tres hombres de diferentes guerras, cada uno con una enfermedad separada.

Y ningún un amigo en el mundo, pensó Brett. Cerró el archivo, lo dejó a un lado y se levantó.

"¿A dónde te diriges?", preguntó Karen sin mirarlo.

"Revisaré a los pacientes", dijo Brett.

Ella resopló. "Diviértase con eso, doctor".

Brett resistió el impulso de gritarle, se colocó el estetoscopio alrededor del cuello y salió de la estación de enfermeras. Caminó hacia la habitación de Pedro para ver al hombre y hacerle saber que no estaba solo.

Capítulo 5: Yendo a Sanford

Shane no se sintió alentado por lo que vio.

El Hospital Sanford era antiguo, con la arquitectura distintiva del período victoriano tardío. Ventanas altas y anchas con repisas ornamentadas y ladrillos. El techo todavía era de pizarra y, a pesar del hecho de que había sido renovado recientemente, Shane no pudo evitar preguntarse si había calefacción en los cinco pisos. Crecía hiedra a lo largo de las puertas principales, las raíces de la vid se habían enterrado profundamente, cada hoja era de un verde profundo y rico. Unos pocos hombres y una mujer se sentaban en los largos escalones de granito que conducían a la entrada. Estaban fumando, y Shane sonrió cuando los vio.

Ya le habían regañado fuertemente por fumar en el Manchester VA.

Valió la pena, pensó Shane, riéndose. *Definitivamente valió la pena*.

Siguió el camino estrecho y unidireccional alrededor del lado derecho del edificio hasta un amplio estacionamiento sorprendentemente bien cuidado en la parte trasera. Un puesto de estacionamiento más nuevo en la parte trasera del hospital estaba ocupado con una ambulancia roja, las letras en el costado indicaban que el vehículo era de Milford.

Shane desvió su atención del vehículo de emergencia al estacionamiento. Leyó los letreros colocados en los diversos postes de luz y vio uno que decía estacionamiento de la sala 'D'.

Allí voy yo, pensó. Guió su automóvil a un espacio abierto, retrocedió y apagó el motor. Metió las llaves en el bolsillo, salió, cerró la puerta y se dirigió hacia el frente del hospital. Vio a algunas personas caminando, algunos fueron empujados en sillas de ruedas, otros se movían con la ayuda de bastones o parientes. Shane vio hombres mayores que él y más jóvenes.

Suspiró y se concentró en el hospital.

¿Por qué? se preguntó él. *¿Por qué demonios pusieron un hospital aquí, para empezar?*

La pregunta quedó sin respuesta cuando llegó al frente del edificio. Saludó a los fumadores con la mano, se detuvo y sacó sus propios cigarrillos. Mientras se ponía uno en la boca y lo encendía, Shane preguntó: "¿Cómo es aquí?".

Un hombre mayor y afroamericano sacudió la cabeza.

"¿Qué rama?", preguntó una mujer.

"Marines", respondió Shane.

"¿Costa este u oeste?", preguntó otro hombre.

"Este", dijo Shane.

"Blake Cassidy", dijo el hombre, ofreciendo su mano.

Shane respondió a su saludo.

“Él es Alan Moore”, dijo Blake, señalando al afroamericano. “Y Judy Witherspoon”.

“Encantado de conocerlos a todos. Shane Ryan”.

“Entonces, eres un marine de Parris Island”, dijo Blake.

“Sí”, dijo Shane.

“¿Estabas allí antes de que levantaran los barracones?”, preguntó Blake.

Shane asintió con la cabeza.

“Bien, bien”, dijo Blake, apagando el cigarrillo desarmándolo lentamente, quitó la tapa de papel del filtro y guardó los restos en los bolsillos. “Sanford es peor”.

“Maldición” dijo Shane, exhalando humo por la nariz. “¿En serio?”.

Los tres asintieron.

“Es mejor esperar que no te admitan”, dijo Judy.

“Que bien, ¿eh?”, preguntó Shane.

Los tres asintieron al unísono.

“Genial”, dijo Shane, suspirando. “Excelente”.

Terminó su cigarrillo, desarmó el filtro como siempre y subió las escaleras. Las viejas puertas eran pesadas; un peso sólido, casi reconfortante.

Cuando entró en el edificio, Shane hizo una pausa. Podía oler la enfermedad y la muerte bajo el fuerte olor de los productos de limpieza. El vestíbulo era estrecho y estaba ocupado por un único escritorio. Detrás había una mujer joven que parecía gastada y cansada, como si hubiera estado encadenada al mueble durante años.

Tal vez es así, pensó Shane.

Se acercó al escritorio y se detuvo frente. En silencio, la esperó.

Estaba enviando mensajes de texto en su teléfono, lo miró y sonrió. Su etiqueta con el nombre decía “Jane S.”.

“¿Puedo ayudarlo?”, preguntó Jane.

“Sí, señorita”, dijo Shane. “Soy Shane Ryan. Tengo una cita con el doctor Georges”.

“Dr. Georges se enfermó hoy”, dijo Jane disculpándose. “Tenemos a la enfermera Platte cubriéndolo”.

“Está bien”, dijo Shane. “¿Dónde encuentro a la enfermera Platte?”.

“Ella está en la sala B”, dijo Jane. “Segunda planta. El ascensor está fuera hoy, así que tendrás que usar las escaleras principales”.

“¿Día difícil?”, preguntó Shane.

“No”, dijo Jane, suspirando. “Es bastante normal”.

“Genial”, murmuró Shane. Se volvió, vio las escaleras de azulejos que conducían al segundo piso, y se dirigió hacia ellas.

Cuando llegó al primer rellano, se encontró frente a un par de puertas. Sobre ellas había una señal, sala B. Las abrió y entró. El piso estaba muy pulido, las luces brillaban y el área parecía bien cuidada.

Un enfermero estaba sentado en la estación principal y miró a Shane.

"Hola", dijo Shane, "estoy aquí para ver a la enfermera Platte".

El hombre asintió y gritó sobre su hombro: "Nancy, tienes un paciente".

Desde una oficina trasera, apareció una mujer. Parecía tener unos sesenta años, su cabello gris recogido en una cola de caballo suelta y llevaba gafas. La mujer era bajita, redonda, y Shane pudo ver que no le quitaría ningún dolor a nadie.

"¿Es el Sr. Ryan?", preguntó ella, su voz era como vidrios rotos en la grava.

"Sí, señora", respondió Shane.

"Justo por aquí", se dio la vuelta y regresó a la oficina. Shane se apresuró a seguirla. Ella se sentó y asintió con la cabeza. Shane tomó asiento y esperó.

La enfermera Platte tomó un archivo, lo escaneó, lo cerró y dijo: "¿Está aquí para recibir tratamiento de quemaduras?".

"Sí, señora", dijo Shane.

Ella dejó el archivo, se quitó las gafas y lo miró. En voz baja, preguntó: "¿Hay alguna manera de que pueda permitirse volver a dónde estaba?".

Sacudió la cabeza.

"El Dr. Georges es un hombre bastante amable", continuó, "pero no debería estar haciendo la mayoría de los procedimientos. Demonios, ni siquiera confío en que tome la temperatura de alguien de manera adecuada".

"Genial", murmuró Shane. "No tengo otra opción".

"Está bien", dijo la enfermera Platte. "Haré todo lo que pueda por usted. Le prometo eso, Sr. Ryan. Sin embargo, incluso en las mejores instalaciones, existe una alta probabilidad de infección cuando se atienden lesiones por quemaduras".

"Sí", dijo Shane. "Lo sé. ¿Y ahora qué?".

"Voy a enviarlo al laboratorio, asegúrese de que tenga todos los análisis de sangre actualizados", respondió ella. "Entonces voy a admitirlo y programarlo para mañana por la mañana. Ocho en punto".

"¿Por qué tan pronto y tan temprano?", preguntó Shane, sorprendido.

"Lo mejor es hacerlo más temprano que tarde", dijo la enfermera Platte. "El Dr. Georges generalmente no comienza a beber hasta la hora del almuerzo".

"¿Generalmente?", dijo Shane.

Ella asintió. "Generalmente".

Capítulo 6: Brett mantiene un ojo abierto

Después de ver a Pedro, Brett entró en la habitación de Howard Case. Encontró a Howard dormido, pero el compañero de cuarto del hombre, Bill "Doc" Kiernan, estaba despierto. La piel pálida del hombre más joven y el pelo corto y rojo, como su nombre, hablaban de su herencia irlandesa. Sus ojos verdes hundidos en sus cuencas sobre los pómulos altos, confirmaron el diagnóstico de que Bill no duraría para largo en el mundo.

"Hola, Doc", dijo Brett, entrando y sentándose. "¿Cómo estás esta noche?".

"Bueno", dijo el joven. "Acabo de cumplir treinta años la semana pasada y me estoy muriendo, ¿y tú?".

"No me puedo quejar demasiado cuando lo pones así", dijo Brett.

"Claro que puedes", dijo Bill, sonriendo. "Uno de mis sargentos de instrucción nos dijo que teníamos muy pocos derechos en el Ejército. Uno de ellos era el derecho a quejarse, y que deberíamos hacerlo con la frecuencia y la mayor cantidad posible".

Brett se echó a reír. "Suena como un buen consejo. ¿Cómo te sientes esta noche?

"Me estoy muriendo, Brett", dijo Bill, la sonrisa vaciló por un momento. "Aparte de eso, me siento bien".

"Desearía que hubiera más que pudiera hacer", dijo Brett sinceramente.

"No te preocupes por eso. Haces lo que puedes y te lo agradezco. Sé que Howard también lo hace".

Brett asintió con la cabeza.

"De todos modos", dijo Bill, suspirando, "¿hay algo nuevo en la sala E?"

"No", respondió Brett, sacudiendo la cabeza. "No hay recién llegados. No hay nuevo personal. ¿Qué hay de ti? ¿Qué es lo que se rumorea durante el día?".

"Bueno", dijo Bill, ajustándose en su cama. "Veamos. Escuché que tenemos un nuevo paciente abajo en la sala D. El pobre hombre va bajo el cuchillo del Dr. George por la mañana".

"¿Cómo te enteraste de eso?", preguntó Brett. "Un poco lejos para que la palabra viaje, ¿no?".

"Supongo que está completamente calvo", dijo Bill. "Sin pelo en ningún lado. Las enfermeras estaban bromeando sobre cómo no iban a tener que afeitarlo".

"¿Sin pelo?"

"Cero", dijo Bill.

“Guy probablemente tiene alopecia”, dijo Brett, más para sí mismo que para Bill.

“¿Qué es eso?”, preguntó Bill.

“Pérdida de cabello inexplicable”, dijo Brett. “Un trastorno autoinmune”.

“Podría hacer que sea difícil charlar con algunas mujeres”, dijo Bill con una sonrisa.

Brett asintió, riéndose mientras se levantaba.

“Es verdad. Muy cierto. ¿Necesitas algo, Doc?”.

“Una cura para el cáncer que obtuve de esos pozos iraquíes sería bueno”, dijo Bill. “Pero, si no tienes eso por ahí, haz que Karen se levante y traiga una taza de café para pasar mis medicamentos para el dolor”.

“Lo tendrás”, dijo Brett. “Dile a Howard que dije ‘hola’ cuando se despierte”.

“Lo haré”.

Brett salió de la habitación y revisó a Logan Tran. El hombre y su compañero de cuarto estaban dormidos. Hizo el resto de sus rondas, terminó de regreso en la estación de enfermeras y encontró a Karen en su silla con los ojos cerrados, profundamente dormida.

Sacudió la cabeza con disgusto y se sentó en su propio asiento. En silencio, tomó la novela más reciente de Jack Reacher y la abrió en su marcador.

Capítulo 7: Sentirse bien

Shane subió la escalera principal. Se las arregló para volver a su automóvil, tomó un par de tragos de whisky y luego volvió a entrar. El guardia de seguridad era un viejo infante de marina, y él y Shane habían hablado de Okinawa, establecimientos de bebidas con la menor reputación, y las mejores formas en que habían evitado el arresto de la Patrulla Costera.

Era un cuarto para la medianoche, y Shane sabía que no podría comer ni beber nada más antes de su cirugía en la mañana. El hecho de que lo pusieran bajo el cuchillo no lo molestaba tanto como el riesgo de infección. No tenía idea sobre todo el procedimiento de injerto de piel, pero sabía que había riesgos en cualquier cirugía.

Esa será mi suerte, se dijo Shane, pasando el rellano del tercer piso y dirigiéndose hacia el cuarto. *Voy a morir en la mesa de operaciones de un hospital de VA atrasado porque no tengo seguro privado.*

Su cuerpo quemó por el alcohol rápidamente, y consideró, brevemente, un segundo viaje al auto. Ahuyentó la idea y se concentró en las escaleras. El plan era cansarse lo suficiente como para poder dormir.

Preferiblemente sin pesadillas, pensó, suspirando. Se detuvo en los escalones, ajustó los cordones del pijama que le habían entregado y luego continuó. Pronto pasó el cuarto piso y llegó al final de las escaleras en el rellano de la sala E. Dudó frente a las puertas, luego las abrió y salió al quinto piso.

Shane notó la temperatura de inmediato.

Era fácilmente diez grados más frío que el resto del edificio. La sala estaba llena del ruido ambiental de diferentes equipos médicos. Un hedor curioso e inidentificable flotaba en el aire, pero las dos personas en la estación de enfermeras no parecieron darse cuenta.

La enfermera, de hecho, parecía como si estuviera dormida. A su lado había un hombre con bata de médico, y tenía la cabeza baja, concentrada en el libro que estaba leyendo. Solo cuando las puertas susurraron al cerrarse, el hombre levantó la vista.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa, y rápidamente dejó el libro. El hombre parecía tener poco más de treinta años. Su rostro era redondo, como si disfrutara de los pasteles más de lo que debería. Su cabello castaño desordenado y sus orejas, que eran más puntiagudas que curvas, sobresalían bruscamente a través de los mechones.

“¿Puedo ayudarte?”, preguntó el hombre.

“En realidad no”, respondió Shane. “Solo salí a caminar”.

“Usted es el hombre que llegó hoy”, dijo el médico.

“Sí”, dijo Shane con cautela. “¿Cómo lo supo?”

“Su alopecia”, respondió el médico. “Recorrió el hospital. Incluso se

oyó aquí de algunos de los pacientes".

Shane sacudió la cabeza. "Me alegra poder ayudar a la gente a cotillear".

"Es mejor por lo que el último hombre era conocido", dijo el médico.

"¿Oh sí?", preguntó Shane.

El doctor asintió. "Sífilis".

"Surreal", dijo Shane, riéndose a pesar de sí mismo, "sí, supongo que sí".

Un tintineo suave resonó por la sala.

Tanto Shane como el médico miraron hacia el ala izquierda.

"¡No!" El grito vino de una de las habitaciones cerradas.

Shane se volvió hacia el médico, pero el hombre ya había salido de detrás del escritorio y corría por el pasillo hacia la voz. Sin dudarlo, Shane corrió tras él.

El doctor abrió de golpe una puerta y entró en la habitación. Shane estaba muy cerca de él. Lo suficientemente cerca como para ver a una mujer con el uniforme de una vieja enfermera parada junto a la cama de otro paciente, un anciano. Su piel de un amarillo enfermizo y mechones de cabello blanco que se aferran al cuero cabelludo.

Ella levantó la cabeza hacia Shane y el médico, con ira y determinación en su rostro. Shane gimió interiormente cuando vio la pared a través de ella. No otra vez. Sus manos estaban sobre la boca del paciente, y él luchó débilmente debajo de ella.

"Eres demasiado ruidoso", escupió la enfermera, y movió su mano hacia la puerta.

Shane se sintió arrojado hacia atrás, sus pies abandonaron el piso mientras salía precipitadamente hacia el pasillo. Tropezó y se contuvo solo para que el médico se estrellara contra él. La cabeza de Shane golpeó la pared de cemento y todo se oscureció.

Capítulo 8: En el piso equivocado

"Hola", dijo un hombre. "¿Puedes escucharme?".

Alguien abrió uno de sus párpados y Shane apartó la cabeza. Parpadeó, trató de ver, pero sus ojos no se enfocaron, así que volvió a cerrarlos.

"Sí", murmuró Shane.

"¿Cuál es tu nombre?"

"Sargento de artillería", respondió Shane.

"Vamos, tu nombre, no tu rango", dijo el extraño.

"Shane. Shane Ryan", dijo Shane.

"Mantente despierto, Shane", dijo el hombre desconocido. "Tienes que hacer eso por mí, Marine".

"Maldición", dijo Shane, la palabra se arrastraba mientras salía de su boca. "Estoy cansado".

"No hay descanso para los malvados, Marine", dijo el hombre. "Mantén esos ojos abiertos. Venga."

Gruñendo, Shane hizo lo que le dijeron. El mundo se enfocó y vio a un joven en cuclillas junto a él. El extraño llevaba pijama y una bata con personajes de Looney Tunes por todas partes.

"¿Qué está pasando?", preguntó Shane, frunciendo el ceño ante el ritmo lento de su discurso.

El joven sonrió. "Puedes llamarme Doc, Shane. Escucha, te golpeaste la cabeza con fuerza cuando saliste de la habitación de Pedro. El doctor Pelletier dijo algunas cosas locas sobre fantasmas, pero ahora estoy más preocupado por tu cabeza. ¿Crees que puedes ayudarme?".

"Claro", dijo Shane. "¿Que necesitas?".

"¿Cuántos dedos ves?", preguntó Doc, levantando una mano.

Shane contó siete dedos, lo que no parecía del todo correcto, pero le dijo a Doc el número de todos modos.

"Sí", dijo Doc, riendo entre dientes. "Nunca hubiera llegado al servicio si tuviera siete dedos. No, tienes una conmoción cerebral, Marine. No hay cirugía para ti por la mañana".

"Al diablo", dijo Shane. Bostezó, cerró los ojos y trató de descansar contra la pared.

"No, no, no", dijo Doc, sacudiendo el hombro de Shane para mantenerlo consciente. "Nadie te ha dado el visto bueno para dormir. Debes mantenerte despierto por mí. Debes estar despierto hasta que te traigan una camilla, y eso será en un momento. Están tratando de poner en funcionamiento un elevador de servicio para que tú y Brett bajen. Si no pueden, bueno, vas a estar en la sala de espera hasta algún momento de mañana".

"¿Tienes camas de repuesto aquí?", preguntó Shane, mirando a Doc.

"Dos a partir de ahora", dijo Doc. "Pedro murió".

“¿Pedro?” Shane arrastrado las palabras. “¿Quién es Pedro?”.

“El hombre en la habitación a la que tú y Brett corrieron”, respondió Doc.

“Ella lo mató”, murmuró Shane.

“¿Quién lo mató?”, preguntó Doc bruscamente.

“La enfermera”, dijo Shane, tratando de obligar a sus ojos a centrarse en Doc. “La enfermera muerta lo mató. Ella lo estaba asfixiando cuando entramos”.

“¿De qué diablos estás hablando?”, preguntó Doc con voz baja.

Shane cerró un ojo y pudo ver a Doc claramente con el otro. Respirando profundamente, Shane dijo: “Había un fantasma. En la habitación. Ella lo estaba matando. Pedro. Cuando entramos. Cuando entramos, ella nos tiró”.

“Patrañas”, siseó Doc. “No existen los fantasmas. Brett estaba viendo cosas”.

Shane sacudió la cabeza y al instante se arrepintió. El dolor explotó detrás de sus ojos y le revolvió el estómago. Se las arregló para calmarse, miró a Doc y dijo: “Había un fantasma en la habitación de Pedro. Ella lo mató. Se enojó, la estábamos interrumpiendo”.

Doc se lamió los labios nerviosamente, miró a su alrededor como para asegurarse de que nadie más estuviera cerca y susurró: “¿Brett también vio a este fantasma?”.

“Sí”, respondió Shane. “Oye. Oye, Doc”.

“¿Si?”, dijo Doc, el tono de su voz se estabilizó. “¿Que necesitas?”.

“¿Dijiste que no hay cirugía para mí mañana?”.

“No con una conmoción cerebral”, dijo Doc. “Además, estás hablando como si tu cerebro estuviera realmente revuelto allí. Suenas a lesiones cerebrales traumáticas, Marine”.

Shane rechazó el comentario. “Ya me revisaron por TBI. Golpee un IED en la provincia de Helmand. Ya sabes. No lo sé. De todas formas. ¿Sin cirugía?”.

“No. Sin cirugía”.

“Bien”, dijo Shane, suspirando. “Hazme un favor”.

“¿Qué?”, preguntó Doc.

“Mis llaves están en el bolsillo de mi bata”, dijo Shane. “Tengo un quinto de whisky en el maletero. ¿Irías por él?”.

Antes de que el hombre más joven pudiera responder, la oscuridad barrió a Shane y el mundo se quedó quieto. Sintió que unas manos lo levantaban. Alguien sujetó su cabeza y pudo sentir cómo lo cargaban.

Shane sonrió a pesar del dolor en su cabeza y su espalda. *Sin cirugía*, pensó, riéndose. *Sin cirugía. El Dr. Georges tendrá que cortar a otro pobre bobo mañana.* Desde la distancia, escuchó a Doc u otra persona decir su nombre.

Shane se rió y dijo una palabra en respuesta.

“Whisky”.

Capítulo 9: Brett habla con Shane

Shane se sentó en una silla y miró la televisión. Tenía el volumen silenciado, apenas le prestaba atención al programa; algo sobre encontrar y reconstruir muscle cars antiguos.

Había sufrido algunas conmociones cerebrales antes, y las odiaba. Le dolía la cabeza, tenía la boca seca y estaba exhausto, pero no podía dormir.

Llamaron a la puerta y Shane se las arregló para decir: "Adelante".

Brett entró, una franja de luz dolorosamente brillante cegó a Shane.

"Perdón por la luz", dijo Brett, cerrando la puerta a toda prisa.

"Está bien".

Shane tomó el control remoto y apagó la televisión. "¿Has venido a ver a tu nuevo paciente?".

Brett asintió, acercó la otra silla de la habitación y se sentó. "¿Cómo te sientes?".

"Miserable", dijo Shane, suspirando. "¿Qué hay de ti?".

"Nada mal", dijo Brett. "Al menos no tengo una conmoción cerebral".

"Sí", estuvo de acuerdo Shane. "¿En qué piensas?".

El hombre se aclaró la garganta incómodo, se rascó la parte posterior de la cabeza y dijo: "¿Viste algo cuando entramos en la habitación de Pedro?".

"Sí", dijo Shane.

Brett esperó a que Shane continuara, pero cuando no lo hizo, tartamudeó: "Quiero decir. Bueno, ¿tú... viste a una mujer?".

"¿Una enfermera?", preguntó Shane.

Una expresión de alivio llenó la cara de Brett. "Si. Dios mío, sí, una enfermera".

"Sí", dijo Shane. "La vi. La vi asfixiando a Pedro. Ella nos echó de la habitación".

"Oh, gracias", dijo Brett. "Me preocupaba que no lo hubieras hecho. Esperaba que lo hubieras hecho".

"Lo hice", dijo Shane. "¿La has visto antes?".

"Sí", susurró Brett, asintiendo. "La otra noche cuando Ray, otro paciente, murió. O fue asesinado, supongo. ¿Pueden matar los fantasmas?".

"Los fantasmas pueden hacer muchas cosas". Shane miró la pared por un momento, luego volvió a mirar a Brett.

"Estaba pensando", dijo Brett, "¿podría ser ella la razón por la que hay tantas muertes en la sala E?"

"Definitivamente", dijo Shane. "¿Quién es el tipo llamado Doc?".

"Bill Kiernan", dijo Brett. "Medico de combate. Hizo algunas rondas en Irak y Afganistán. Nos ayudó cuando tú y yo caímos".

“Sí”, dijo Shane. “Es posible que también quieras hablar con él sobre este fantasma. Recuerdo vagamente que se lo mencioné cuando me estaba tratando”.

“¿Es algo malo?”, preguntó Brett.

Shane se encogió de hombros. “Depende de si él me cree o no. Pregúntale. Si él piensa que estoy loco, no digas que tú también la viste. No necesitas pasar por eso. Si suena como si pensara que estaba diciendo la verdad y no estoy loco, es posible que debas preguntarle si ha visto o escuchado algo extraño”.

“¿Estamos a salvo?”, preguntó Brett suavemente.

“No sé”, dijo Shane con sinceridad. “Creo que es algo que debemos resolver”.

“¿Hay alguna manera de deshacerse de ella?”, dijo Brett. “Quiero decir, ¿podemos hacer eso?”.

“Claro”, dijo Shane. Él hizo una mueca. “Hay algunas maneras. Pero tengo mi cabeza realmente revuelta ahora, doctor”.

Brett asintió y se levantó, se alisó el abrigo y los pantalones y se volvió hacia la puerta. “¿Podrás contarme más tarde?”

“Sí”, dijo Shane. “Oye, ¿vas a hablar con él ahora?”.

Brett hizo una pausa y asintió.

“¿Crees que podrías pedirle a alguien que me envíe un café ya que estaré atrapado aquí por un tiempo?”.

“¿Te ayudará la cafeína a mantenerte despierto?”, preguntó Brett con una pequeña sonrisa.

“No”, respondió Shane, “pero una vejiga llena lo hará”.

Shane cogió el control remoto, volvió a encender la televisión e intentó encontrar un programa interesante para ver.

Capítulo 10: Matias escucha las noticias

Matias Geisel era un hombre viejo.

En agosto cumplió noventa y cuatro. Fue trasladado al Hospital Sanford el 7 de octubre de 1998. Cuando la instalación cerró en 2001, poco después del ataque terrorista en la ciudad de Nueva York, fue trasladado a Roxbury, Massachusetts. Luego, con la reapertura del hospital, fue trasladado de regreso. Matias era el residente más viejo de Sanford, y él sabía todo sobre la Enfermera.

Un día, se dijo Matias, *vendrá a reclamarme. Devolverme al polvo del que todos venimos. Un día.*

Se repartió una nueva mano de solitario, abriendo el nuevo paquete de naipes que su bisnieto le había traído ese mismo día.

La habitación de Matias estaba en la sala A, escondida en una esquina junto a las escaleras traseras. El personal le había hecho esa cortesía, permitiendo a los visitantes entrar y salir a voluntad. Después de haber servido en tres guerras (la Segunda Guerra Mundial, Corea y Vietnam), la gente de Sanford le dejó la correa bastante suelta.

Alguien llamó al marco de su puerta, y Matias levantó la vista de su silla. Nancy Platte estaba parada en el pasillo, sonriéndole.

“Enfermera”, dijo Matias, con una gran sonrisa en su cara arrugada, “Entra, entra”.

“Oh Dios, Matias”, dijo Nancy con su voz áspera mientras llevaba un par de cafés de Dunkin Donuts a la habitación, “Te dije antes que no me llamaras ‘Enfermera’”.

“Y me lo dirás de nuevo”, dijo Matias, sonriendo. Limpió las cartas de su bandeja, las apiló cuidadosamente a un lado e hizo un gesto a Nancy para que se sentara. Se enderezó lo mejor que pudo. “¿Cómo estás?”.

“Bien”, dijo Nancy, abriendo la tapa de su café para dejar salir el vapor y colocándolo frente a él.

“Gracias”, dijo Matias. “¿Cómo estuvo tu viaje esta mañana?”.

“Bien”, respondió Nancy. “Nada demasiado drástico. Un poco de tráfico en la ruta 3, nada más. ¿Has oído las noticias?”.

Matias sacudió la cabeza.

“Otra muerte en la sala E anoche”, dijo, suspirando.

Matias frunció el ceño. “Está más ocupada de lo habitual”.

Nancy levantó una ceja.

“Oh, permite a un anciano sus creencias, por tontas que sean, Enfermera”, dijo Matias, sonriendo. “He estado aquí mucho más tiempo que tú”.

“Lo sé”, dijo Nancy. “Me resulta difícil creer que el fantasma de una

enfermera esté actuando como la parca de Sanford".

Matias se encogió de hombros. "Créelo o no. No obstante, sucede. De todos modos, dime qué pasó, por favor".

Nancy lo hizo, haciendo una pausa ocasional para tomar su bebida. Finalmente, ella dijo: "No se mencionó a un practicante médico fantasma, Matias".

"Tal vez no".

"Los ascensores están fuera de servicio de nuevo", agregó Nancy. "De hecho, uno de los pacientes que admití ayer está atrapado en ese piso. Han decidido vigilarlo allí por ahora. Mantenimiento está esperando a que aparezca un representante de la compañía de ascensores".

"¿Debido a qué fue admitido el paciente, si no le importa que le pregunte?"

Nancy sonrió. "Violaré todo tipo de leyes con esto, pero se supone que debe hacerse un injerto de piel".

Matias frunció el ceño. "¿No es ese el dominio del Dr. Georges?"

Ella asintió.

"Evidentemente, alguien le ha dado un respiro al paciente", dijo Matias.

"Evidentemente".

"Sería mejor si el Dr. Georges muriera", se quejó Matias. "La gente sufre lo suficiente sin su ayuda".

"No es amable decir esas cosas", dijo Nancy, regañándolo suavemente.

"La verdad rara vez lo es", dijo Matias, sonriendo tristemente. "Ahora, dime qué más ha sucedido en esta excelente instalación desde que entraste ayer".

Mientras Nancy le contaba todos los rumores y chismes, Matias se tomó su café y escuchó alegremente.

Capítulo 11: El Dr. Georges toma un trago

Angelo Georges solo tenía un problema con el alcohol cuando no podía beber suficiente.

Silbando para sí mismo, Angelo cerró y le pasó llave a la puerta de su oficina. Del cajón inferior de su archivador, sacó una nueva botella de crema irlandesa de Bailey. Sonrió, asintió y la abrió. Angelo agregó una dosis saludable de licor a su café, tomó un sorbo de la botella y luego la volvió a colocar en el cajón.

Descolgó las persianas, bajó la luz y se acomodó en su silla. Con su taza en la mano, Angelo se relajó, disfrutó de la agradable y familiar quemadura del alcohol y se sintió aliviado. El día estaba casi terminado, y pronto estaría de camino a casa.

No más cirugías, y Helen está fuera por el fin de semana, pensó con una sonrisa. *Podré beber sin ser sometido a sus constantes molestias.*

Levantó la taza como un saludo y disfrutó un largo sorbo.

La persiana crujió y la habitación se enfrió notablemente.

Angelo frunció el ceño, se levantó y fue hacia la ventana. Apartó el plástico a un lado, lo comprobó para asegurarse de que el pestillo estuviera seguro y luego se encogió de hombros.

Curioso, pensó. *Me pregunto si la ventana necesita ser renovada. ¿No acaban de poner esto?*

Angelo regresó a su silla, volvió a sentarse y terminó su café. En lugar de recuperar el Bailey del gabinete, Angelo abrió el cajón central de su escritorio, buscó en la parte de atrás y agarró una de las mini botellas. Era una pequeña botella de vodka, y cuando la abrió, se le hizo agua la boca.

El perro de Pavlov, pensó, riéndose. *Oh sí.*

La luz parpadeó, chisporroteó y luego estalló. Apenas podía ver. *Qué demonios*, pensó. Puso la pequeña botella sobre el escritorio, se puso de pie y se sintió empujado hacia atrás en la silla.

Manos presionaban sobre sus hombros, un terrible frío penetraba la tela y se asentaba en su carne. El miedo y el pánico se elevaron en su garganta, los músculos se tensaron, su corazón latía con fuerza. Una vez más trató de levantarse de la silla, y una vez más se encontró incapaz de moverse.

El sudor estalló en su frente y debajo de sus brazos, su aliento entraba y salía desesperadamente, y trató de contenerlo.

“Eres un borracho impenitente”, le susurró una mujer al oído.

Se estremeció, porque, aunque las palabras estaban cerca de él, Angelo no podía sentir el aliento sobre su carne.

“Sabes que eres un borracho”, dijo entre dientes. “Odio que bebas,

doctor. Tu hábito Tu predilección. No más de eso, ¿entiende, 'Doctor'?".

La última palabra se pronunció con odio venenoso, tanto que Angelo se vio incapaz de responder.

"¿Qué?", siseó ella. "¿El gato te comió la lengua?".

Sacudió la cabeza.

"Estoy harta, francamente", continuó, "de su interferencia. Su ineptitud borracha ha causado que mis pacientes mueran antes de lo que deberían. Usted, doctor, no puede elegir. Solo yo lo hago. De todos los médicos aquí, usted es la única molestia. Ya me cansé de que se meta en mi camino".

Angelo encontró su voz. "Me iré. Lo prometo, me iré".

"Lo harás", dijo la enfermera. "Solo que no en la forma en que planeas".

Sus manos pasaron por su ropa, se hundieron en su carne y encontraron los nervios. El dolor fue inmediato y atroz.

Angelo abrió la boca para gritar, pero la extraña liberó una mano y cerro su boca. Lo que debería haber sido un grito penetrante no fue más que un chillido, un sonido saliendo de la oficina.

Alguien pasó por el pasillo y Angelo pateó su escritorio.

Continuaron su camino.

¡No! pensó desesperadamente. Intentó liberarse, pero la presión que ella ejercía era demasiado fuerte. Ella empujó su mano más profundamente dentro de él, la agonía era increíble. Las estrellas explotaron alrededor de sus ojos, el vómito subió por su garganta y se estrelló contra sus labios. Inadvertidamente inhaló, respirando profundamente la bilis y el alcohol.

Angelo no podía respirar, se estaba sofocando en su propio vómito.

El pánico lo hizo vomitar de nuevo.

Luchó contra ella, pero fue inútil. Su fuerza era incomprensible. Ella tenía un propósito resuelto.

"Morirá, doctor", dijo, con voz baja y dura. "Te ahogarás en tu propia bilis".

La mano fría dentro de su pecho buscó y encontró un pulmón. Angelo sintió que cada dedo individual se arrastraba alrededor del órgano, se acomodaba y apretaba. El agarre en su boca se apretó, sus dientes rechinaron y luego se rompieron en su boca. Él se sacudió violentamente, pero ella lo mantuvo en la silla, presionándolo.

La enfermera nunca cedió, y Angelo tardó mucho en morir.

Capítulo 12: La miseria ama la compañía

Shane se llevó una bolsa de hielo a la cabeza y fumó un cigarrillo. Doc había encontrado un ventilador eléctrico para él, y sopló la tenue evidencia por la ventana abierta. Shane dio una última calada, aplastó la colilla en el alféizar de la ventana y se recostó.

"¿Estás vivo por aquí?", preguntó una voz ronca.

Shane se giró en su asiento y vio a la enfermera Platte entrar en la habitación.

Él le sonrió. "Casi vivo. Tengo muchas ganas de que todo esté despejado para poder acostarme y dormir un poco".

Ella asintió, hizo una pausa y levantó la cabeza ligeramente, con las fosas nasales dilatadas. "¿Estabas fumando aquí dentro?"

"Sí", dijo Shane, girando su silla para mirarla. Apagó el ventilador.

La enfermera Platte frunció el ceño. "Se supone que no debes hacerlo".

"Tener una conmoción cerebral tampoco estaba en la agenda", se quejó, "pero aquí estamos".

Ella sacudió su cabeza.

"¿Ya arreglaron los ascensores?", preguntó Shane.

"No", respondió la enfermera Platte.

"¿Puedo volver a mi habitación?".

"Todavía no", dijo.

"¿Por qué no?" Shane dijo. "¿No se me permite bajar las escaleras?"

"Si fuera un tramo de escaleras", dijo la enfermera Platte, "te dejaríamos ir. Pero no, son cuatro".

"Ni siquiera puedo ir a casa".

"Lo sé", dijo. "El médico podrá verte mañana por la mañana, siempre y cuando los ascensores estén bien".

"¿Y estará sobrio?", preguntó Shane.

"Me aseguraré de eso", dijo la enfermera Platte, y el tono de su voz no dejó dudas de que lo haría.

"Entonces", dijo Shane, "¿me dejarás bajar las escaleras mañana, incluso si los ascensores todavía están rotos?".

Ella asintió.

"Bien".

La enfermera Platte guardó silencio por un corto tiempo, y Shane pudo ver que quería hacerle una pregunta. Finalmente, después de varios minutos de vacilación, ella dijo: "Hablé con Doc Kiernan".

Shane esperó.

"Me dijo que creías haber visto un fantasma".

"Sí", respondió Shane. "No lo creo. Lo vi".

“Señor. Ryan”, dijo con cautela, “sufrió una conmoción cerebral. Y, dada su historia con ellos, y sus experiencias de combate, tal vez fue una alucinación”.

“Sé lo que vi”, dijo Shane con un suspiro. “No lo dude, enfermera Platte. No estoy aquí para convencerle de lo contrario. Realmente no me importa. Todo lo que quiero es que me hagan un injerto de piel, ir a casa y volver a asesinar mi hígado con whisky. Mis pulmones también necesitan un par de paquetes de Luckies sin filtro”.

“¿No dirás nada a los otros pacientes?”, preguntó ella.

“Ni una palabra”, dijo Shane. “Estos hombres se están muriendo. No voy a arruinar el resto de sus días con algunas historias de fantasmas. Todos tienen suficiente en qué pensar”.

“Gracias”, dijo, sonriendo con alivio. “Lo aprecio”.

“De nada”. Cambió la bolsa de hielo de un lado de la cabeza al otro, haciendo una mueca al hacerlo.

“Tengo que volver a mi piso”, dijo la enfermera Platte, sonriendo. “Una de las otras chicas llamó enferma. Estoy haciendo parte de su turno”.

“Te veré más tarde”, dijo él.

La enfermera Platte asintió, se despidió y salió de la habitación.

Unas horas más y podré dormir, pensó Shane. *Incluso caminar por las escaleras*.

“Buenas tardes”, dijo una mujer, y Shane casi se cae de la silla sorprendido. Levantó la vista y se quedó completamente quieto.

La Enfermera estaba de pie junto a su cama. Era opaca, pequeña, educada, y de profesional, con una sonrisa en su rostro.

Shane se aclaró la garganta, hizo una pequeña reverencia y dijo: “Buenas tardes”.

“¿Qué estás haciendo en la sala E?”, preguntó ella.

Su tono era firme. Completamente de negocios.

“Sufrí un golpe en la cabeza”, dijo Shane. “No me permitirán bajar a mi habitación hasta que arreglen los ascensores, o hasta que hayan pasado veinticuatro horas”.

Ella asintió.

“Lamento que te hayas lastimado”, dijo la enfermera. “Pero estabas interrumpiendo, lo cual fue bastante grosero, podría decir”.

“Por favor acepte mis disculpas”, dijo Shane. *¿Puedo alejarme de ella si ataca?*

“Disculpa aceptada”, dijo. Ella entrecerró los ojos hacia él y agregó: “Asegúrese de que no vuelva a suceder”.

“Haré lo mejor que pueda”, respondió Shane.

Ella lo miró, sacudió la cabeza y luego se volvió para irse.

“Disculpe”, dijo Shane.

“¿Si?”, dijo ella, haciendo una pausa.

“¿Puedo preguntarte cómo te llamas?”.

Ella frunció. “No veo por qué esto es tan importante, pero, si quieres saberlo, mi nombre es Ruth. Ruth Williamson”.

Shane observó mientras se daba vuelta y salía de la habitación a través de la pared derecha.

Ruth Williamson, se repitió Shane para sí mismo. *Veamos qué podemos averiguar sobre usted, Enfermera.*

Capítulo 13: Matias, Hospital Sanford, 2 de junio de 1967

"No pensé que volvería", resopló Matias, con los pies descalzos y sobre la mesa de examen.

"Lo hizo", dijo el doctor Jack Neal. Se sacó el cigarrillo de la boca, lo golpeó contra el cenicero del mostrador y sacudió la cabeza. "Es un hongo, Matias. Lo contrajiste primero en el Pacífico, ¿verdad?".

Matias asintió con la cabeza.

"Bueno", dijo Jack, volviendo a colocarse el cigarrillo entre los labios, "parece que el calor del sudeste asiático lo ha vuelto a sacar. La mayoría de las veces, les digo a las personas que cuiden mejor sus pies, pero esto no tiene nada que ver con eso. Viniste honestamente por esto".

"Eso es un alivio", dijo Matias sarcásticamente.

"No te pases de listo", dijo Jack. "Haremos lo que podamos, como siempre. Estoy más preocupado por la forma en que se cura la herida de la cadera".

"¿Por qué?", exigió Matias. "¿Qué le pasa a la cadera?".

"Creo que los alfileres que colocamos pueden no haber sido tan estériles como se suponía", dijo Jack, suspirando. "Para decirlo sin rodeos, Matias, es posible que tengamos que abrir, agrandar la herida, drenar la infección y tal vez incluso abrirlo de nuevo para raspar los alfileres de cualquier resto".

Matias se mordió la lengua, manteniendo la ira dentro.

"Matias", dijo Jack, suspirando y retrocediendo. Cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza. "Sabes que no te diría que debemos hacerlo si no fuera necesario".

"Lo sé, Jack, lo sé", dijo Matias. Con cuidado movió las piernas fuera de la mesa, haciendo una mueca mientras ajustaba su posición. "He estado bajo el cuchillo lo suficiente. No estoy esperando otra operación".

"Bueno, asegúrese de enviar una carta de agradecimiento a Vietnam", dijo Jack, sentándose en un taburete. "Estoy seguro de que lo apreciarán".

"No es necesario", dijo Matias. "Tengo el cráneo del francotirador en mi estudio".

Jack lo miró sorprendido. "¡No es cierto!".

"Sí", dijo Matias. "Mi equipo de bomberos me lo envió por correo cuando estaba en Alemania para el primer tramo del viaje a casa".

Jack sacudió la cabeza. "Hay algo fundamentalmente mal con los marines".

Matias se encogió de hombros. "Quizás".

“Escucha, lo admitiré”, dijo Jack. “Me gustaría abrir la herida hoy. Con la aprobación de la intervención podré decir si debemos entrar y limpiarlo”.

Matias puso los ojos en blanco. “Elegiste un buen momento. Debra tiene a los niños con ella en Boston”.

“¿De verdad?”, dijo Jack, inocentemente. “Qué fortuito”.

Matias lo miró y luego dijo: “Jack, ¿has estado hablando con Debra?”

La cara de Jack se enrojeció.

“Mira esa pareja, densos como ladrones, ¿eh?”, preguntó Matias.

“¿Pensaste que no consultaría con mi hermana?”, respondió Jack.

Matias acalló al doctor. “Ve a buscarme a mi habitación. Mejor hacerlo ahora”.

Jack sonrió, apagó el cigarrillo en el cenicero de mármol junto a la puerta y salió de la habitación. Unos minutos más tarde, regresó con un asistente, un hombre grande. El hombre empujó una silla de ruedas frente a él y Matias frunció el ceño.

“Mis órdenes”, dijo Jack. “No me importa lo testarudo que seas. La única cama que tenemos abierta está en la sala E, y no vas a cojear hasta allí”.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Matias. “Ahí está el ascensor”.

“Solo si estás en la silla de ruedas”, dijo Jack. “Te haré subir a pie todo el camino si no te sientas”.

“Cuando esté mejor, Doctor”, dijo Matias, “vamos a ponernos los guantes y dar un par de vueltas”.

“Excelente”, dijo Jack, sonriendo. Se volvió hacia el asistente y dijo: “Don”.

Don llevó la silla de ruedas a la mesa y esperó a que Matias se metiera en ella. El dolor era terrible, y debe haberse demostrado en su rostro.

“Te tendremos mejor en poco tiempo”, le aseguró Jack. “Ve arriba. Descansa. Llegaré en breve”.

Matias solo pudo asentir en respuesta.

En poco tiempo, Don lo llevó de la sala A hasta la sala E y lo dejó en la habitación 8. Un hombre terriblemente viejo yacía dormido en una de las dos camas, y la habitación estaba iluminada con la luz de la tarde. Don empujó la silla de ruedas directamente a la cama desocupada. Matias se subió a la cama y respiró hondo.

“¿Está bien, señor?”, preguntó Don.

Matias asintió con la cabeza. “Lo suficientemente bien. Gracias”.

“¿Necesitas una enfermera que te ayude a ponerte el pijama?” preguntó el asistente.

“No”, dijo Matias, sacudiendo la cabeza. “Gracias, pero no”.

“Muy bien, señor”, dijo Don, y puso la silla de ruedas en una

esquina antes de salir de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Matias se inclinó cuidadosamente, desató sus zapatos y los dejó debajo de la cama. Con igual precaución, levantó las piernas sobre el colchón, se puso lo más cómodo posible y miró a su compañero.

Cada aliento era un silbido para el anciano, el traqueteo en su pecho un sonido que Matias había escuchado con demasiada frecuencia.

Se está muriendo, pensó Matias. *Quizás no esta noche. Pero definitivamente mañana. ¿Cuántos años tiene él? Maldición, parece lo suficientemente mayor como para haber montado con Roosevelt y los Rough Riders.*

Apartando su atención del anciano, Matias buscó algo para ocupar su atención. Había una baraja de cartas sobre la mesa entre el par de camas. Al lado de la mesa había un escritorio de regazo doblado. Matias extendió la mano, agarró las cartas y el escritorio. Repartió una mano de solitario y comenzó a buscar un hogar para un tres de bastos.

La puerta se abrió.

Matias levantó la vista, vio a una enfermera y frunció el ceño. *Le dije que no necesitaba ayuda.*

La idea murió cuando Matias se dio cuenta de que podía ver a través de la mujer. Parecía ser más una idea de último momento. Una idea de una mujer, o un recuerdo de una. Su uniforme era viejo; anticuado.

Ella le sonrió amablemente cuando pasó, una ola de aire frío la precedió.

Matias se estremeció, los pelos de su cuello se levantaron y el dolor en su cadera aumentó exponencialmente.

Se dirigió directamente al viejo en la otra cama. Mientras se acercaba a él, el compañero de cuarto de Matias jadeó y se giró lentamente en su cama. Cuando se detuvo junto a la cama, el hombre estaba de espaldas a ella.

El horror de Matias creció cuando la vio extender las manos, colocándolas en el centro de la espalda del anciano. Un latido más tarde, ella empujó sus dedos aún más en la carne del hombre, y pronto estaba hasta las muñecas dentro del anciano.

El viejo jadeó, tembló, y el traqueteo de la muerte se detuvo.

Durante varios minutos más, permaneció donde estaba, con las manos aún ocultas dentro de él.

Matias se quedó en donde estaba, el miedo se apoderó de él.

Finalmente, ella se dio la vuelta y se retiró. Una vez más, ella le sonrió a Matias, deteniéndose por un momento al final de su cama.

“Craig se siente mucho mejor ahora”, dijo dulcemente. “Mucho mejor. Vendré más tarde y te veré a ti también”.

Matias permaneció perfectamente quieto mientras la veía salir de la habitación y pensó: *espero que no*.

Capítulo 14: Un visitante

Los ascensores habían sido reparados, y Shane había sido trasladado de la sala E a la sala A.

A las seis de la mañana, se despertó, sudando profusamente y jadeando por las pesadillas. Incluso después de todo lo que había pasado, los terrores de su infancia permanecieron con él; lo atormentaba todas las noches.

Se sentó en la cama del hospital, buscando un cigarrillo y un trago de whisky. Shane se levantó en silencio, consciente del hombre que dormía en la otra cama, y fue al baño. Se lavó rápidamente, se puso un nuevo par de pijamas y puso sus pies en las zapatillas de deporte. Cuando salió de la habitación, hizo un gesto con la cabeza a la enfermera de guardia y obtuvo el "bien" del viejo guardia de seguridad de la Marina para salir a fumar y tomar un traguito.

Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de él, Shane sacó sus cigarrillos y encendió uno. Sonrió ante el sabor del tabaco y bajó las escaleras hacia el estacionamiento de atrás. En unos minutos, estaba disfrutando la agradable quema del whisky y preguntándose cuánto tiempo más tendría que quedarse en Sanford.

"¡Shane!".

Shane miró y vio a Doc Kiernan. El médico moribundo cojeó hacia él, apoyándose pesadamente en un bastón.

"Hola, Doc", dijo Shane. "¿Quieres una bebida?".

"¿Tienes whisky en tu coche?", preguntó Doc, riendo.

"¿Tú no?", respondió Shane, guiñando un ojo.

"Demonios, ni siquiera tengo auto", dijo Doc. Se apoyó contra el costado de una camioneta estacionada al lado del vehículo de Shane. Con un gesto de agradecimiento, aceptó la botella de Shane, le dio a la boca del whisky una limpiada superficial y luego tomó un largo trago. Tosió, sacudió la cabeza y le devolvió la botella a Shane.

Riéndose, Shane la recibió. "¿Qué estás haciendo aquí?".

"Mi caminata matutina", dijo Doc, secándose las lágrimas de las comisuras de los ojos. "O, más bien, mi arrastre de pies matutino".

"¿Malo?", preguntó Shane.

"Malo", confirmó Doc. "Sabes, estaba en algunos lugares cálidos. Primera batalla de Fallujah, entró con los marines. Hajii nos arrojó mucho plomo".

"Tenía la costumbre de hacer eso", dijo Shane.

"Sí", dijo Doc. "Es por eso que no pensé que moriría a los treinta de algo tan estúpido como un pozo de combustión".

Shane asintió con la cabeza. "Un par de tipos con los que serví están enfermos. Abajo en Bethesda, siendo testeados. ¿Cómo es que no estás allí?".

“Sanford está bien conmigo”, dijo Doc, aceptando la botella cuando Shane se la entregó. El hombre hizo una pausa, tomó un trago y se lo devolvió. “No hay cura para lo que tengo. Ni siquiera pueden saber lo que está pasando conmigo, aparte de que me estoy muriendo. Entonces, ¿por qué dejarlos hacer pruebas? Mi familia está aquí arriba. Pueden visitar un infierno mucho más fácil que viajar a Maryland”.

“Es cierto”, dijo Shane. Tomó un sorbo del whisky. “¿Cuánto tiempo llevas aquí?”

“Aproximadamente un año”, dijo Doc. Él dudó, luego preguntó: “¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te golpeaste la cabeza?”.

“Sí”, dijo Shane. “Vi un fantasma”.

Doc lo miró con atención. “¿Estás seguro?”.

Shane sonrió. “Estoy seguro”.

“Yo también la he visto”, dijo Doc brevemente. “No te lo dije antes porque no estaba seguro de qué tan bien lo manejarías. Tuviste una conmoción cerebral y definitivamente sufriste un trauma”.

Doc sonrió vagamente. Anoche hablé con Brett. Él piensa que ella también pudo haber tenido algo que ver con la muerte del Dr. Georges.

“¿Qué?”, preguntó Shane. “Dr. ¿Georges?”.

“Sí”, dijo Doc. “¿No escuchaste de él?”

Shane negó con la cabeza y Doc lo informó rápidamente sobre la muerte del médico.

“¿Creen que fue un aneurisma por beber?”, preguntó Shane, cuando Doc había terminado.

Doc asintió con la cabeza. “No harán una autopsia ni nada. Lo encontraron en su oficina cuando no se presentó a una cita. La luz estaba rota, vómito en la boca. Parece que se atragantó con eso”.

Shane resopló y sacudió la cabeza. “Supongo que tuve suerte”.

“¿Cómo dices?”, preguntó Doc, sorprendido.

“Se suponía que debía trabajar conmigo hoy”, dijo Shane. “Se decía que tenía un problema con su alcohol”.

Doc miró la botella de whisky en la mano de Shane.

“No tengo ningún problema”, dijo Shane. Luego sonrió, “Además, no estoy operando a nadie”.

Tomó un último trago, tapó la botella y la guardó. Después de cerrar el auto con llave, Shane sacó un cigarrillo nuevo y miró a Doc. “¿Esto te molestará?”.

Doc negó con la cabeza. “Enciéndelo. Esos eventualmente te matarán”.

“Si tengo la suerte de vivir tanto”, murmuró Shane.

“¿Qué?”, preguntó Doc mientras comenzaban la caminata de regreso al edificio.

“Nada. Nada”, dijo Shane. “Estoy diciendo tonterías. De todos modos, ¿por qué crees que la enfermera mató al Dr. Georges?”.

“Nadie sabe por qué. Por lo general, ella se ve en la sala E. Raramente abajo. La gente piensa que ella es, bueno, como la muerte. Ella viene y se lleva a la gente cuando es su momento”, dijo Doc.

“¿Pero solo la han visto en la sala E?”, preguntó Shane.

“Sí”, dijo Doc. “Es como un secreto a voces, ¿sabes? Algunos miembros del personal saben de ella, pero no hablarán sobre eso. Dicen que baja la moral de los pacientes”.

“Eso he oído”, dijo Shane.

Doc lo miró, pero cuando Shane se quedó callado, continuó. “De todos modos, algunos de los pacientes la han visto. No les gusta hablar de ella. Ya sabes, algo así como ‘Habla del diablo y aparecerá’”.

“Sí”, dijo Shane. “Entiendo. Mi pregunta es, ¿alguien alguna vez ha tratado de detenerla?”.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Doc. “¿Como un exorcismo o algo así? ¿Alguna de esa basura hippy de la nueva era sobre decirle a la enfermera que está muerta y que necesita ir hacia la luz?”.

Shane se rio. “No nada de eso. Quiero decir, atarla a algo, o encontrar dónde está enterrada, luego sal y quemar sus huesos”.

“Jesucristo”, dijo Doc, conmocionado en su rostro y en su voz. “Suena un poco bárbaro, hombre”.

Shane se encogió de hombros. “Lo que sea que haga el trabajo”.

Subieron la rampa para discapacitados hacia la puerta de atrás.

“Supongo que no tengo dudas ahora”, dijo Doc cuando llegaron al abridor automático.

“¿Dudas sobre qué?”, preguntó Shane, abriendo la puerta para Doc.

“Sobre que eres un marine”, respondió Doc, sonriendo. “Solo un marine estaría de acuerdo en desenterrar un cuerpo, echarle sal e incendiarlo como una barbacoa”.

La risa de Shane resonó por el pasillo cuando entraron al hospital.

Capítulo 15: ¿Qué sueños pueden venir?

Shane se despertó en su cama.

No en una cama de hospital.

Su cama.

Miró alrededor del dormitorio, una ola de confusión amenazaba con abrumarlo.

Esto no está bien, pensó Shane. *Es muy grande*.

Todo estaba sobredimensionado. La cómoda era demasiado alta, la puerta era demasiado grande. Incluso su cama era gigantesca. Se quitó las mantas, se miró las piernas y se detuvo.

Sus piernas eran pequeñas. Pequeñas y cubiertas de fino cabello castaño claro.

Con cautela levantó las manos y vio que eran proporcionales a sus piernas, y había una costra fresca en la parte posterior de su dedo índice izquierdo. Se había cortado al alcanzar una rejilla para una de sus figuras de acción.

Cuando tenía doce años.

No tengo doce años, pensó Shane, obligándose a levantarse. El piso de madera estaba frío bajo sus pies. Miró alrededor de la habitación donde estaban sus juguetes de Star Wars, sus figuras de acción de GI Joe y una pila de cómics. No tengo doce años.

“Hola”.

Shane levantó la vista y vio a la Enfermera.

Ella se paró en su habitación, frente a su puerta.

“Hola”, respondió Shane, y su voz era la de un niño de doce años. “¿Por qué estás en mi habitación?”.

“He venido a ver cómo estás”, dijo Ruth. Dio un paso más en la habitación. “Eres mi paciente”.

Shane miró a su alrededor, tratando de ver algo con lo que pudiera defenderse.

No había nada.

“Le agradezco su preocupación”, dijo Shane, “pero estoy realmente bien”.

“Creo que tal vez soy el mejor juez de su condición médica”, dijo en un tono condescendiente.

“Necesitas mantenerte alejada de mí”, dijo Shane, poniendo tanta fuerza en su joven voz como le fue posible.

Ruth hizo una pausa, movió un dedo hacia él y dijo: “Tendrás que tomar un tono más respetuoso conmigo, joven, o de lo contrario me aseguraré de que retengan tu postre”.

El miedo comenzó a comerse a Shane. La desesperación lo llenó

cuando ella comenzó a caminar hacia él nuevamente. Una aguja hipodérmica apareció en una de sus manos, mientras que un frasco de vidrio fue repentinamente visible en la otra.

"Necesitas tomar tu medicina", dijo, deteniéndose a un lado de su cama. Ruth insertó la aguja en el vial, extrajo una sustancia oscura y sucia en el instrumento y le sonrió. "Solo dolerá por un momento".

"¡No!", gritó Shane. Giró sobre su cama y se lanzó hacia las ventanas. Detrás de él, Ruth le ordenó que se detuviera. Saltó sin mirar atrás.

***

Shane maldijo cuando golpeó el azulejo del piso de la habitación del hospital. Con el pecho dolorido, se volvió y vio a la enfermera parada junto a su cama. Una expresión mixta de ira y decepción estaba en su rostro.

La puerta de la habitación se abrió y ella desapareció.

Brett se apresuró a entrar en la habitación, seguido de Doc Kiernan.

Shane logró ponerse de pie cuando lo alcanzaron.

"¿Estás bien?", preguntó Brett.

"Bien, ahora que se fue", dijo Shane.

"¿Quién?", preguntó Doc. "¿La Enfermera?"

Shane asintió con la cabeza.

"¿Por qué estaba ella aquí?", dijo Brett.

"Para darme mi medicina", dijo Shane con amargura. Se sentó en su cama. "En mi sueño, nada menos".

Cuando los dos hombres lo miraron confundidos, Shane les contó lo que había sucedido.

"¿Pero por qué te eligió?", preguntó Brett. "Sin ofender, pero aparte del Dr. Georges, todos los que murieron eran viejos o moribundos".

"Evidentemente, soy especial", dijo Shane.

"O de lo contrario está matando más de lo que sabemos", dijo Doc en voz baja.

Shane y Brett lo miraron.

"Honestamente", dijo Doc. "Piénsalo. ¿Qué sabemos de ella, aparte de eso, se dice que deambula por la sala E para matar a los que ya están en el corredor de la muerte? ¿Qué pasa si eso no es cierto? ¿Qué pasa si se ha mantenido ocupada durante tantos años? ¿Y si mata a quien cree que necesita matar?".

Shane suspiró. "Qué idea tan terrible".

Brett asintió con la cabeza.

"No dije que me gustara la idea", dijo Doc. "Solo estaba intentando ese camino".

"Puedes estar cerca de algo", dijo Brett. "Tendré que investigarlo. Ver cuántas muertes hubo durante, digamos, el año pasado".

“Ve más lejos”, dijo Shane.

Los hombres lo miraron.

“Más lejos”, repitió Shane. “Su uniforme tiene unos cien años. Significa que ella estaba aquí, o cerca, alrededor del final de la Primera Guerra Mundial. Posiblemente durante la epidemia de gripe justo después de la guerra. No sé si hay registros que se remontan tan atrás, pero míralo, Brett, si puedes. No estaré fuera de aquí por al menos otro día o dos. Más tiempo si no encuentran a alguien que haga el injerto de piel”.

“Deberías salir mañana”, dijo Brett.

“Bien”, dijo Shane, incapaz de mantener el alivio fuera de su voz.

“¿Vas a dejarnos a nuestro destino?”, preguntó Doc.

Shane sacudió la cabeza. “Diablos no. Tengo algunas cosas en casa que traeré de vuelta. Tal vez incluso encuentre un amigo o dos que puedan ayudarnos. Si tengo suerte. Si no, bueno, entonces traeré suficiente material para asegurarme de que la enfermera no vuelva más”.

“¿Cómo qué?”, preguntó Brett.

Shane les dedicó una pequeña y dura sonrisa. “Gasolina y un buen suministro de fósforos”.

Capítulo 16: La Orden de San Benito

Dom Francis Benedict se sintió físicamente enfermo cuando miró el Hospital Sanford.

Este lugar es malo, pensó, examinando cada aspecto del edificio con un ojo crítico. *Este lugar es francamente terrible.*

Una pequeña parte de él lo instó a retirarse, regresar al automóvil y volver rápidamente a la universidad. Pero solo una pequeña parte.

Pongo mi vida en tus manos, oh Dios, pensó Francis, y se dirigió al frente del hospital. Cuando entró al edificio, sintió un escalofrío terrible en el aire, un olor desagradable que se escondía detrás de los olores normales de un hospital. Se detuvo frente al escritorio principal y una joven levantó la vista de su teléfono. Le llevó un momento darse cuenta de que era un hombre religioso, y cuando lo hizo, apresuradamente colgó el teléfono.

Ella sonrió nerviosamente y dijo: "Buenos días, Padre".

"Buenos días", dijo Francis, sonriendo. "Pero llámame Dom Francis, o Hermano si eso más fácil. Y no te preocupes, esta no es una escuela católica. No estás en problemas por mirar tu teléfono".

La joven se sonrojó. "¿Es tan obvio?".

Francis sonrió y asintió. "Estoy aquí para visitar a algunos de los residentes. Normalmente comienzo con los más viejos, si tienen ganas de hablar conmigo".

"Hmm", dijo ella. "Definitivamente sería Matias Geisel, pero no es católico. Creo que es luterano".

"No estoy aquí para convertirlos", dijo Francis suavemente.

"Oh, está bien", dijo la joven. "Bueno, generalmente tiene visitas, pero puede querer más compañía. Está en la habitación 20, sala A. Simplemente sube las escaleras, pasa por las puertas dobles y gira a la derecha. Matias está en la última habitación a la izquierda.

"Muchas gracias", dijo Francis. "No sé tu nombre".

"Sarah", dijo. "Sarah Hall, Hermano".

"Un placer, Sarah", dijo Francis. Él se despidió y siguió sus instrucciones. El pasillo que conducía a la habitación de Matias Geisel estaba lleno de innumerables sonidos, una verdadera cacofonía. Gente hablando, televisores encendidos, anuncios a través del sistema de altavoces. Una pareja en otra habitación discutía, y Francis tuvo que concentrarse en la razón por la que había venido a Sanford.

Tocó la puerta.

"¡Adelante!", gritó una voz.

Francis entró, y encontró a un hombre extremadamente viejo sentado solo en un sillón. Fotografías enmarcadas cubrían las paredes, cubrían su escritorio y daban un breve vistazo a la vasta familia de la que disfrutaba Matias Geisel.

Matias tenía una mesa plegable frente a él, un juego de solitario a medio terminar repartido. También tenía una taza de café recién hecho y una tostada, y miró a Francis gratamente sorprendido.

"Tengo que decir", dijo Matias con una sonrisa, "esto no es algo que esperaba cuando me desperté esta mañana".

"Me alegro", dijo Francis. Se acercó, estrechó la mano de Matias y se presentó.

"Tome asiento, Dom Francis", dijo Matias, señalando hacia la otra silla de la sala.

"Gracias", dijo mientras se sentaba. "Estoy aquí para visitar y hablar".

"¿A mí en particular?", preguntó Matias con una ceja levantada.

"No", dijo Francis, sonriendo. "Todos los que deseen una pequeña conversación".

"Nunca digo no a una pequeña conversación. O incluso a una grande", dijo Matias, guiñando un ojo. "Debes ser del St. Anselm's College".

Matias asintió con la cabeza. "Lo soy".

"Sí, solo he visto unos pocos monjes benedictinos, y todos han estado aquí en New Hampshire", dijo Matias. Tomó un sorbo de su café y luego dijo: "Estoy siendo terriblemente descortés. ¿Quieres que vea si alguien podría traerte una taza de café?".

"No, gracias", dijo Francis. "Tomé un poco esta mañana cuando rompí el ayuno. Si es demasiado no podré sentarme quieto durante las oraciones de la tarde".

Fuera de la única ventana de la habitación, las nubes se asentaron frente al sol, proyectando una tenue sombra sobre los dos hombres. Matias extendió la mano, encontró el interruptor de la lámpara en su mesa auxiliar y encendió la luz.

"Ya no aprecio la oscuridad", dijo Matias. "Demasiados años haciendo cosas que la mayoría de los hombres nunca deberían tener que hacer. Tienes el porte de un militar, Dom Francis. Nunca antes lo había visto en una persona religiosa".

"Estaba en el ejército antes de tomar mis votos", dijo Francis.

"Supongo que eso lo explica entonces", dijo Matias, riéndose.

La luz parpadeó, se apagó, volvió a encenderse y volvió a parpadear.

Ambos hombres lo miraron.

Un momento después, la bombilla se hizo añicos, el vidrio se incrustó en la pantalla de la lámpara y se dispersó por el suelo. La temperatura en la habitación se desplomó. En la penumbra, el aliento de Francis se veía en grandes nubes.

La sensación de inquietud que sintió cuando entró por primera vez en el edificio aumentó cien veces y Francis se puso de pie.

“Siéntate”, dijo Matias suavemente. “No podemos hacer nada en contra de ella, no si está decidida a hacerlo”.

“¿Quién?”, preguntó Francis, mirando al viejo.

“La Enfermera”, dijo Matias. “Ahora siéntate. Por favor”.

Francis se sentó.

La habitación se enfrió, la piel de gallina estalló en todo el cuerpo de Francis. Luego, de la pared izquierda, surgió una figura. Una mujer, vestida con el uniforme de una enfermera que Francis solo había visto en los libros. Ella los miró a ambos, una expresión severa en una cara que era indudablemente bonita.

“Padre”, dijo, mirando a Francis.

No se molestó en tratar de corregirla. Francis estaba tratando de aceptar la realidad de su presencia.

“Debo pedirte que ahorres tiempo con el señor Geisel. Es viejo y aún no he decidido si va a tener su cita hoy o no”, dijo la Enfermera. Ella le sonrió a Matias y le dijo: “Puede ser hoy, señor Geisel. Puede que no. Lo mejor es estar preparado”.

Asintiendo con la cabeza a los dos, se dio la vuelta y se fue por donde había venido. La habitación se calentó lentamente y Francis miró a Matias.

Matias cogió el botón de llamada de la enfermera de guardia, lo presionó y miró a Francis. “¿Quieres una taza de café ahora, Dom Francis?”.

Francis solo pudo asentir mientras la imagen de la enfermera muerta se grababa en su memoria.

Capítulo 17: Visitando a algunos amigos

La enfermera Platte estaba molesta cuando Shane salió del hospital. Fue solo después de que él prometió regresar para recibir tratamiento, que ella lo dio de alta.

Shane disfrutó de un gran trago de whisky y dos cigarrillos rápidamente fumados antes de abandonar el estacionamiento. Tomó un café de una estación de servicio y envió una solicitud de asistencia por mensaje de texto.

La respuesta fue rápida.

Ven aquí

Treinta y siete minutos después, se detuvo en un camino de entrada en Old Nashua Road, estacionó el auto y apagó el motor. Subió las escaleras de la granja, salió al porche y llamó a la puerta.

Se abrió un segundo después, y Brian Roy se paró frente a él, sonriendo.

"Shane", dijo Brian, tendiéndole la mano, "¿cómo demonios estás?".

"Terrible", respondió Shane, estrechando la mano de Brian y luego tirando al hombre para darle un abrazo. Se dieron palmadas en la espalda.

"Adelante", dijo Brian, alejándose de la puerta. Se giró y gritó por el pasillo: "Jenny, Shane está aquí".

Desde la cocina, Jenny dijo: "¡Hola Shane!".

"Hola Jenny", respondió Shane. Brian cerró y cerró la puerta. Juntos entraron en la pequeña guarida. Shane se dejó caer en una silla mientras Brian fue al sofá.

"Esto", dijo Jenny, "es tan doméstico como lo estoy haciendo hoy".

Se sentó con Brian en el sofá y Shane miró a Brian. "¿Estás bien?".

"Muy bien", dijo Shane.

"Cuéntanos qué está pasando", dijo.

Shane se recostó en la silla y les habló sobre el Hospital Sanford. Mantuvo la expectativa sobre la enfermera Ruth invadiendo su sueño hasta el final.

El color desapareció de las caras de Jenny y Brian.

"Jesús", dijo Brian después de un momento. "Nunca he oído hablar de algo así".

"Yo sí", dijo Jenny, y tanto Brian como Shane la miraron. "He estado leyendo diferentes libros de la biblioteca de un amigo. Uno de ellos habló sobre fantasmas y demonios que realizan ataques psíquicos a través de los sueños".

"¿Dijeron cómo defenderse de los ataques?", preguntó Shane, inclinándose hacia adelante. "Tengo que volver allí, y lo más probable

es que sea por un tiempo. Prefiero que no me ahogue hasta morir antes de que pueda averiguar qué hacer con ella".

"Si hay forma", dijo Jenny, "pero tendré que buscarlo. No lo recuerdo, y estoy segura que no quiero darte el nombre equivocado".

"Sí", dijo Brian. "Eso sería un dolor".

"Ahora vuelvo, revisaré los libros arriba". Se levantó y salió de la habitación. Shane miró a Brian, las cicatrices en la cabeza del hombre y el brillo de los dientes cubiertos de acero en la boca.

"Hombre", dijo Shane, "pareces un extra de una película apocalíptica. ¿Qué demonios pasó?".

"Solo algunos problemas con un fantasma", dijo Brian.

"Parece que trabajaste bastante bien", dijo Shane.

"Más que bastante bien", dijo Brian con amargura. "Investigo de vez en cuando, pero es Jenny quien hace la mayor parte. Ella trabaja duro. Y no dejes que su hijo te haga leer un poco. Ella está leyendo casi un libro al día. A veces más si son más pequeños".

"Wow", dijo Shane.

"Wow tiene razón", dijo Brian.

"¿Qué es wow?", preguntó Jenny, caminando de regreso a la habitación. Ella tenía un pequeño libro en la mano.

"Le estaba diciendo a Shane cuánto lees", dijo Brian.

Ella sonrió. "Si. Un poco".

"Supongo que sí", dijo Shane, riéndose entre dientes. "Entonces, ¿cuál es el trato con los ataques psíquicos? Nunca he tratado con esto antes".

"No es común", dijo Jenny. "Hay cosas al respecto en la historia de los fantasmas, pero generalmente se necesita un fantasma increíblemente fuerte".

"Está bien", dijo Shane. "Pero ya sabes, me he enfrentado a algunos espíritus miserables. Y eran fuertes. Muy fuertes. Nunca antes trataron de entrar mi cabeza mientras dormía".

"Hay muchos factores", dijo Brian. "Según la investigación que he visto, uno de los más grandes es el intercambio voluntario de energía. No sé cómo funciona este fantasma tuyo, pero mira a Josephus".

Jenny se burló de la mención del nombre del muerto.

Brian asintió con la cabeza. "Sí, Babe, siento lo mismo. Pero lo que estoy tratando de decir es que todo su poder debe haber venido de los otros espíritus que mantuvo allí. Era un vampiro energético. Robando el poder. Entonces, aunque era fuerte, no era tan fuerte como podría haber sido si le hubieran dado su energía voluntariamente".

"Lo que estamos pensando", agregó Jenny, "es que tu fantasma está recibiendo su impulso de la voluntad, y eso realmente marca la diferencia en el mundo cuando se trata de poder atacar psíquicamente".

“Ella podría cumplir con los requisitos”, dijo Shane después de un minuto. “Ella ha estado operando durante mucho tiempo en Sanford. Y creo que tiene mucho apoyo allí. ¿Podría hacerlo?”.

Jenny asintió con la cabeza. “Sí, siempre que pueda alimentarse de su energía, sí. Seguro”.

“Como dijimos”, agregó Brian, “que sea voluntario es la clave”.

“Genial”, dijo Shane, suspirando. “Entonces, ¿cómo puedo evitar que me destroce mientras duermo?”.

“Hay un par de formas diferentes de defenderse”, dijo Jenny. Abrió el libro, pasó a una página cerca del final y asintió para sí misma. “El único que creo que tiene algún mérito real, y algunos testimonios reales de sitios de fantasmas acreditados es la hierba, betónica”. Sé que hay una nueva tienda de hierbas en Nashua, por lo que puedes encontrarla allí. Si no, tendrás que llamar”.

“¿Y qué hago con eso?”, preguntó Shane. “¿Usarlo como un talismán?”.

Jenny sacudió la cabeza. “No. Espolvorea alrededor de tu almohada. Probablemente tampoco estaría de más esparcirlo por la cama”.

Shane sacó su teléfono, sacó la aplicación de bloc de notas e ingresó ‘betónica’. “Gracias, Jenny”.

“De nada”, dijo. “Desearía que pudiéramos hacer más sin poner a mi hijo varón aquí en peligro”.

“No te preocupes por eso,” dijo Shane, sonriendo. “Tengo un par de veteranos de carga dura en Sanford. Nos encargaremos”.

“Estoy seguro de que lo harán”, dijo Brian. Se miró las manos y suspiró.

“¿Algo mal con la bebida?”, preguntó Jenny con una sonrisa irónica.

Brian asintió con la cabeza.

Shane lo miró y le preguntó: “¿Qué?”.

“No contiene whisky”, dijo Brian, y Shane se echó a reír cuando Jenny le dio una palmada en el brazo a su marido.

Capítulo 18: Matias espera solo

Matias sabía que moriría. Todos lo hacían.

Había visto cientos de hombres muertos. Miles de heridos. Sabía lo que era estrangular la vida de un hombre y lo que significaba tratar de recoger las piezas de un amigo muerto por el fuego de artillería.

Matias había sido un asesino, uno de los mejores. No sufría pesadillas ni arrepentimientos. Matias conocía a muchos hombres y mujeres que padecían estrés postraumático, pero él no era uno de ellos. Había encontrado la paz en la guerra. Sin lugar a dudas, Matias había sido un adicto a la guerra, uno de los pocos que constantemente buscaba conflictos.

La herida en su cadera había terminado su relación con la guerra y lo obligó a construir una con su esposa.

Reflexionó sobre todo eso mientras miraba las fotos en su habitación, fotografías de sus hijos, nietos y bisnietos. En el primer cajón de su tocador había un álbum de fotos lleno de fotos de amigos, la mayoría de ellos muertos. Quedaron algunos de los más jóvenes, con quienes había peleado en Vietnam.

Matias suspiró, apartó su atención de los recuerdos y miró la lámpara. Raphael, uno de los ayudantes, había tenido la amabilidad de limpiar el desorden y reemplazar la bombilla. El curioso monje benedictino, Dom Francis, se había quedado un tiempo y Matias le había explicado lo que sabía sobre la Enfermera.

Francis había escuchado atentamente, absorbiendo toda la información. Cuando Matias terminó, Francis le dio las gracias y se fue, diciendo que regresaría pronto.

Matias no tuvo otros visitantes para el día, lo cual no era inusual. Sus nietos y bisnietos estuvieron activos en varios eventos deportivos, por lo que sus hijos estaban ocupados con ellos.

Matias sonrió y se preguntó qué videos le traerían.

Se estremeció de repente y se dio cuenta de que la habitación se había vuelto más fría. La luz parpadeó y Matias la apagó. Lo dejaron en una oscuridad casi total, solo una tenue barra de iluminación deslizándose entre la puerta y el piso.

Algo pasó a través de la luz, una débil sombra.

“Hola, señor Geisel”, dijo la Enfermera.

“Buenas noches, Enfermera”, dijo Matias. Su voz reflejaba su fatiga. “¿A qué le debo este placer?”.

“He venido para decirte que administraré tu medicamento pronto”, dijo. “Quería estar segura de que lo sabías”.

“No quiero ninguna medicina en particular”, dijo Matias. “De hecho, estoy bastante seguro de que no necesito ninguna”.

“Señor Geisel, lo regañó ella, tomará su medicina, según mis

órdenes".

"Le agradezco su preocupación, Enfermera", dijo Matias, reuniendo la mayor autoridad posible y aplicándola a su tono. "Pero decidiré mi propio curso de tratamiento".

Antes de que ella pudiera responder, la puerta se abrió y la luz llenó la habitación. Matias volvió la cabeza y cerró los ojos. Escuchó el clic del interruptor y los fluorescentes del techo cobraron vida.

"Oh Jesús", alguien susurró, y Matias abrió los ojos.

Miró a través de la enfermera y vio a una joven, una de las nuevas enfermeras del tercer turno, parada en la puerta. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa, su mandíbula abierta.

"¿Quién eres tú?", preguntó la nueva mujer, con miedo en su voz. "¿Que estás haciendo aquí?".

La Enfermera se volvió para mirarla y dijo con voz áspera: "El Sr. Geisel es mi paciente. Harás bien en abandonar la habitación y dejarme a cargo de su cuidado".

La joven sacudió la cabeza y, aunque Matias oyó un temblor de pánico en su voz, dijo: "Tienes que irte".

"Está bien", dijo Matias apresuradamente. "Sal de la habitación, por favor".

"No", dijo la nueva enfermera, la fuerza reemplazando el pánico. "No. Enfermera, no estás de servicio en este piso. No tienes autoridad ni control sobre el tratamiento del Sr. Geisel. Tienes que irte ahora".

"Estoy cansada de que la gente cuestione mis tratamientos", gruñó la enfermera. "Sal. ¡Ahora!".

"No", dijo la joven. "No tratarás al Sr. Geisel".

"¡Cómo te atreves!", dijo la enfermera Spat, enfurecida por el desafío. "¡Cómo te atreves! ¡Sé lo que es mejor para mis pacientes!".

"No", tartamudeó la nueva enfermera. "No".

La temperatura en la habitación se desplomó.

"Nadie", siseó la enfermera, "interfiere conmigo. ¡Nadie reniega de mí!".

El fantasma se convirtió en una mancha en movimiento. En menos de un segundo, cruzó la distancia entre ella y la joven, y se estrelló contra la enfermera viva cuando la puerta se cerró de golpe. La nueva enfermera fue arrojada hacia el piso madera, su cabeza golpeando obscenamente.

Ella gimió mientras se hundía en el suelo, una pequeña mancha de sangre se deslizaba por la puerta.

Matias agarró el botón de pánico y metió el dedo en él.

La Enfermera se inclinó sobre la mujer, la agarró por el cuello y la levantó. Los ojos de la joven rodaron en su cabeza mientras la saliva se juntaba en las comisuras de su boca. Alguien intentó abrir la puerta, pero no se movió. Golpearon contra ella.

La Enfermera golpeó a la joven contra la puerta varias veces en respuesta. Pronto, ella estaba colgando en las manos de la enfermera. La puerta se estremeció, tanto por los golpes fuera de la habitación como por dentro.

Fragmentos de hueso se incrustaron en la madera y también quedaron atrapados largos mechones del cabello negro de la joven. El blanco de sus ojos era claramente visible entre sus párpados medio cerrados. Su uniforme rosado se manchó con su sangre y, en algún momento, perdió el control de su vejiga. Sus piernas temblaron, sus pies entraron en espasmos, y sus dedos bailaron locamente como si estuviera escribiendo una carta frenéticamente.

Lentamente, Matias escuchó a la gente al otro lado de la puerta mientras le gritaban a él y a la enfermera recién fallecida. Matias trató de responder, pero su voz se negó a obedecerle.

Finalmente, la enfermera dejó caer el cuerpo de la joven al suelo y se volvió para mirarlo una vez más.

La expresión de su rostro era fría y dura. Se alisó el uniforme, lo miró y dijo: “Sr. Geisel, soy la única enfermera a cargo de tu cuidado. Sé lo que necesitas y lo administraré. Todos los demás serán advertidos y luego castigados en consecuencia”.

La enfermera desapareció, y la puerta se abrió de golpe y golpeó el cuerpo de la mujer. Fue empujado por el suelo, manchando sangre todo el linóleo.

Capítulo 19: De nuevo en casa

Shane había encontrado la betónica en la tienda de Main Street en Nashua. La hierba, que había comprado a granel, olía a té negro.

Puede oler a estiércol, pensó Shane mientras salía del auto con la bolsa en la mano, *siempre y cuando funcione.*

Subió las escaleras y entró en su casa, cerrando la puerta detrás de él. Shane miró alrededor del pasillo y se detuvo. "¡Hola!".

Un segundo después, Eloise apareció desde un rincón oscuro. La niña muerta sonrió y lo saludó con la mano. Shane le devolvió el saludo y se acercó al fantasma.

"¿Dónde está todo el mundo?", preguntó, hundiéndose en una posición en cuclillas para hablar con ella.

Eloise se encogió de hombros. "Estaba jugando a las escondidas con Thaddeus, pero yo era quien se escondía".

"¿Sabes por qué se fue Thaddeus?".

"Sí", dijo Eloise, su voz iba cayendo en un susurro. "Courtney y Carl están peleando".

Shane frunció el ceño. "¿Dónde?".

"Tu cuarto. Ella no lo quiere en tu habitación".

"Genial", dijo Shane, suspirando. "Justo lo que necesito".

Se puso de pie y subió la escalera principal hacia el segundo piso. Mientras se acercaba a la puerta de su habitación, el aire se volvió dolorosamente frío, lastimándole los pulmones con cada respiración.

Maldita sea, pensó. El pomo de la puerta estaba casi congelado cuando lo agarró y giró, abriendo la puerta. Shane se estremeció cuando entró en la habitación, apretando los músculos de su mandíbula.

Carl y Courtney estaban parados a unos metros dentro de la habitación, sus formas pulsaban con energía. El cuerpo de Courtney reflejó su muerte, su cuello tenía una curiosa grieta.

Carl era alto y delgado, y él y Courtney se miraron el uno al otro.

"¡Suficiente!", espetó Shane. "¡Han convertido mi habitación en un maldito congelador!".

Los dos fantasmas lo miraron con vergüenza y sorpresa en sus rostros.

"No quiero saber por qué están peleando", dijo Shane, levantando una mano". "Realmente no me importa. Carl, te he pedido que no entres a la habitación cuando no estoy en ella. Nos vemos en el estudio en breve, por favor".

Carl dudó un momento y luego hizo una pequeña reverencia antes de desaparecer.

La temperatura en la habitación se calentó notablemente.

Courtney lo miró y le dolió el corazón al verla.

Ella sonrió. “¿Cómo estás?”.

“Cansado”, respondió Shane. Puso la bolsa de betónica en su tocador y se fue a la cama. En silencio, se sentó y se quitó los zapatos.

“¿Hicieron tu injerto de piel?”, preguntó Courtney, sentándose a su lado.

“No”, respondió Shane.

Un dedo frío trazó la línea de su mandíbula. Suavemente dijo: “Te amo, Shane Ryan”.

Shane contuvo un sollozo y logró susurrar: “Yo también te amo”.

Capítulo 20: De vuelta en Sanford

Brett paseó por la habitación de Doc, nervioso y temeroso de la enfermera. No hubo más informes, ni muertes extrañas después del "ataque epiléptico" de un ayudante desconocido. El que la hizo golpear repetidamente la parte posterior de su cabeza contra la puerta y evitar que tres adultos la abrieran.

"Brett", dijo Doc. "Cálmate, me estás poniendo ansioso".

Brett miró al hombre más joven y frunció el ceño. "Lo siento".

Se sentó en una silla y miró la cama vacía.

"Necesitas relajarte", dijo Doc. "Por lo menos un poco".

"Es difícil para mí", dijo Brett. "Hay un fantasma asesino suelto en el hospital".

"Y evidentemente, ella ha estado aquí por un tiempo", respondió Doc.

Brett asintió y se frotó las sienes. "Sé que siempre hemos tenido muertes en la sala E. Se espera ¿Pero por qué abajo? ¿Por qué Matias?".

"Es viejo", dijo Doc. "¿Tal vez ella piensa que es hora?".

"¿Y la joven? ¿La ayudante?".

Doc negó con la cabeza. "¿Ella se interpuso en el camino? No lo sé, Brett. Realmente no lo sé. Pero caminar de un lado a otro no va a resolver nada. De todos modos, ¿has recibido alguna noticia de Shane?".

"Sí", dijo Brett, recostándose en la silla. "Dijo que tenía algo para ayudar a mantenerla a raya. Debería volver mañana con eso".

"Bueno".

Se hizo el silencio entre los dos hombres. Después de varios minutos, Doc dijo: "¿Cómo demonios se involucra alguien con los fantasmas?".

"No tengo idea, pero parece saber de qué está hablando".

"Sí", dijo Doc, sonriendo. "Estaba pensando en eso antes. Era un marine de carrera, por lo general no era del tipo fantasmal.

"No", Brett estuvo de acuerdo. "Por otra parte, no he tenido mucha experiencia con los fantasmas. ¿Tú?".

"En realidad no", dijo Doc. "Pensé que había un fantasma en mi casa cuando era niño, pero quién sabe, ¿comprendes?".

"Sí", dijo Brett, suspirando. Él se paró. "Muy bien, tengo que hacer mis rondas, asegurarme de que todos estén bien. Karen está casi dormida en el escritorio".

"Claro", dijo Doc, recostándose en su cama. "Estaré aquí. Escribiendo mi película".

Brett hizo una pausa y miró a Doc. "¿Tu película?".

"Sí", dijo Doc, sonriendo. "Una película biográfica. Mi emocionante

vida. Mucha acción, persecuciones de autos, tiroteos, hermosas modelos. Ya sabes. La experiencia estadounidense normal".

"¿Estoy en ella?", preguntó Brett.

"Todos están en ella".

"¿Quién te va a interpretar?", preguntó Brett.

"Ryan Reynolds".

"¿Y quién me va a interpretar?", dijo Brett.

"Samuel L. Jackson", dijo Doc, riéndose.

Brett se echó a reír. "Pero yo soy blanco".

"No importa", dijo Doc, poniendo sus manos detrás de su cabeza y mirando hacia el techo. "Es un requisito. Cada película tiene que tener a Samuel L. Jackson, y él te estará interpretando a ti".

"Estás loco, Doc", dijo Brett, sacudiendo la cabeza.

"Solo todo el tiempo", dijo Doc. "Hablamos pronto".

Brett se despidió y dejó al moribundo atrás. El pasillo estaba lleno del ruido de máquinas, respiradores y monitores. Se dirigió a la estación de enfermeras y encontró a Karen dormida. Su cabeza cayó a un lado, resopló, y una delgada línea de baba se derramó por una de las comisuras de su boca.

¿Cómo mantienes tu trabajo, Karen? pensó él. Brett quería caminar alrededor del respaldo del escritorio y empujarla hacia el piso, y luego preguntarle si estaba bien, pero no lo hizo.

Una sensación incómoda le hizo cosquillas en la nuca. Brett la espantó, pero sucedió de nuevo y se dio la vuelta.

Su corazón dio un vuelco antes de comenzar a golpear contra su pecho.

Un hombre alto, de apariencia de cadáver, estaba de pie junto a la puerta del ascensor. El hombre estaba desnudo, su carne pálida cubierta de manchas amarillas. Delgados mechones de cabello blanco se aferraron a su cabeza. Un cabello igualmente escaso le colgaba de las mejillas y la barbilla. Su nariz era larga, casi como una daga, los ojos cerrados en las esquinas. Eran grises, fríos y sin vida.

Brett pudo ver la puerta del ascensor a través de él.

Los largos dedos del hombre alto se movieron a los lados de sus muslos desnudos, cada mano parecía una araña ansiosa.

Brett tragó saliva.

El hombre miró a Brett y susurró en voz baja y ronca: "Nombre".

Brett sacudió la cabeza.

"Nombre".

"Brett".

"Jacob".

La cabeza de Jacob se movió, su labio superior se curvó en una mueca. Se revelaron dientes casi negros, incisivos terribles que le recordaron a Brett las películas de terror que había visto de

adolescente.

"Brett", dijo Jacob.

"¿Si?".

"Deja en paz a la Enfermera", dijo Jacob, y había un tono mortal en su voz áspera. "Ella tiene una tarea que realizar. Como todos nosotros. Haré que *tú* seas mi tarea si no le permites que haga la suya. ¿Me entiendes, Brett?".

Brett asintió con la cabeza.

"Bueno". Jacob miró más allá de Brett a Karen. "Despiértala. Antes de que la mate. Odio la pereza".

"Está bien", susurró Brett.

Jacob asintió, se volvió y cruzó la puerta del ascensor.

El cuerpo de Brett tembló y se quedó quieto por un momento.

¿Qué está pasando? se preguntó a sí mismo finalmente. *¿Cuántos fantasmas hay? ¿Qué voy a hacer?*

Entonces Brett recordó la amenaza de Jacob. Todavía temblando, Brett se apresuró alrededor del escritorio para despertar a Karen.

Capítulo 21: Una lucha interior

Francis se sentó en la litera estrecha de su habitación de la residencia. Sostuvo su rosario en sus manos, la sensación de la reconfortante madera. Su pulgar trazó la imagen familiar de Cristo en el crucifijo.

Había rezado durante casi dos días, intentando llegar a una conclusión sobre lo que había que hacer. Cuando regresó del Hospital Sanford, fue inmediatamente al Abad. Habían hablado durante horas sobre lo que Francis había visto y lo que significaba para los pacientes en las instalaciones.

El abad creía que era decisión de Francis lo que haría con el fantasma. Si debía defender a los enfermos y heridos de la enfermera muerta, o dejarla hacer lo que ella quisiera.

La reacción inicial de Francis había sido pelear. Fue lo que mejor hizo. Sin embargo, había seguido rezando sobre el tema. *¿Era esa una batalla que Dios quería?*

Un recuerdo solitario de su primer despliegue en Afganistán saltó a su mente. Francis recordó una casa con un anciano adentro, un afgano cansado y enfermo que los muyahidines locales habían venido a matar.

Francis y su equipo se habían quedado con el hombre y lucharon contra los muyahidines. El afgano había muerto mientras dormía durante el tiroteo.

Sus vidas deben seguir sus cursos, pensó Francis. *Ella no decide. Solo Dios puede, y Dios me ha puesto en su camino.*

Francis se levantó y deslizó su rosario en su bolsillo. Necesitaba comer y luego hablar con el abad sobre tomarse un tiempo libre para regresar al Hospital Sanford y luchar contra la Enfermera.

Será bueno pelear de nuevo, pensó.

Capítulo 22: En las escaleras

Ian Hays había sido asistente en varios hospitales de veteranos durante más de veinte años. Él conocía las rutinas y le gustaban. Ian mantuvo la boca cerrada, hizo su trabajo y se fue a casa. Nunca se quejó, pagó sus cuotas de la Unión y se aseguró de ir al menos a un juego de los Red Sox en la primavera, un juego de los Patriots en el otoño y un juego de los Bruins en el invierno.

Ian ahogó un bostezo, subió las escaleras hacia la sala B y resistió el impulso de meterse en una cama vacía y dormir. Había tomado un turno por otro asistente, y aunque las horas extra eran agradables, Ian sabía que iba a sufrir por eso en la mañana.

Dobló la esquina de un rellano y se estremeció.

¿En serio? pensó él. *¿Quién demonios puso el aire acondicionado?*

Ian continuó subiendo y el frío aumentó. Finalmente, se detuvo en el rellano frente a la sala B y miró a su alrededor.

Esto es terrible, pensó. *Un frío como este va a ir hacia las salas y enfriar a la gente.*

La puerta de la sala se abrió e Ian miró para ver quién era.

Cuando lo hizo, se le cortó la respiración.

La Enfermera se paró frente a él. Su expresión estaba llena de malicia, sus hombros encorvados.

"¿Qué estás haciendo?", exigió.

Los pensamientos de Ian corrieron. Había oído que otros se topaban con ella, e intentó recordar cómo se habían alejado de ella.

Honestidad, pensó Ian. *Seré honesto.*

"Hace frío aquí", dijo Ian. "Estoy tratando de ver qué está mal. No quiero que los pacientes tengan frío".

"Pero yo sí", comentó.

Ian parpadeó, sacudió la cabeza y dijo: "Lo siento, ¿qué?".

"Quiero que tengan frío". Ella dio un paso adelante. "Demasiados han estado ignorándome".

"Oh", dijo Ian, dando un paso atrás. Extendió la mano y agarró la barandilla.

"No me gusta cuando la gente interfiere", continuó la enfermera. Sus ojos se entrecerraron. "No me gusta en absoluto".

Ian se dio cuenta de la quietud en el hueco de la escalera. Un curioso silencio se apoderó de ellos.

"Nadie debería interferir conmigo", susurró. La Enfermera dio un paso adelante, colocó sus manos sobre su pecho y empujó.

Su fuerza era increíble, e Ian se encontró cayendo. Sus zapatillas de deporte perdieron el control sobre el viejo azulejo verde, y por un momento Ian se sintió como un saltador olímpico mientras colgaba en el aire.

Luego se estrelló contra las escaleras, cayendo y gritando. Ian golpeó el rellano, rodó y se estrelló contra el viejo radiador eléctrico que estaba en la pared. Luchó por recuperar el control de sus pies, pero la Enfermera estaba allí.

Manos dolorosamente frías lo agarraron, lo levantaron hasta que estuvo por encima de su cabeza, y ella lo arrojó para su siguiente vuelo. Todo se ralentizó, como si alguien hubiera presionado de repente el botón de media velocidad en un reproductor de DVD.

Minutos, al parecer, pasaron mientras colgaba en el aire, y luego el piso se apresuró a recibirlo.

Capítulo 23: Shane se prepara para la Enfermera

"¿A dónde vas?", preguntó Carl en alemán.

Shane levantó la vista del escritorio en la biblioteca. El fantasma estaba de pie junto a la puerta con una expresión inquisitiva.

"De vuelta al hospital de veteranos en Sanford", explicó Shane, también en alemán.

"¿Qué está pasando ahí?".

"Hay un fantasma que parece pensar que ella decide cuándo es el momento de la muerte de un paciente", respondió Shane. Miró los artículos que tenía delante. Una escopeta de bombeo y veinte proyectiles cargados de sal de roca, las manoplas de hierro, varias cajas de sal, líquido para encendedores, fósforos, un encendedor y una bolsa de lana de acero. "Todo menos una Biblia", murmuró Shane.

"¿Qué fue eso, mi joven amigo?", preguntó Carl, avanzando más en la habitación.

"Nada", dijo Shane. Se desplomó en la silla del escritorio. De un bolsillo, sacó sus cigarrillos y encendió uno. "Creo que será difícil".

"¿Cómo es eso?", dijo Carl.

"Ha decidido que sabe más", dijo Shane, exhalando el humo por la nariz. "Y, por lo que puedo imaginar, hay quienes están de acuerdo con ella. Tanto los vivos como los muertos, es la única forma en que ha podido operar tan libremente durante tanto tiempo. Si ese es el caso, significa que podría estar enfrentando más que esta Enfermera".

"¿Tendrás ayuda?".

"Eso espero", dijo Shane. "Está Brett en la sala E, el piso en el que le gusta deambular. Además, está Doc, un veterano de combate que se está muriendo de Dios sabe qué. Él está listo. Creo que puede haber uno o dos más. Si podemos trabajar juntos y hacerlo, sí, todo estará bien".

"¿Y si no?", preguntó Carl.

"Entonces todo esto", dijo Shane, señalando el material en el escritorio, "bueno, puede ser suficiente para sacarme del edificio y subirme al auto. Por otra parte, puede que no. Lo averiguaré cuando lo intente".

Carl asintió con la cabeza. "¿Le has dicho a los demás?".

"¿Que otros?", preguntó Shane, confundido. "¿La gente de Sanford?".

"No", dijo Carl. "El resto de nosotros aquí. ¿Les has informado de tus intenciones? ¿Les has hecho saber que puedes no regresar de esta excursión?".

Shane sacudió la cabeza.

“Si puedo preguntar, mi amigo, ¿por qué?”, preguntó Carl.

“¿Por qué habría de hacerlo?”, dijo Shane. Miró la escopeta. “O regreso o no, Carl. No hay que preocupar a nadie”.

“Nos preocuparemos, mi amigo”, declaró Carl. “Somos tu familia, ¿no es así?”.

“Sí”, susurró Shane. Cogió el arma, comprobó dos veces que las cargas estaban adentro y dijo de nuevo: “Sí”.

Capítulo 24: Hablando de Ruth

"¿Cómo estás?", preguntó Nancy.

Matias miró a la mujer más joven y sonrió. "Me está yendo bien, considerando la edad que tengo".

Ella frunció el ceño. "Me refería a lo que le sucedió a la asistente".

"Sé lo que querías decir", dijo Matias suavemente. "Fue una vista triste, y lamento que ella haya muerto de esa manera".

"¿Eso es todo?", preguntó Nancy, con voz conmocionada.

Matias asintió y dijo: "¿Hay algo más que le gustaría que exprese?".

Ella sacudió su cabeza. "No entiendo".

"No lo intentes", dijo Matias. "Déjalo ser".

Nancy vaciló y luego dijo: "No. No, no puedo dejar que sea. Matias, ¿cómo puedes ser tanto frío?".

"Soy un asesino, enfermera Platte", dijo suavemente. "Puedo ser viejo, pero sigo siendo un asesino. Si hubiera podido detener la muerte, lo habría hecho".

"De todos modos, no podrías haber detenido su ataque", dijo Nancy. Tomó un sorbo de su café, el recipiente de espuma de poliestireno temblando en su mano.

"No fue una convulsión", dijo Matias.

"Por supuesto que sí", dijo Nancy. "¿Qué más podría ser?".

"Estás haciendo la pregunta equivocada", dijo Matias. "No se trata de qué, sino de quién".

"¿Estás diciendo que fue asesinada?", preguntó Nancy, atónita. "¿Por quién? ¿Tú? No había nadie más en la habitación, y ciertamente no tienes la fuerza para hacer el daño que se hizo a sí misma".

"La Enfermera lo hizo".

Nancy se burló. "Te lo dije antes, Matias, no existe una enfermera asesina que deambula por los sagrados pasillos de Sanford".

"¿Es realmente tan difícil para ti aceptarlo?", preguntó Matias, su propia voz se elevó. "¿Crees que tal entidad no podría existir?".

"No sé", espetó Nancy. "Pero dudo mucho que un fantasma pueda matar a alguien, Matias. Es absurdo".

"Quizás", dijo Matias. "Pero te diré esto, Nancy. Anoche no fue la primera vez que vi a la enfermera. Rezo para que sea la último, eso sí, aunque lo dudo. Ella será inevitablemente la razón de mi muerte".

Nancy dejó su café sobre la mesa, se levantó y caminó hacia la nueva puerta. Ella lo miró por un momento antes de darse la vuelta y enfrentarlo. "Mark de mantenimiento me dijo que te preguntaron si querías una habitación diferente. Te negaste".

"Lo hice", coincidió Matias.

"¿Por qué?" exigió.

"Esta era mi habitación antes, y lo ha sido durante un tiempo

excepcionalmente largo", dijo Matias. "¿Por qué me mudaría a causa de la muerte?".

"Pero fue una muerte terrible", dijo Nancy en un tono implorante.

"¿Sabes tan poco sobre mí?", preguntó.

Ella frunció el ceño, una mirada de confusión apareció en su rostro. "¿Qué quieres decir?".

"¿Alguna vez has mirado mi archivo?", dijo Matias.

Nancy sacudió la cabeza.

"¿En qué guerra crees que peleé?".

"La Segunda Guerra Mundial", dijo. "Tienes la edad adecuada para ello".

"Tienes razón", dijo Matias. "También luché en la Guerra de Corea".

"Está bien", dijo. "Peleaste en dos guerras".

"Y Vietnam".

Nancy vaciló y luego dijo: "¿Tres?".

El asintió.

"¿Por qué?", preguntó ella, aunque temía saber la respuesta.

"Porque me gustó", dijo Matias. "Porque, francamente, era bueno en eso".

"¿Qué?", ella preguntó.

"¿Nunca te has preguntado qué hice?", dijo Matias.

"No", dijo, sacudiendo la cabeza. "¿Por qué habría de hacerlo?"

"Quizás deberías haberlo hecho".

"Matias", dijo Nancy. "Muchos hombres sienten culpa por sus oficios. No significa que hicieron nada".

"Nancy", interrumpió Matias. "Hice algo. Muchas cosas. Maté hombres con mis propias manos. Los maté con cuchillos. Les disparé. Los garroteé. Los exploté. Y los ahogué".

Nancy lo miró, el horror crecía en sus ojos.

"Los maté cuando era un adolescente, como un hombre en mis veintes, treintas y cuarentas", continuó Matias. "Los maté mientras dormían, luego me fui a casa y crie una familia. ¿Béisbol? Maravilloso. ¿Eliminar un guardia perforando sus pulmones? Fantástico. ¿Estás comenzando a entender?".

"Sí", susurró.

"Como puede ver", dijo Matias, "tenía un conjunto de habilidades extremadamente comercializables. Me llevaron a permanecer con el ejército todo el tiempo. No creas que lo hice por amor al país. Primero, fue la emoción de luchar, luego se convirtió en una adicción. Una necesidad. Si no hubiera sido tan gravemente herido en Vietnam, habría pasado todo el tiempo posible allí".

Un largo silencio llenó la habitación y la mirada horrorizada en el rostro de Nancy lo entristeció.

"¿Realmente no te importa?", dijo ella suavemente.

“No es que no me importe”, corrigió Matias. “No me molesta. La forma de su muerte me deprime. Pero no me molesta”.

Lentamente, Nancy regresó a la silla, se sentó y tomó su café. Se llevó la taza a la boca y luego, sin beber, la bajó. Nancy miró fijamente a los ojos de Matias.

“¿Me estás diciendo la verdad sobre la Enfermera?”.

“Sí”, respondió Matias.

“¿Sabes quién es?”, preguntó Nancy.

“Sé quién era”, dijo Matias. “O, más bien, sé mucho sobre quién era ella”.

“¿Por qué estuvo aquí ayer?”, dijo Nancy.

“Ella me advirtió que sería mi tiempo pronto”, dijo Matias.

“¿Qué?”.

“Mi hora de morir”, dijo Matias. “Ella dijo que había tomado la decisión”.

“¿Qué? ¿Por qué?”, preguntó Nancy.

Matias se encogió de hombros. “Ojalá supiera”.

Nancy asintió con la cabeza. “Dime”.

“¿Que te diga qué?”, preguntó Matias.

“Todo sobre ayer”, dijo Nancy. “Necesito saber”.

Matias asintió y él comenzó a hablar.

Capítulo 25: Dulces sueños

Karen Conlon amaba la playa.

Se tumbó de espaldas, con gafas de sol y el cálido sol cayendo. En el fondo, escuchó el golpe de las olas y olió el fuerte y penetrante aroma del Océano Atlántico. La toalla debajo de ella era gruesa, nueva y comprada especialmente para el viaje a Ogunquit. La radio estaba reproduciendo una canción suave de R&B que no entendió del todo, pero tenía un ritmo que la hizo sonreír. Ella ajustó su posición ligeramente y se preguntó cómo podría mejorar el día.

Una sombra cayó sobre su rostro, y Karen abrió los ojos. A través de los cristales oscuras de sus gafas de sol, vio a una mujer. Una enfermera.

¿Qué demonios lleva puesto?, pensó Karen. *¡Maldita sea, parece que salió de una tienda de disfraces!* Le recordó a Karen los uniformes que las primeras enfermeras habían usado. *Realmente las primeras enfermeras*.

"Hola", dijo Karen. "No quiero ser una imbécil aquí ni nada, pero estás parado directamente en mi sol".

"¿Tu sol?", preguntó la mujer. Su voz era dulce, melódica. "No sabía que era solo tuyo".

"No lo es", espetó Karen. "Pero, tienes toda la playa para pararte. Entonces, ponte de pie en otro lado. Me estás bloqueando para que no me broncee".

"No quiero pararme en toda la playa", dijo la extraña enfermera. "Quiero quedarme aquí. A tu lado".

"¿Qué eres, algún tipo de bicho raro?", preguntó Karen, empujándose para sentarse. Se quitó las gafas y miró a la mujer. "Venga. Sal de aquí o llamaré al socorrista y él se encargará de ti".

"¿Qué socorrista?".

Karen se dio vuelta para gritarle a un salvavidas, y se dio cuenta de que no había ninguno. De hecho, no había nadie en la playa aparte de ella y la enfermera misteriosa.

Karen miró a su alrededor rápidamente. Había dunas, pero no había casas detrás de ellas. Olas y el extenso océano, sin embargo, ningún barco navegó en él. Incluso el faro faltaba en el Punto. Se le secó la boca y se puso en pie. Al levantarse vio que su toalla se había ido.

"¿Qué está pasando?", preguntó Karen, sus latidos se aceleraban.

"Estás siendo llamada al deber", dijo la enfermera, todo rastro de placer desapareció de su voz. "Usted ha sido laxo en el cuidado de sus pacientes".

La ira de Karen estalló. Ella señaló con un dedo al extraño y dijo: "Me escucharás..."

Antes de que pudiera continuar, la enfermera miró el dedo

extendido de Karen y Karen gritó.

Horrorizada, observó cómo su dedo se doblaba hacia atrás en un ángulo antinatural. Los huesos se rompieron crujientemente, y un par de extremos irregulares sobresalieron repentinamente de su piel.

Jadeando de dolor, Karen cayó de rodillas. Sostuvo el dedo destrozado frente a ella cuando comenzó a hiperventilar.

El extraño sonrió y preguntó: "¿Recuerdas lo que significa el término hematemesis?".

Karen sacudió la cabeza. El dolor fue tremendo, un peso aterrador la aplastó.

"¿Te acuerdas del sargento Allen O'Hare?".

"No", dijo Karen, jadeando. "¿De qué estás hablando?".

"Era un hombre joven, poco más que un niño, realmente, estuvo en Sanford el mes pasado", explicó la mujer. "Se desangró. Él te pidió que lo ayudaras. Al final, cuando me senté a su lado, llamó a su madre. Nada más que un susurro. Apenas podía respirar; su garganta en carne viva. ¿Te acuerdas ahora? ¿El piso cubierto de sangre?".

Karen lo recordó. El desorden. La sangre por todos lados. Los órganos cayéndose a pedazos.

"Murió", dijo Karen, sosteniendo su mano herida. "¿Por qué eso importa?".

"Porque", dijo el extraño. "No lo deseaba. No había decidido que era su momento".

La mujer se enderezó. "Hematemesis, enfermera. ¿Qué es?".

Karen sacudió la cabeza.

El extraño se acercó y susurró: "Vómitos sangrientos".

Karen sintió que se le encogía el estómago y se dobló, el fuerte sabor de la sangre llenó su boca. Abrió la boca para gritar y vomitó en su lugar.

Capítulo 26: Un evento perturbador

Brett se sentó en la estación de enfermeras, frustrado cuando sacudió a Karen nuevamente. Ella abrió los ojos, lo fulminó con la mirada y volvió a dormirse. No importa cuántas veces la despertó, la mujer se negó a permanecer despierta.

Brett resistió los pensamientos sobre la Enfermera. Tenía un miedo recurrente sobre la mujer muerta saliendo de la habitación y el viejo del ascensor que se unía a ella.

Karen gimió a su lado y él la miró. Ella se movió en la silla y dejó escapar un gemido.

¿Mal sueño, Karen?, pensó Brett enojado. *Tal vez no deberías dormir en tu turno.*

Se apartó de ella y se concentró en el crucigrama del periódico del día. Brett golpeó el bolígrafo en el escritorio, silbó suavemente para sí mismo y fue interrumpido rápidamente por Karen. La mujer gimió ruidosamente, y Brett se giró para mirarla.

Ella necesita despertarse, pensó, acercándose a ella.

Cuando su mano tocó la camisa azul claro que llevaba, Karen se enderezó. Sus ojos se abrieron de golpe y gritó: "¡No!".

No le siguieron otras palabras.

En cambio, Karen cayó hacia adelante, agarró el borde de la estación. Ella abrió mucho la boca y vomitó.

Sangre arterial de color rojo oscuro salió de su boca. Goteaba de sus labios y le bajaba por la barbilla. El fluido manchó su uniforme y empapó el papeleo y los monitores.

Karen se tambaleó hacia atrás, sin aliento, y Brett observó mientras agarraba la silla. Ella lo miró con terror en los ojos y volvió a vomitar. La sangre salió de su boca y le quedó el cuello y la barbilla, empapándolo al instante. El olor lo golpeó como un puño.

Se está muriendo, se dio cuenta Brett. Él dio un paso adelante, trató de agarrarla por los brazos y ella soltó un grito. Sus ojos se movieron locamente y por tercera vez vomitó. Karen comenzó a caer, y Brett la dejó llegar al suelo. Tanteó con la mano debajo del escritorio y presionó el botón de pánico.

Ella trató de girar sobre su espalda, pero él la detuvo, obligándola a permanecer de su lado. Mantuvo la cabeza ligeramente inclinada, y ella se convulsionó en sus manos. Desde las habitaciones escuchó a pacientes llamando, preguntando qué estaba pasando.

Doc llegó en breve y se arrodilló en la sangre. Abrió la boca de Karen, la barrió con un dedo y le sacó la punta de la lengua. Sin palabras, Brett sacó un bolígrafo del escritorio y lo deslizó entre los dientes de Karen.

"Brett", dijo Doc. "Mira sus pantalones".

Brett lo hizo y se estremeció al verlo. La ingle y la parte posterior estaban manchadas de sangre, y una gran parte del líquido se escapaba al suelo.

"Ella no lo logrará", dijo Brett.

Doc asintió con la cabeza.

"No creo que ella esté ya con nosotros", continuó Brett.

Doc asintió con la cabeza.

"Está bien, Brett", dijo Doc, poniendo una mano sobre el hombro de Brett. "Ella está bien donde está. Siempre lo están".

En menos de un minuto, las puertas del ascensor se abrieron y el equipo de choque salió corriendo. Pronto se hicieron cargo, y Brett y Doc fueron trasladados a una habitación separada para ser puestos en cuarentena hasta que se determinara exactamente de qué había muerto Karen.

Capítulo 27: Yendo al hospital

Shane había agotado la mitad de un paquete de Luckies mientras llegaba a Sanford. Cuando se estacionó en el parqueadero de atrás, el sol ya había comenzado a ponerse.

Shane se sentó en el auto por un minuto y se increpó: *Tal vez debería haber venido por la mañana*.

Entonces una voz fría, que le recordó claramente al Instructor Allen, dijo: *¿Tienes miedo a la oscuridad ahora?*

Sí, pensó Shane. Pero salió del auto de todos modos. Dio la vuelta hacia el baúl, lo abrió, sacó su mochila y se la echó al hombro. Shane cerró de golpe el baúl y el sonido resonó por el estacionamiento casi vacío. Se volvió y miró hacia el edificio. En algún lugar, un fantasma esperaba. Ella no se escondía. Ella no necesitaba hacerlo. El hospital de Sanford era suyo, y era responsabilidad de Shane desafiarla.

Los hombres de Sanford eran sus hermanos de armas. No podía dejarlos morir a manos de la Enfermera.

Shane sacó un cigarrillo nuevo, lo encendió y se dio cuenta de que no estaba solo.

Un joven estaba a la sombra debajo de una lámpara defectuosa, y Shane sabía que el frío en el aire no era de una brisa temprana de otoño.

Shane exhaló hacia el cielo y preguntó: "¿Quieres fumar?".

El desconocido sacudió la cabeza y dio un paso adelante. Era joven, tal vez en sus veintes. Su pijama, decorado con el logo del equipo de fútbol New England Patriots, estaba manchado de sangre; cantidades masivas de la misma. Parecía como si alguien hubiera limpiado una escena de crimen con ellos. Los labios y la barbilla del hombre brillaron con el líquido, sus ojos marrones fijos en Shane.

Shane observó cómo el joven entraba y salía de foco, como un mal efecto especial de una vieja película.

"Sé por qué estás aquí", dijo el desconocido, su voz baja y dura.

"¿Lo sabes?", preguntó Shane.

El joven asintió.

"Por favor", dijo Shane, sacándose el cigarrillo de la boca y sonriéndole, "cuéntame el secreto".

El extraño no sonrió. "Estás aquí para detener a la enfermera".

Shane se rio entre dientes. "Sí, tienes razón en eso. Bien hecho. ¿Cómo te enteraste?".

"La Enfermera nos dijo", dijo el joven enojado. "No puedes detenerla. Ella es la única que sabe lo que está haciendo".

"Espera ahí, jefe", dijo Shane. "Voy a decir 'no' a eso. Parece que está matando a quien quiera, independientemente de si están enfermos o no. Ella no debería ser quien decide cuándo alguien

muere. Ella tiene que parar".

"Intenta detenerla entonces," se burló el extraño. "Protegeremos su derecho a conceder la muerte a quien ella considere conveniente".

Shane deslizó la mochila de un hombro y la colocó hacia el frente de su pecho. Del bolsillo exterior, sacó las manoplas. Se los puso, flexionó los dedos varias veces y luego dijo: "¿Por qué no vuelves con la enfermera y le dices que pronto irá alguien para hablar con ella?".

El joven dio un paso adelante y la temperatura bajó varios grados. Apretó las manos en puños y las luces a su alrededor parpadearon. "La vas a dejar en paz".

"Tome un consejo", dijo Shane con frialdad. "Vete. Encuentra a alguien más para molestar. Tengo cosas que hacer".

El extraño saltó hacia Shane con las manos extendidas.

Shane lo trató como lo haría con cualquier otro oponente testarudo. Con un rápido paso hacia adelante, golpeó los nudillos en la cara del muerto.

Las luces volvieron a su brillo anterior, el aire se calentó al instante y el joven desapareció.

La mano de Shane tembló cuando levantó el cigarrillo de vuelta a sus labios, le dio un tirón largo y desesperado y pensó: *Bueno, ahora sé que ella no es el único fantasma.*

Capítulo 28: Matias, Hospital Sanford, 21 de octubre de 1980

Matias colgó el teléfono y se frotó la nuca.

"¿Todo bien?".

Levantó la vista hacia su compañero de cuarto, un hombre llamado Albert Chevalier.

"Sí", dijo Matias. "Gracias. Tengo una vieja lesión en la cadera y mi esposa teme que algún día tengan que tomar la pierna. Entonces ella se preocupa".

"También mi ex esposa", sonrió Albert, mostrando una sonrisa llena de dientes amarillos y dentaduras postizas parciales.

"¿Lo hace?", preguntó Matias, balanceando sus piernas sobre su cama.

"Sí, lo hace", dijo Albert. "Si muero, entonces el dinero se detiene. Es agradable saber que al menos una persona reza por mí el domingo".

Matias se rio entre dientes. "¿Por qué estás aquí, Albert?".

"Metralla", respondió Albert. "Estaba apertrechado en Danang. Un día, el Viet Cong nos invitó. Eso fue, oh demonios, ¿hace once años ahora? Cada año vuelvo y hacen una radiografía para ver si se puede extraer más".

"¿Y qué hay de este año?", preguntó Matias.

"Oh sí, lo harán", dijo Albert, suspirando con satisfacción. "Estoy deseando que llegue. Trabajo para el Estado de New Hampshire como conductor de camiones transportando materiales para todas las nuevas construcciones que están haciendo en las carreteras. Odian cuando tengo que ir a cirugía. Desordena todo".

"¿Lo hace?".

Albert asintió con la cabeza. "Especialmente cuando lo programo durante las vacaciones de todos".

Matias sonrió y sacudió la cabeza. "Me da la impresión de que no eres un hombre popular".

"Mi buen señor", dijo Albert con fingida indignación, "no tengo idea de lo que quieres decir".

Los dos hombres se rieron y después de un minuto, Albert preguntó en un tono serio: "¿Y tú, por qué estás aquí?".

"Algo salió mal en mi cadera", dijo Matias. "Piensan que puede haber fragmentos de hueso mezclados con la metralla vieja. No lo sabrán hasta que hagan una segunda radiografía. Incluso entonces es posible que no puedan sacarlo todo".

"¿Te molesta que pregunte qué pasó?", dijo Albert.

"No", respondió Matias. "Estábamos patrullando y haciendo un

trabajo básico contra un francotirador. Evidentemente, el francotirador no estuvo de acuerdo con eso".

"¿Corea?", preguntó Albert.

"No", dijo Matias, sonriendo. "Vietnam".

"Maldición", dijo Albert con aprecio. "Te tenía vinculado para la Segunda Guerra Mundial, tal vez Corea. Claro que no pensé que habrías pasado tiempo en Vietnam".

"Lo hice", dijo Matias. "Terminó mi carrera también".

El grito de alguien cortó a Albert cuando comenzó a hablar. Ambos hombres se miraron y salieron rápidamente de sus camas. Matias estaba seguro de que parecían tontos cojeando rápidamente hacia la puerta, pero no importó.

Algo estaba mal.

A pesar de su cojera, Matias llegó primero a la puerta. La abrió y tanto él como Albert miraron hacia el pasillo.

Un hombre que parecía más joven que ambos se revolvió hacia atrás, con el terror grabado en la cara mientras su frente brillaba de sudor. Arriba y abajo del pasillo, los hombres miraban desde sus habitaciones, pero no se podía encontrar a nadie del personal.

"¡No!", chilló el hombre en el suelo. "¡No es mi momento!".

"Qué demonios", susurró Albert.

Matias no dio una respuesta.

La enfermera que había visto años antes, la mujer muerta en el viejo uniforme, estaba a poca distancia del hombre que gritaba. Le dio al paciente una sonrisa comprensiva, y fue entonces cuando Matias se dio cuenta de lo fría que estaba la temperatura en el pasillo. Algunos de los que observaron se volvieron y cerraron sus puertas. Pronto solo quedaron unos pocos hombres, incluidos Matias y Albert.

"Es tu momento, Jonathan", dijo la enfermera con paciencia. "Hemos discutido esto. No fue un simple sueño, nuestra pequeña conversación. Quería que te prepararas. Para hacer las paces con Dios y tu familia. No esperaré más. Ya es hora".

"¡Ayúdenme!" Jonathan gritó, mirando a su alrededor desesperadamente. "¡Por favor!".

Matias intentó salir de la habitación, pero con un gesto de la mano de la Enfermera, él y Albert fueron empujados hacia atrás. La puerta se cerró de golpe. Un latido más tarde, un terrible y agudo aullido se levantó.

En silencioso acuerdo, Matias y Albert se aferraron a la puerta e intentaron tirar. Independientemente de lo fuerte que tiraran, los dos hombres quedaron atrapados en la habitación. Jadeando, finalmente abandonaron el esfuerzo. Se pararon, con las cabezas colgando hacia abajo, y escucharon. No pudieron hacer nada más.

En el pasillo más allá, la enfermera había asesinado a Jonathan.

Albert y Matias se apartaron de la puerta. No intercambiaron palabras cuando regresaron a sus camas.

Matias buscó el teléfono, pero Albert lo detuvo.

“Es un fantasma”. La voz del hombre era ronca. “¿Crees que alguien hará algo?”.

Matias bajó la mano. “No”.

Albert se acostó y miró al techo.

Matias permaneció erguido sobre su propia cama. Miró a la puerta.

¿Dónde está el personal? se preguntó él. *¿Por qué no estaban ellos aquí? ¿Por qué era el momento de Jonathan?*

¿Cuándo será mi momento?

La idea era fría y desagradable.

Sí, pensó. *¿Cuándo será mi momento?*

Por supuesto, no hubo respuesta.

Hizo una mueca, levantó las piernas con cuidado sobre el colchón y se estiró. Matias dejó la luz junto a su cama encendida, y Albert también.

En la quietud de la habitación, Matias no pudo evitar preguntarse cómo habían matado a Jonathan.

Capítulo 29: Doc y Brett en aislamiento

"¿Han dicho cuánto tiempo estaremos aquí?", preguntó Doc, bostezando mientras se sentaba.

Brett sacudió la cabeza. "Supongo que tomarán los análisis de sangre bastante rápido. Tuvieron que aislar a toda la sala, sacar a la gente. Lo último que escuché fue que había un equipo de limpieza allí".

"Bien", dijo Doc, saliendo de la cama. "Me caes bien, Brett. Pero no sé si quiero terminar pasando un par de días atrapados aquí contigo".

"Gracias", dijo Brett, riéndose. "Eres un verdadero amigo".

"Lo sé", dijo Doc, sonriendo. "Entonces, ¿no hay una palabra real sobre lo que está pasando?"

"No", dijo Brett. "Nada".

La habitación era pequeña y herméticamente cerrada. Las luces eran excepcionalmente brillantes, y la habitación estaba a 22 grados Celsius. Lo que sea que Brett o Doc quisieran, alguien los traería. El único truco era que no podían irse hasta que alguien aclarara todo.

La puerta de la habitación se abrió y alguien entró. Pasaron por el sello secundario y se detuvieron fuera del tercer sello.

"Hola", dijo el desconocido. Brett pensó que era un hombre, pero no podía estar seguro. La voz fue amortiguada ya que el extraño llevaba un traje biológico de cuerpo completo. Y la máscara facial estaba teñida.

Brett miró a Doc y vio que la atención del hombre estaba fija en el visitante.

"Hola", dijo Brett, poniéndose de pie. "¿Cuál es la orden?".

"La orden es que todavía vas a tener que estar aquí por un tiempo", dijo el extraño en tono de disculpa.

"Maldición", murmuró Doc.

"Queríamos decirte", continuó el visitante, "que debes detenerte".

"¿Qué?", preguntó Brett.

"Tienes que detenerte", repitió el visitante.

"¿Detener qué?", dijo Brett.

"Interferir con la Enfermera", dijo el extraño. Brett escuchó enojo, bajo y fuerte, dentro de la voz de la persona. "Ella está haciendo lo que debe hacer. Haciendo lo correcto. No interfieras con ella, ¿entiendes?".

"Hey…", comenzó Doc, pero Brett lo interrumpió.

"Espera", dijo Brett, acercándose al delgado plástico que los separaba del visitante. "¿Quién eres tú? ¿En qué sala trabajas?".

"Ninguna de esas respuestas es necesaria, Brett", dijo el extraño.

“Hará bien en recordar, sin embargo, que hay quienes apoyamos a la Enfermera y su trabajo. Y nos aseguraremos de que continúe haciéndolo sin interrupción por parte de personas como usted”.

“Está asesinando gente”, siseó Brett. “¡Matándolos!”.

“Ella detiene a los que la detendrían”, dijo el extraño con calma. “Y ella lleva a otros al próximo mundo. Ella es como una enfermera debería ser, ¿no estás de acuerdo, Brett?”.

“No”, espetó Brett. “Yo no. Ella no debería estar matando a nadie”.

“Independientemente de cómo te sientas con la Enfermera”, dijo el visitante, “ya no intentarás interferir con ella. Esta es la última advertencia que recibirás”.

Sin otra palabra, el extraño se dio la vuelta y salió de la habitación.

Brett sacudió la cabeza, apenas capaz de entender lo que había sucedido. Volvió a su cama y miró a Doc. El joven se sentó y miró la puerta. Finalmente, Doc miró a Brett. “¿Qué diablos fue eso?”.

“No lo sé”, dijo Brett con disgusto. “Pero sé que no me detendrá. Ella no puede matar a nadie más”.

Doc asintió, cogió el control remoto y prendió la televisión. Rápidamente, pasó los canales y se detuvo en New England Cable News. Luego, sin mirar a Brett, Doc suspiró y dijo: “No te preocupes, Brett. Saldremos de aquí pronto”.

“Eso espero”, dijo Brett y miró hacia la puerta.

Capítulo 30: Familiarizándose

Dom Francis cerró la puerta de su Camry azul. Escuchó un ruido y se dio la vuelta.

Un joven sangriento, con los brazos extendidos, atacó a un hombre calvo. El calvo dio un paso adelante y golpeó al atacante en la cara y desapareció.

Francis se quedó completamente quieto y miró al hombre que quedaba. Observó cómo el hombre exhalaba una nube de humo en el cielo nocturno.

"¡Shane!", llamó Francis, reconociendo al hombre calvo.

Shane se giró y sonrió con cansancio. Levantó una mano, saludó con un gesto y comenzó a caminar hacia Francis. Francis lo recibió a mitad de camino y se detuvo cuando estaba a punto de hablar. Shane llevaba lo que parecían manoplas de bronce en su mano derecha.

"Estoy sorprendido de verte aquí, Dom Francis", dijo Shane, ofreciendo su mano vestida de hierro.

Francis la estrechó. "Vine para expandir mi ministerio. ¿Por qué estás aquí?".

"Tratamiento", respondió Shane. "Excepto que el doctor que se suponía que debía trabajar conmigo está muerto".

Francis miró a Shane y dudó brevemente antes de decir: "¿Sabes por qué?".

Shane asintió con la cabeza.

"¿Tiene algo que ver con una enfermera?", preguntó Francis suavemente.

Los ojos de Shane se abrieron. "Si. De hecho, si tiene que ver. ¿Cómo lo sabes?".

Francis rápidamente le contó al otro hombre sobre su reunión con Matias y sobre cómo había entrado la Enfermera.

"Sí", dijo Shane, asintiendo. "No parece que le gusten especialmente las personas que interfieren. Y el tipo que acabas de ver, bueno, tampoco estaba muy interesado en la idea. Sin embargo, hay algunos otros aquí que quieren que la Enfermera siga adelante. ¿Has hecho esto antes?".

Francis sacudió la cabeza.

"¿Qué trajiste?", dijo Shane.

"Solo mi fe. No se me ocurrió nada más", dijo Francis. Él señaló con la cabeza al paquete que llevaba Shane. "¿Qué has traído?".

"Con suerte lo suficiente para hacer el trabajo", dijo Shane. Puso su mochila en el capó del automóvil más cercano y la abrió.

Francis se asomó y silbó apreciativamente hacia la escopeta de doble cañón. Shane había quitado la culata del arma, por lo que encaja perfectamente en la mochila.

“Está cargada de sal”, explicó Shane. “Me imaginé que estaba tan cerca que no necesitaría tanto la precisión como el radio”.

“Estoy de acuerdo”, dijo Francis. “¿Todo esto es para tratar con un fantasma?”.

“Sí”, dijo Shane. Cerró la mochila y se la echó al hombro otra vez. “Esperaba que fuera solo un fantasma, pero por el aspecto que tiene ahora, no creo que ese sea el caso”.

“Probablemente tengas razón”, dijo Francis. Miró a Shane y le preguntó: “¿Estás planeando hacer algo esta noche?”.

Shane sacudió la cabeza. “Cuando estuve aquí la última vez, la Enfermera vino a mí en sueños y me iba a acabar de esa manera. Me preocupa que intente hacer lo mismo con Brett y Doc si se da cuenta de lo que estamos planeando hacerle”.

“¿Cómo vas a detenerla?”, preguntó Francis.

“Habría estado esperando, originalmente, alcanzarla y golpearla hasta la muerte”, dijo Shane sin ningún indicio de sarcasmo en su voz. “Pero si hay un fantasma al que le gusta, entonces tiene que haber más. Si ese es el caso, no creo que pueda hacerlo. No sería lo suficientemente fuerte”.

“¿Entonces qué vas a hacer?”.

“La siguiente mejor cosa”, dijo Shane, terminando su cigarrillo. “Voy a encontrar dónde está enterrada. La desenterraré, la salaré, la mojaré con líquido para encendedores y luego la encenderé”.

“¿Y eso nos liberará de ella?”, preguntó Francis, con incredulidad espesa en su voz.

“Sí”, dijo Shane. “Siempre hace el truco”.

“¿Has tratado con fantasmas antes?”.

“Más veces de las que quisiera”, dijo Shane, su voz adquirió un tono duro. “Probablemente sería mejor para nosotros entrar ahora. No quiero estar aquí más tiempo del necesario”.

“¿Por qué?”, preguntó Francis. “¿Crees que volverán?”.

“Sí”, dijo Shane. “Depende de qué tan lejos estén sus cuerpos. O partes de ellos. O si están unidos a algún elemento. Muchas variables”.

Francis frunció el ceño. “Sabes qué, ven conmigo, puedes conocer a mi amigo Matias. Si alguien sabe sobre la Enfermera, estoy seguro de que es él”.

“Muy bien”, dijo Shane.

Los dos hombres salieron del estacionamiento y se dirigieron al frente del edificio.

“¿Cómo te sientes?”, preguntó Francis después de un minuto de silencio.

“¿Yo? Estoy bien”.

“¿Y tu brazo?”, dijo Francis.

“Duele”, dijo Shane. “Pero mi médico anterior me dijo que un poco

de dolor era algo bueno. Significa que los tejidos se están curando. Todo lo que realmente necesito es ese maldito injerto de piel".

"¿Crees que lo recibirás pronto?", preguntó Francis.

Shane sacudió la cabeza.

"¿Por qué no?".

"Porque", dijo Shane, "tengo la clara impresión de que no estoy ganando ningún concurso de popularidad aquí".

"No es una sorpresa, Shane", dijo Francis, sacudiendo la cabeza.

"No," estuvo de acuerdo Shane. "Por lo general no lo es".

Los dos hombres entraron al edificio.

Capítulo 31: Encontrarse con la enfermera Platte

Meg Ward era una de las pocas pacientes femeninas del Hospital Sanford, lo que significaba que tenía una habitación para ella sola.

Y ella lo odiaba.

A los sesenta y ocho años, a Meg le gustaba la compañía, y nunca era suficiente en lo que a ella respectaba.

Y, pensó frunciendo el ceño, *siguen cerrando mi puerta*.

Probablemente debería abrirla, pensó, contemplando la tarea. Entonces ella sacudió la cabeza. *No. Demasiado esfuerzo.*

Meg tomó el control remoto, encendió la televisión y pasó los canales. No había nada más que noticias. Ella había tomado una siesta mientras pasaban todos sus programas de juegos.

Bueno, ella suspiró. *Esto se está convirtiendo en una noche desperdiciada.*

Meg apagó la televisión y luego cogió su crucigrama y su bolígrafo.

A la mitad del número trece, se dio cuenta de que tenía frío. Meg hizo una pausa y se colocó la manta alrededor de las piernas hinchadas.

Estúpida diabetes, pensó enojada. *Mis piernas solían ser impresionantes.*

Con la manta puesta, Meg volvió a su crucigrama.

Pronto ella estaba temblando.

El cuarto está frío, se dio cuenta. Su aliento era visible. *¿Qué diablos está pasando aquí?*

Una forma salió de la sombra junto a la puerta y Meg se puso rígida.

Oh María, Madre de Dios, rezó, *ruega por mí.*

La Enfermera se acercó a la habitación. Su cara era dura, implacable. Cualquier belleza y compasión que había estado allí en la vida había sido despojada por la muerte.

El libro de crucigramas cayó de las manos de Meg mientras observaba a la Enfermera acercarse a la cama. Meg cerró los ojos y gritó cuando unos dedos fríos le rodearon el cuello.

No luches, se dijo a sí misma. *No lo hagas. Se hará pronto.*

Sin embargo, cuando la mujer muerta comenzó a exprimirle la vida, Meg luchó. Ella se retorció y se retorció en la cama. La Enfermera la mantuvo inmovilizada, a pesar de los esfuerzos de Meg. Su aliento le fue robado y el dolor explotó en su cabeza.

“No”, dijo la Enfermera en voz baja. “Aún no”.

Luego las manos se fueron y Meg se cayó de la cama. Ella cayó al suelo y gritó con voz ronca. Meg rodó sobre su espalda, sin aliento. Se abrió la puerta de la habitación y entró Zoe, la enfermera del segundo turno.

La mujer más joven se arrodilló a su lado y preguntó: “¿Meg? ¿Estás bien?”.

Meg asintió con la cabeza. Zoe la ayudó a sentarse.

“¿Qué pasó?”, preguntó Zoe. “¿Te caíste de la cama?”.

“La Enfermera”, gruñó Meg.

Zoe sonrió, un brillo extraño parpadeó en sus ojos. “¿De verdad?”

Meg miró a Zoe con sorpresa.

“¿Cómo era ella?”, preguntó Zoe. Su tono era de éxtasis. “¡Tienes tanta suerte, Meg! ¡Ojalá pudiera conocerla!”.

Meg fulminó con la mirada a la joven y le espetó: “Bien. Tal vez la próxima vez ella intente matarte”.

Zoe le dio unas palmaditas en la mano. “Oh, está bien, Meg. Estás bien”.

La enfermera se levantó y le sonrió a Meg. “Realmente no sabes lo bendecida que eres de que ella se interese en ti”.

Horrorizada, Meg observó a Zoe salir de la habitación silbando.

Meg se apartó de la puerta, se arrodilló y, por primera vez desde que era una niña, dijo sus oraciones antes de acostarse.

Capítulo 32: Matias y Francis tienen una charla

"Has regresado", dijo Matias, sonriendo al joven monje.

"Dije que lo haría", dijo Francis, sentándose con un golpe.

Matias asintió con la cabeza. "No dudo que lo harías, Dom Francis. Simplemente me sorprende verte tan pronto".

Francis se rio entre dientes. Él dijo: "Tienes una nueva puerta, me di cuenta".

"Sí", dijo Matias con seriedad. "Hubo una muerte bastante mala".

"¿Aquí?", preguntó Francis sorprendido. "¿En tu habitación?".

"Sí", dijo Matias. "Aquí en mi cuarto. La Enfermera golpeó a una joven ayudante hasta la muerte".

"Lo siento", dijo Francis suavemente. Miró hacia la puerta e inclinó la cabeza, ofreció una breve oración por la mujer desconocida y luego se santiguó antes de volver su atención a Matias.

El viejo se veía mucho peor que antes.

En un tono cuidadoso, Francis preguntó: "Matias, ¿por qué la enfermera mató a la mujer en tu habitación?".

"Ella estaba aquí por mí, para decirme que hiciera las paces con Dios, esencialmente", respondió Matias. "La joven ayudante intentó detenerla".

Francis asintió con la cabeza. "¿Estás bien?".

"Sí", dijo Matias, sonriendo tristemente. "Desafortunadamente, lo estoy. No estoy terriblemente cargado de remordimientos ni nada por el estilo, Dom Francis".

"No pensé que lo estaría", respondió Francis con sinceridad. "Pero quería estar seguro".

"Lo aprecio", dijo Matias. "Debo preguntar, ¿has pensado en una forma de detener a la Enfermera?"

"No", dijo Francis, frunciendo el ceño. "Todo lo que puedo pensar es en mi fe, pero creo que sería más para mi propia protección en lugar de detenerla".

"Tendría que estar de acuerdo", dijo Matias.

"Conocí a alguien en el estacionamiento que creo que tiene el conocimiento para detenerla. Se llama Shane y tiene experiencia en esta área. Tuvo que detenerse en una oficina, por lo que se unirá a nosotros en breve", dijo Francis. De repente, se sintió incómodo, como si alguien los estuviera escuchando. Esperó un momento, pero no escuchó nada más.

"¿Crees que este hombre, Shane, puede ayudarnos?", preguntó Matias, inclinándose hacia adelante.

Francis asintió con la cabeza. "Si. Realmente lo hago".

“Y estos hombres, los de la sala E”, dijo Matias, “¿crees que también nos pueden ayudar?”.

“Sé que Shane lo cree”, dijo Francis. “Y confío en Shane”.

“Muy bien”, dijo Matias.

Francis dudó y luego preguntó: “¿Sabes mucho sobre la Enfermera?”

“Sé un poco”, dijo Matias. “No sé si sería de ayuda”.

“Cualquier cosa es mejor que nada en este momento”, dijo Francis.

El viejo asintió. “Si. Supongo que tienes razón. Por lo que escuché, ella era una enfermera aquí al final de la Primera Guerra Mundial”.

“¿Sanford es tan viejo?”, preguntó Francis, sorprendido.

“Sí”, respondió Matias. “Más viejo, incluso. He oído que se construyó poco tiempo después del final de la Guerra Civil”.

“Teniendo en cuenta la arquitectura, tendría sentido”.

“Lo tiene”, coincidió Matias. “En cualquier caso, ella era una enfermera aquí. El propósito principal de Sanford era cuidar a aquellos que fueron dañados por la guerra. Esos hombres que habían perdido la cabeza por las heridas o por lo que habían presenciado”.

Matias se acomodó en la cama antes de continuar.

“Hubo historias de hombres muriendo, los heridos graves, los que estaban más locos que el resto. Algunos simplemente murieron, otros”, dijo Matias, sacudiendo la cabeza, “ella los ayudó en su camino”.

“¿Por cuánto tiempo?”, preguntó Francis.

“No fue mucho tiempo”, aclaró Matias. “Poco después del final de la guerra, hubo una gran epidemia de gripe. Una pandemia desgarrando el mundo. New Hampshire no se salvó. Tampoco los hombres de Sanford”.

“¿Murió de gripe?”, preguntó Francis, incapaz de mantener la sorpresa fuera de su voz.

“Oh, no”, dijo Matias suavemente. “La mataron, así que la historia continúa”.

“¿Accidentalmente?”.

Matias sacudió la cabeza. “No. La historia es que hubo algún tipo de incidente que involucró a un paciente. El paciente fue violento y atacó a la enfermera. Evidentemente, los ayudantes estaban tan angustiados que golpearon al hombre hasta la muerte”.

Un golpe en la puerta los interrumpió. Sin esperar a que Matias respondiera, la persona del otro lado entró.

“Enfermera Platte”, dijo Matias, sorprendido. “¿Qué está haciendo aquí?”.

“Un problema surgió en la sala E, Matias. Tuve que quedarme hasta tarde. Quería ver cómo estaba antes de irme”, dijo, y Francis escuchó una preocupación genuina en su voz.

“Gracias, Nancy”, dijo Matias. “Estoy bastante bien”.

“Este caballero aquí no te está cansando, ¿verdad?”, preguntó,

mirando fijamente a Francis.

Matias sacudió la cabeza. “De ninguna manera. No duermo mucho últimamente, como bien sabes. Y podría hacerlo con un poco de cansancio”.

“Muy bien”, dijo la mujer. “Todavía tengo que volver para mi turno regular, así que me voy a casa”.

“Conduzca con cuidado”, dijo Matias.

“Siempre lo hago”, respondió ella. Saludó a Matias y salió de la habitación.

“No le gusto”, dijo Francis.

“Estás en buena compañía, Dom Francis”, dijo Matias, recostado en su cama. “A ella no le gustan los mejores hombres”.

Francis se rio entre dientes y miró las cartas en la bandeja.

“Entonces”, dijo Francis, “¿juegas algo más que solitario?”.

Un brillo diabólico entró en los ojos de Matias, y él dijo: “Juego de todo. ¿Hay algún juego que tengas en mente?”.

“Poker”, dijo Francis, levantando el mazo y barajando las cartas. “¿Hay algún otro juego?”.

Capítulo 33: Esperando por ellos

Se paró en el extremo más alejado de la sala A, escondido en una sombra y su atención se centró por completo en la puerta del anciano.

Había estado en su puesto durante casi una hora y no había visto a una sola persona entrar o salir de la habitación de Matias.

Él tiene un invitado, ya sabes, se dijo el observador. *No te vuelvas flojo.*

Mientras estas palabras resonaban en sus pensamientos, las puertas principales de la sala A se abrieron y tres hombres salieron al pasillo. El observador reconoció a dos de ellos. Uno era un nuevo empleado que trabajaba en la sala E. El otro era Doc Kiernan, que había estado en Sanford el tiempo suficiente para entender a la Enfermera; quién era el tercer hombre, el observador no lo sabía, y no le importaba.

Simplemente hizo una nota mental. Sus agudos ojos vieron la mochila en el hombro del hombre. El porte del hombre, la forma en que se movía, todo hablaba de un hombre que conocía el fin comercial de un arma.

Armas, probablemente suministros, pensó el observador. *Un arma de gran calibre por la forma en que cuelga la bolsa. Posiblemente una escopeta cortada. Él es el que debo mirar. Las cicatrices en su rostro. Veterano de combate. Definitivamente una amenaza aquí.*

De la que ella necesita protección.

El observador sacó su teléfono del bolsillo trasero, marcó un número y envió un mensaje de texto.

Tres recién llegados. Nuevo empleado del E, Doc del E. Tercero desconocido. Calvo y armado. Parece que él conoce su negocio.

En un momento, el teléfono del observador vibró, la señal de un nuevo mensaje de texto. Hizo una pausa, observó a los tres hombres entrar en la habitación de Matias y luego miró la respuesta.

Excelente. Mantenme informado.

El observador borró el mensaje de texto, devolvió el teléfono a su bolsillo y centró su atención en la puerta de Matias.

Capítulo 34: Matias, Hospital Sanford, 10 de marzo de 1998

Él estaba enojado. Más enojado de lo que había estado en mucho tiempo.

"Papá", dijo Michael, "lo siento, pero Patricia no te quiere en la casa". Ella dice que no puede ser madre cuando estás allí".

Matias miró fríamente a su hijo.

"Michael", dijo Matias con amargura, "tu esposa carece de cualquier tipo de habilidad en lo que respecta a la crianza de los hijos. Mi presencia no tiene relación con el tema".

La cara de Michael se enrojeció y sus labios se tensaron. Oscar se dio la vuelta, ocultando su sonrisa. Michael miró a su hermano menor pero no dijo nada.

"No intentes poner excusas", continuó Matias. "Sé que soy una carga, y especialmente para tu esposa. Sin embargo, desearía haber recibido una advertencia un poco más específica sobre lo que iba a suceder. Hubiera preferido que me pusieran en una casa un poco más lejos de New Hampshire".

Michael asintió y Oscar miró a Matias.

"Papá", dijo Oscar. Michael y yo tomamos la decisión de ponerte aquí en Sanford. Cuando me den de alta, volveré a New Hampshire. Además, te guste Patricia o no, ella es la madre de tus nietos. Sé que querrás verlos. Y a Michael también una vez que hayas terminado de enojarte con él por no dejarte quedarte en su casa".

Matias sabía que Oscar tenía razón, pero todavía estaba enojado. Mirando a Michael, Matias preguntó: "¿Traerás a los niños a verme?".

"Papá", suspiró Michael. "Por supuesto que voy a traer a los niños a verte".

Matias quedó parcialmente aplacado por la nueva información. Respiró hondo, soltó el aire lentamente y dijo: "Entiendo por qué no puedo quedarme contigo, Michael. Lo hago. Tu esposa me irrita. Me temo que dejé que me afectara".

"No te preocupes por eso, papá", dijo Michael.

"Mira", dijo Oscar, metiendo la mano en un bolsillo. "Recogí algo para ti".

Matias vio cómo su hijo menor sacaba un paquete de naipes Bicycle. Oscar desgarró hábilmente la envoltura de plástico, rompió el sello con una uña y se lo entregó.

"Gracias", dijo Matias. Sacó las cartas y disfrutó la sensación y el olor de la nueva baraja.

"Escucha", dijo Oscar. "Michael y yo vamos a viajar a Manchester por algunas cosas. Volveremos pronto, ¿de acuerdo?".

Matias asintió, se obligó a sonreír y dijo: “Sí. Suena bien”.

Observó a sus hijos salir de la habitación y cerrar la puerta detrás de ellos. Después de un momento, Matias retiró los comodines y la tarjeta de presentación y los dejó a un lado. Las revolvió lentamente, las cartas resbalaban contra sus dedos. Una vez que los mezcló completamente, extendió una mano de solitario en la bandeja de la cama y comenzó a jugar.

La temperatura en la habitación bajó ligeramente, y Matias sacudió la cabeza.

¿El VA nunca puede hacer nada bien? se preguntó, enfocándose en las cartas e intentando ignorar el nuevo frío.

“Te conozco”, dijo una mujer.

Matias se enderezó, sorprendido de que alguien hubiera logrado pasar desapercibido. Se dio la vuelta y contuvo el aliento. Matias agarró los restos de los mazos de cartas mientras miraba a la enfermera muerta que había visto años antes.

Ella lo miró cuidadosamente, asintiendo para sí misma.

“Sí”, dijo ella. “Definitivamente te he visto antes. Fue aquí, ¿no?”.

“Lo fue”, dijo Matias, sorprendido de lo firme que era su voz.

“Has vuelto”.

El asintió.

“Qué interesante”, dijo la enfermera suavemente. “¿No estás de acuerdo?”.

“¿Qué es interesante?”, preguntó.

“Como has completado el círculo”, dijo, sonriendo. “Aquí es donde morirás. ¿No lo sabías?”.

Matias había temido lo mismo desde que Michael le había contado sobre el traslado a Sanford.

“Sí”, dijo Matias en un susurro. “Sí, supongo que lo sabía”.

“Oh, bien”, dijo la enfermera felizmente. “Siempre me entristece cuando la gente no me cree”.

“¿Es hoy?”, logró preguntar Matias.

“No”, dijo ella, sonriendo. “Hoy no. No estoy segura de cuándo. Pero no es hoy. ¿Eso alivia tu conciencia?”.

“Un poco”, dijo, con la boca seca.

“Muy bien. Te veré de vez en cuando”, dijo, y se volvió y salió de la habitación.

Matias se sentó en silencio, y por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo.

Capítulo 35: Las fuerzas se juntan

La pequeña habitación estaba abarrotada. Shane estaba de espaldas contra la pared mientras Dom Francis se sentaba en la única silla de la habitación. Matias se recostó en su cama mientras Brett y Doc usaban la otra como sofá. La mochila de Shane estaba en el suelo entre todos ellos.

Se hicieron las presentaciones y un silencio incómodo llenó la habitación.

"No hablemos todos a la vez, ¿eh?", dijo Matias.

Shane podía escuchar el rastro de un acento extranjero en las palabras del hombre. El inglés no era el primer idioma de Matias, ni el único que hablaba.

"Creo que quizás Shane debería comenzar aquí", dijo Dom Francis, parecía más un veterano de combate que un monje benedictino.

Todos los hombres miraron a Shane, y él inclinó su cabeza hacia ellos.

"He traído conmigo algunas herramientas que sé que funcionan con seguridad", dijo Shane, señalando hacia la mochila en el suelo. "En el interior hay sal, inflamables, una escopeta con proyectiles cargados de sal de roca y algo nuevo".

"Voy a picar", dijo Doc. "¿Cuál es el 'algo nuevo'?".

"Estoy muy contento de que hayas preguntado", dijo Shane. "Es una hierba llamada betónica. La historia de la planta dice que puede detener los ataques psíquicos mientras duermes si la rocías alrededor de tu almohada. Me imagino que, si también lo extendimos alrededor de sus camas, estarán a salvo".

"¿Ataque psíquico?", preguntó Matias. "No conozco a nadie que haya sido agredido mientras dormía".

"Yo sí", dijo Shane. "Cuando estuve aquí y me quedé dormido en la sala E, la enfermera entró en mi sueño. Definitivamente estaba buscando hacerme daño, y si no me hubiera despertado, sé que lo habría hecho".

"¿Dejarás aquí la betónica para Doc y Matias?", preguntó Dom Francis.

"Sí", dijo Shane. "Al menos es lo que pensé".

"¿Qué más estás pensando?", dijo Dom Francis.

"Aun no me programan para mi injerto de piel", continuó Shane, "pero no estoy exactamente emocionado con la idea de ir a casa y dejarlos a todos a merced de la Enfermera".

"Se lo agradezco", dijo Doc.

"¿Te quedarás en algún lugar cercano?", preguntó Matias.

"Sí", dijo Shane, asintiendo. "Me voy a quedar aquí en el edificio. Arriba en la sala E. Obviamente le gusta visitar allí más que en ningún

otro lugar. Voy a tratar de encontrar una manera de atraerla. Creo que, si puedo sacarla, hablar con ella un poco, incluso podría averiguar dónde está enterrada".

"¿Y si ella no quiere hablar?", preguntó Doc. "¿Si ella solo quiere matarte?".

"Para eso es mi bolsa de golosinas", dijo Shane. "Al menos podré protegerme. Darme tiempo suficiente para salir si lo necesito".

Shane miró a Brett. "Entonces, doctor, ¿cuál es el trato? ¿Crees que podría colarme en una habitación aquí?".

Brett sacudió la cabeza. "No".

"¿Qué?", preguntó Shane.

"No puedes", Brett frunció el ceño. "Escuche, la seguridad se ha reforzado en los últimos días, y no sé si es debido al aumento de muertes o no".

"¿Crees que los de seguridad están en eso?", preguntó Doc. "Quiero decir, me parece que hay más personas que conocen a la Enfermera de lo que pensábamos, ¿verdad? ¿De qué otra forma se saldría con la suya durante tanto tiempo?".

"Maldición". Shane se frotó la nuca. "Realmente pensé que podría tomar una cama aquí en alguna parte. En cualquier sitio".

"No", se disculpó Brett. "Tenemos algunas camas vacías, pero la seguridad ha estado verificando las tarjetas de pases y las identificaciones de todos. Lo que sea, lo están comprobando. Un par de miembros del personal que regularmente estacionan en la sección de visitantes por la noche tenían sus autos multados. Así que me arriesgaré aquí y diré que probablemente te sacarán por las orejas, si no te arrestan por allanamiento".

Shane gimió y sacudió la cabeza.

"¿Ahora qué?", preguntó Dom Francis.

"Evidentemente", dijo Shane, "duermo en mi auto. Tenía la esperanza de acostarme aquí, y de esa manera establecer algún tipo de guardia. ¿Ustedes creen que podrían hacer eso?".

"Creo que sí", dijo Brett, asintiendo. "Puedo intentar que Doc y Matias estén juntos aquí, al menos por esta noche, y luego podemos trabajar en estirarlo si es necesario".

"¿Hay algo más que podamos hacer para protegernos de ella?", preguntó Matias, mirando a Shane.

"Dos de las grandes cosas son el hierro y la sal", respondió Shane. Miró alrededor de la habitación, examinándola. "El problema es que la enfermera va y viene a su antojo. Ella se mueve a través de las puertas, lo que significa que podríamos salar los umbrales. Pero cuando miro al techo, veo las rejillas de ventilación. El sistema de calefacción. El AC. Tienes cables y alambres saliendo de las paredes. Demonios, apuesto a que el falso techo simplemente atraviesa toda la

sala. No creo que haya una forma real de evitar que entre en la habitación".

"Entonces, ¿cómo va a ayudar la betónica?", preguntó Doc, con una nota de preocupación en su voz. "En serio, ¿por qué se molestará en entrar en nuestras cabezas cuando pueda entrar en la habitación?".

"No lo sé", respondió Shane. "Estoy tratando de cerrar las vías de ataque para ella. Si uno de ustedes permanece despierto y ella aparece, espero que puedan gritar pidiendo ayuda".

Miró a Matias y al Doc. "Seamos honestos, toda esta situación es terrible. Su decisión de no matarte esta noche depende de ella; y si ustedes dos pueden escapar o no. Lo último que puedo hacer es dejar mi escopeta o mis manoplas".

Matias se rio y Doc negó con la cabeza.

"No", dijo Doc. "Estoy bastante seguro de que nos echarían, muriendo o no, si nos atraparan con cualquiera de esas cosas. Hemos durado tanto tiempo".

Matias asintió con la cabeza. "Duraremos un poco más. Vigilaremos y utilizaremos la betónica para dormir lo más tranquilo posible".

"Lo que nos lleva de nuevo a la pregunta de dónde te vas a quedar", dijo Doc.

Shane sacudió la cabeza. "No lo sé. Supongo que, en mi auto, en el estacionamiento de visitantes. No quiero volver a Nashua y regresar por la mañana. Si sucede algo, quiero estar cerca. Ya le he dado mi número a Brett aquí".

"¿Puedo tenerlo también?", preguntó Matias.

"Sí", agregó Doc, "todos deberíamos tenerlo".

"Se los daré", dijo Shane.

"Espera", dijo Brett, mirando a Dom Francis. "¿Qué pasa con los artículos religiosos?".

"No estoy seguro", respondió el monje. "No creo que hagan nada para detener a la Enfermera o cualquier otro fantasma que decida entrar. Los artículos podrían ofrecerte consuelo espiritual, pero como la Enfermera no parece ser un demonio, no creo que tu fe religiosa tenga algún efecto en ella".

"Genial", murmuró Brett.

"Lo siento", dijo Shane. "Sin embargo, tengo una pregunta para ustedes. ¿Alguien sabe dónde está enterrada la enfermera?".

Ninguno de ellos habló.

"Está bien", dijo Shane. "¿Creen que hay alguna forma de que uno de ustedes pueda encontrar más información sobre ella?".

"Podría hacerlo", dijo Brett. "Quiero decir, si ella trabajó aquí, en algún momento de la historia, entonces debería haber algo en el sistema sobre ella. Sanford logró poner todos sus registros en la base de datos en línea el año pasado. Puedo hacer una búsqueda, ver si

surge algo".

"Bien", dijo Shane. "No pude encontrar nada en línea sobre dónde podría estar enterrada. Si puedes escarbar en eso, nos resultará mucho más fácil".

"¿Cómo es eso?", preguntó Matias. "¿Cómo nos ayudará saber dónde está su cuerpo?".

"Porque entonces podremos detenerla", dijo Shane.

"Lo siento", dijo Matias. "¿Cómo exactamente vamos a detenerla?".

"La encontramos", dijo Shane, "desenterrarla, salar sus huesos, mojarlos con líquido para encendedores y luego encenderla".

"¿Y eso la detendrá?", preguntó Matias.

Shane asintió con la cabeza. "Sip. Y también tiene una ventaja".

"¿Cuál es la ventaja?", preguntó Dom Francis.

"Será una hoguera", dijo Shane, sonriendo. "Demonios, incluso podríamos traer malvaviscos si queremos".

Nadie pensó que el chiste fuera gracioso.

Capítulo 36: ¿Quién es la Enfermera?

Brett no quería nada más que desconectarse. Estaba estresado y listo para irse a casa.

Con un suspiro, Brett cerró la sesión y se dirigió a las escaleras traseras. Sofocó un bostezo mientras abría la puerta y caminaba los seis largos tramos hasta el sótano del hospital. Cuando llegó al rellano inferior, Brett sacó su tarjeta llave, la deslizó y entró en la parte de Sanford, que rara vez se usaba.

Un corredor largo y estrecho, bordeado por demasiadas puertas y poblado por pocas luces, se extendía frente a él. Nadie más estaba en el sótano con él, y eso lo hizo sentir peor.

Debería haber traído un café conmigo, pensó. Brett salió al pasillo, dejó que la puerta se cerrara detrás de él y caminó hacia el otro extremo. Encontró la sala de registros abierta y entró. Su mano tanteó el interior de la pared hasta que sus dedos descubrieron el interruptor de la luz. Cerrando los ojos, Brett encendió las lámparas generales. El brillante destello de los fluorescentes penetró en sus párpados, y lo encandiló a pesar de su preparación.

Cuando se atrevió a mirar, encontró la habitación más pequeña y desordenada de lo que recordaba.

Alguien había dejado media dona en un plato de papel, y la vista de los pasteles rancios hizo que su estómago retumbara, recordándole a Brett lo hambriento que estaba.

Tranquilo, se dijo a sí mismo. *Comerás pronto*.

Fue al escritorio, sacó la silla y se sentó. Rápidamente encendió la computadora, la torre del antiguo computador zumbaba y hacía clic. Brett puso los ojos en blanco, tiró la vieja dona y esperó varios minutos hasta que el monitor cobró vida. Una vez que pareció calentarse adecuadamente, inició sesión y obtuvo acceso al sistema de registro del hospital.

Hubiera preferido hacer la investigación arriba, pero la idea de que alguien mirara por encima del hombro no le agradaba. El hecho de que había una persona viva que estaba ayudando a la Enfermera le envió un escalofrío por la espalda. Brett podía entender por qué la ayudaría un fantasma, pero no cómo alguien todavía en posición vertical y tomando aire podía hacerlo.

No te preocupes por eso, se dijo Brett. *Obtengamos la información y sigamos nuestro camino.*

Golpeó con los dedos el escritorio, miró la computadora y luego abrió la pantalla de búsqueda. Pensó en cómo investigar a la Enfermera, y luego pensó: *¿Por qué no probar con su nombre?*

Brett escribió ‘Ruth Williamson’ y presionó ‘enter’.

La pantalla se volvió negra, blanca y acampanada, y luego mostró

una pantalla con un formulario de entrada en blanco. Pidió la contraseña.

¿Contraseña? pensó Brett. *¿Cómo sé cuál es la contraseña?*

Se frotó la parte posterior de la cabeza, miró la computadora y pensó durante varios minutos. Brett escribió lo básico de todo el hospital. 'Surgical1', 'Admin1' y 'Sanford2016'. Finalmente, Brett se encogió de hombros y escribió 'La_Enfermera'.

La pantalla parpadeó y apareció un documento.

Simplemente se titulaba, La Enfermera.

Brett se inclinó hacia delante y comenzó a leer.

Le damos la bienvenida a una Hermandad de cuidadores de ideas afines. Por su dedicación a las vidas y muertes de nuestros Veteranos, ha sido seleccionado para unirse a un grupo que ha existido desde el final de la Gran Guerra. Si bien no es una tarea fácil cuidar a nuestros Veteranos heridos, aquellos cuya protección le encargó al Departamento Lincoln, es mucho más difícil tener la fuerza para ayudarnos a llevar a nuestros hombres a la próxima vida.

Aquí, en Sanford, donde se reúnen los enfermos y los desechados, a veces es necesario que seamos la mano misericordiosa de la Muerte. Usted, en algún momento, ha realizado esta tarea, por su cuenta, y se ha notado. Puede que hayas creído que actuabas en la oscuridad, pero no fue así.

Ella se dio cuenta.

El ángel misericordioso, la enfermera, nuestra amada Ruth Williamson.

Fue ella quien asumió esta carga por primera vez cuando los hombres regresaron de la Gran Guerra. Los hombres destrozados por el combate, enfermos de muerte por gases y heridas que no sanarían. Luego vino la gripe, y la muerte casi tan terrible como en el campo de batalla.

Atrapados aquí como estaban, debilitados como estaban, nuestros veteranos eran presas demasiado fáciles para la gripe y otras mil muertes persistentes.

La enfermera tomó la carga de la muerte sobre sus propios hombros frágiles. Desde el primer caso de Influenza, se dio cuenta de lo que había que hacer. Sabía que solo ella tenía la fuerza para elegir quién vivía y quién moría.

Varios de nosotros nos reunimos con ella y, bajo su cuidadoso liderazgo, comenzamos a descubrir a quienes ella sabía que no sobrevivirían. La ayudamos y observamos afuera de las habitaciones mientras ella entraba y retiraba la paja. Encontramos lo que sea que ella pudiera necesitar; hipodérmicos, escalpelos, venenos. Si ella solicitara un artículo, lo compraríamos.

Solo ella tenía la fuerza para servir como el Ángel de la Muerte de Dios.

Una fuerza terrible y gloriosa estaba en ella.

Nunca los médicos sospecharon de ella. Creían, en su arrogancia, que nada podría haberse hecho para ayudar a los que murieron.

Sin embargo, nuestra amada enfermera no tardó mucho en irse de este mundo. En 1920, poco después de que la crisis hubiera pasado, un paciente la mató. Es una declaración de cuánto la amaban los veteranos que la enterraron en el cementerio al borde de los terrenos, a la sombra de los elegantes olmos.

Ella reposa con muchos de los hombres que había cuidado y muchos más de los que había elegido para pasar a la próxima vida.

Brett se apartó del monitor.

Ella está aquí, pensó, parpadeando. *Ella está enterrada en el lote.*

Sacudió la cabeza con asombro, se inclinó hacia adelante para leer más del documento, pero se detuvo al escuchar que se abría una puerta. Brett giró en la silla y miró a lo largo del pasillo hasta el extremo opuesto. La puerta se estaba cerrando y alguien caminaba por el pasillo hacia él.

Por un breve segundo, el miedo aumentó en él, pero cuando se dio cuenta de que no podía ver a través de la persona que llegó, Brett se relajó. Saludó y la persona le devolvió el saludo antes de que se detuviera en una de las puertas cerradas.

Brett se volvió hacia la computadora y trató de encontrar por donde iba.

"¡Oye, Brett!", una voz llamó.

Brett se volvió de nuevo y vio a la persona desconocida en el pasillo, algo pequeño y negro en sus manos.

"¿Qué?", preguntó Brett.

Dos disparos reprimidos le respondieron, las balas chocaron contra su pecho. Se desplomó ligeramente, trató de recuperar el aliento, pero descubrió que no podía. El calor se extendió por su pecho.

Oh, pensó Brett aturdido, *me estoy muriendo*.

Capítulo 37: Preparándose para la batalla

"¿Crees que funcionará?", preguntó Dom Francis.

"¿Qué?", preguntó Shane. Le pasó el whisky al monje.

Dom Francis lo aceptó, tomó un largo trago y luego dijo: "La betónica".

"Espero que sí", dijo Shane. "De lo contrario, la enfermera elegirá a Matias y a Doc Kiernan, y no podremos hacer nada al respecto. Al menos si están despiertos cuando ella venga, podrían hacer algo. Cualquier cosa para escapar y darles una oportunidad de pelear".

El monje asintió.

Se sentaron en el auto de Shane, pasando la botella de un lado a otro mientras Shane se permitía fumar en cadena. Cuando terminó la reunión con los demás, Shane y Dom Francis habían salido juntos al estacionamiento. Ninguno de los hombres había querido irse, por lo que se tomó la decisión de quedarse en uno de sus autos.

Como Shane no podía fumar en el vehículo del monje, la única opción lógica era el propio auto de Shane. Durante horas, habían hablado sobre los militares, su primer contacto con el combate y cuán diferente era el mundo fuera de las fuerzas armadas. La conversación se había desviado, pasando de la educación a las familias, y finalmente a los fantasmas.

Y Shane le había contado todo a Francis.

Había sido bueno contar toda su historia. La lucha por crecer en la casa de la calle Berkley, las pesadillas que lo seguían afectando e incluso la muerte de Courtney.

Dom Francis volvió al tema después de pasarle la botella a Shane.

"¿Dijiste que ahora es un fantasma?", preguntó Dom Francis.

Shane asintió con la cabeza. "Si".

"¿Puedes decirme cómo está su fantasma contigo?", dijo el monje. "No por su muerte, sino cómo se unió a tus chapas".

"No sé cómo exactamente", dijo Shane. "Todo lo que puedo hacer es adivinar. En algún momento, cuando se estaba muriendo, debe haberse centrado en mis placas de identificación. Estoy seguro de que hay libros sobre cómo una persona se une a un elemento, pero no he leído ninguno de ellos".

Shane se aclaró la garganta, se frotó los ojos y dijo en un ronco susurro: "Es duro, ¿sabes?".

Dom Francis esperó a que Shane continuara.

"Quiero decir", dijo Shane, tropezando con las palabras, "fue difícil perderla. Realmente difícil. Enterré amigos. Los vi heridos. Perdí a mis padres. Todo tipo de basura. Sí, duele, pero no así. No así en

absoluto".

Shane cerró los ojos y suspiró.

"Lo juro", susurró, "se siente como si alguien metiera la mano y me arrancara un trozo de mi corazón".

"Lo siento", dijo Dom Francis.

Shane asintió, se limpió los ojos nuevamente y dijo: "Bueno, ella está conmigo de alguna manera al menos".

Miró a Francis. "Sabes, siento que la maté".

"¿Cómo es eso?", preguntó Francis.

"Si no hubiera estado allí en primer lugar", dijo Shane, "no habría venido. Si no hubiera venido, estaría viva".

"Sabes mejor que yo eso", respondió Francis. Su voz era firme. "No puedes pensar así. Terminarás cuestionándote todo y te costará. Y teniendo en cuenta lo que haces, lo más probable es que sea tu vida".

Shane se aclaró la garganta y dijo: "Basta de hablar de eso, ¿eh? Dime, ¿qué dicen los católicos sobre los fantasmas?".

"Sabes", dijo Dom Francis, "la Iglesia Católica no dice nada contra los fantasmas, al contrario de lo que mucha gente cree".

"¿De verdad?", preguntó Shane, sorprendido. "Honestamente, pensé que habrían estado en contra de la idea de los fantasmas".

"¿Por qué?", preguntó el monje, sonriendo. "El espíritu es una parte esencial de nuestra fe. Y hay más de unas pocas menciones en la Biblia sobre fantasmas. De todos modos, supongo que mi punto es que tengo curiosidad sobre cómo surgen los fantasmas. No me refiero a ninguna falta de respeto con respecto a Courtney".

Una ola de tristeza se apoderó de Shane cuando escuchó su nombre.

"Está bien", dijo Shane. "Sé que no lo hiciste. Desearía tener una respuesta para ti".

"¿Le has preguntado a Courtney si quiere irse?", preguntó Dom Francis. "Sé que suena tonto, pero en algunas de las películas de casas embrujadas que veía cuando era niño, siempre decían que le preguntaran al fantasma si necesitaban ayuda para salir a la luz".

"No le he preguntado, no", dijo Shane. Tomó un largo trago de whisky. "Ella sabe que está muerta. No hay luz que esté evitando. Estoy bastante seguro de que se abrirá camino cuando esté bien y lista".

Estuvieron en silencio por un minuto, y luego Dom Francis dijo: "Si usaras tus placas de identificación, ¿vendría contigo?".

Shane asintió con la cabeza. "Si. Así es como funciona. Ella está ligada a ellas. Si tuviera que enviarlos por correo a Tombuctú, ella iría. No tiene otra opción, hasta que se libere o alguien lo haga por ella cuando esté lista".

"¿Puede ella liberarse?", preguntó el monje.

"Honestamente, no tengo idea", dijo Shane.

Débilmente, Shane escuchó el sonido de una sirena, y cuando se giró en su asiento para mirar por la ventana trasera, Dom Francis hizo lo mismo. Una ambulancia corrió calle arriba, sus luces parpadeaban y la sirena gritaba más fuerte. Cuando llegó al lote principal, el vehículo quedó en silencio, pero sus luces de emergencia continuaron girando. La ambulancia entró en el estacionamiento trasero y corrió hacia la zona de atrás.

Shane observó mientras el conductor golpeaba hábilmente el volante y retrocedía hacia el espacio de estacionamiento. Ambas puertas se abrieron, y los paramédicos adentro saltaron. Corrieron hacia el edificio y desaparecieron.

"¿Crees que es para uno de nuestros muchachos?", preguntó Shane, mirando a Dom Francis.

"Espero que no", dijo el monje. Él frunció el ceño. "Llamarían, ¿verdad?".

"Es por eso que les dimos mi número", dijo Shane. Sonó el teléfono y lo sacó.

El respondió. "¿Hola?".

"¿Shane? Es Doc".

"¿Qué está pasando?", preguntó Shane.

"¡Alguien asesinó a Brett!" dijo Doc. Su voz era tensa. "Le dispararon. Dos rondas, centro de masa".

"¿Algo que podamos hacer?", preguntó Shane, pellizcando el puente de su nariz.

"Quédate donde estás", dijo Doc. "Creo que llamarías demasiado la atención si entraras".

"Está bien", dijo Shane. Terminó la llamada.

"¿Quién era?", preguntó Francis.

"Doc", respondió Shane, guardando su teléfono. "Brett ha sido asesinado".

En silencio miraron la ambulancia, y Shane se preguntó quién había asesinado al hombre.

Capítulo 38: Problemas de estacionamiento

El aire no se sentía bien.

Shane había salido de su auto para estirarse, pero el extraño aroma de la brisa de la mañana y el asesinato de Brett lo dejaron incómodo. Dom Francis había entrado al edificio para ver a Matias y Doc.

Es un olor a humedad, se dio cuenta Shane, inclinando un poco la cabeza hacia atrás e inhalando profundamente. Como si alguien hubiera abierto un ático que ha estado cerrado durante años.

Sintió una carga eléctrica en el aire, la electricidad estática se acumulaba a su alrededor.

Cuidadosamente, Shane se inclinó hacia su auto y sacó su mochila. Escaneó el estacionamiento mientras tomaba sus manoplas y luego su escopeta. Shane deslizó la plancha sobre sus dedos y puso la escopeta en el hueco de su brazo. Volvió a mirar al hospital.

Si disparo esto, pensó, *voy a tener que dar una cantidad increíble de explicaciones.*

Pero, tener que explicar lo que hice es mejor que estar muerto, se dijo Shane, sonriendo. Del paquete sacó un puñado de cartuchos y los metió en su bolsillo trasero. Miró a su alrededor e intentó ver dónde podría establecer algún tipo de defensa para sí mismo.

Shane sabía que nada le ofrecía protección, luego sonrió.

Allí, pensó, al final del estacionamiento. *Un claro campo de fuego.*

Shane buscó rápidamente cualquier vehículo en movimiento, y cuando vio que estaba despejado, se dirigió hacia el pavimento abierto. Mientras lo hacía, el aire en los bordes de su visión parpadeó, la luz palideció e intensificó.

Los muertos se acercaban.

Aceleró el ritmo, sus latidos se aceleraron. Una sonrisa se deslizó por su rostro y sintió una sensación familiar y alegre.

La emoción de una pelea; la posibilidad de destruir algo. Todo habló a una parte más profunda y oscura de él.

Recuerda quién eres, pensó Shane. *No saben con quién están tratando. O lo que has hecho.*

Cuando Shane llegó al final del lote, habían aparecido cinco espíritus. Todos eran hombres. Uno de ellos era el joven sangriento al que había golpeado la noche anterior, y otro era un hombre viejo y desnudo. El resto de ellos eran de varias edades y razas, sin embargo, los cinco tenían la misma expresión, una de ira y determinación.

Shane los entendió perfectamente.

Se detuvo a poca distancia de ellos y asintió.

“Buenos días”, dijo.

“Eres Shane”, dijo el viejo desnudo.

“Y tú eres Jacob”, respondió Shane, recordando el nombre del hombre de la historia que Brett había contado.

Una sonrisa apareció en el rostro del anciano. “Lo soy”.

“¿Qué puedo hacer por ti, Jacob?”, preguntó Shane.

“¡Puedes morir!”, escupió el joven y sangriento hombre.

Jacob levantó una mano y el joven dio un paso cauteloso hacia atrás.

“Él es impetuoso”, dijo Jacob. “Sin embargo, él está en lo correcto. Si no dejas en paz a la enfermera, morirás”.

Shane se encogió de hombros. “Agradezco la advertencia, pero no puedo dejarla en paz. Ella está matando gente”.

“Tú también”, dijo Jacob. “Puedo oler la muerte en ti. Te contamina”.

“Me imagino que sí”, dijo Shane. “Nunca vuelves a ser exactamente el mismo”.

“Ninguno de nosotros lo somos,” estuvo de acuerdo Jacob. “¿Dejarás a la enfermera en sus asuntos?”.

“No”, dijo Shane. Levantó la escopeta y disparó al joven sangriento, que desapareció.

La risa de Jacob resonó en el aire de la mañana, y el resto de los muertos se precipitaron hacia Shane. Se las arregló para conseguir el segundo disparo, eliminando a un hombre asiático de mediana edad antes de que los demás lo atacaran.

Un puño golpeó la cabeza de Shane, haciendo que su ojo izquierdo se oscureciera instantáneamente. En silencio, Shane golpeó con las manoplas, su mano atravesó una forma fría. Un golpe en el bíceps le hizo entumecer el brazo y lo obligó a soltar la escopeta. Haciendo una mueca por el dolor, Shane golpeó a otro fantasma antes de retroceder varios pasos.

Jacob se quedó atrás y una sonrisa apareció en el rostro del viejo.

“Has peleado con los de nuestra clase antes”, dijo Jacob.

“Una o dos veces”, dijo Shane con los dientes apretados y se inclinó, levantando la escopeta.

“¿No te arrepentirás?”, preguntó Jacob.

“No es una opción”, dijo Shane.

Jacob asintió con la cabeza. “Admiro tu determinación. Será la muerte de ti. Quizás no en nuestras manos, pero eventualmente, y más que probable, en manos de nuestra especie”.

“Sí”, estuvo de acuerdo Shane. “Más o menos como lo he imaginado también”.

“Te veremos de nuevo pronto”, dijo Jacob.

“¿Podrías hacerme un favor?”, preguntó Shane.

“¿Qué?”, dijo Jacob.

“¿Hay alguna manera de que te pongas algo de ropa?”, dijo Shane. “Esto es una distracción como el infierno”.

“Mantén tu humor”, dijo Jacob, sonriendo fríamente. “Te calentará cuando entierres a tus amigos”.

Jacob desapareció y Shane escuchó que alguien lo llamaba. Shane se giró, levantó la escopeta y apretó el gatillo. Dom Francis giró hacia la derecha incluso cuando el martillo del arma cayó sobre una carcasa gastada. No había nada que disparar y Shane se derrumbó en el suelo, sentándose con fuerza sobre el asfalto. Dejó caer la escopeta en su regazo y miró a Dom Francis.

“Lo siento mucho”, murmuró Shane.

El monje se le acercó con cautelosos pasos. “¿Estás bien?”

“Necesito dormir”, dijo Shane. “Si hubiera habido una ronda en la cámara, estarías sacando sal de tu intestino”.

Dom Francis asintió cuando se detuvo, agachándose a su lado.

“¿Qué has descubierto?”, preguntó Shane. “¿Fue la enfermera la que mató a Brett?”.

Dom Francis sacudió la cabeza. “No. Lo mataron a tiros”.

Shane se detuvo y miró al hospital. Nadie había salido cuando había disparado la escopeta. Nadie parecía darse cuenta. Y ahora, él sabía por qué.

Era más que los muertos y una persona viva que ayudaba a la Enfermera.

Mucho, mucho más, pensó Shane, y abrió la escopeta y la volvió a cargar.

Capítulo 39: Alejándose

“¿Ahora qué?”, preguntó Dom Francis.

Se pararon en la parte trasera del estacionamiento, apoyados contra el auto de Shane. Shane se estiró, le dolía la espalda.

“Necesito dormir”, dijo Shane. “Un sueño real. Regresaré a casa, descansaré y luego regresaré”.

“¿Qué pasa con Matias y Doc?”.

“No estarán mejor ni peor si no estoy aquí”, dijo Shane. “Al menos por unas horas. Parece que nadie está demasiado preocupado por ellos, ya que ambos están muriendo”.

Dom Francis asintió. “¿Qué vas a hacer con tu cirugía?”.

Las quemaduras de Shane habían sido discutidas en profundidad mientras estaban en el auto. “Voy a programarlo aquí”.

“¿Estás loco?”, preguntó Dom Francis. “Seriamente. ¿Has perdido la cabeza?”.

“No”, dijo Shane. “Quiero ver si puedo dispararle a la enfermera”.

“¿Con la escopeta?”, preguntó el monje.

“O darle con las manoplas, cualquiera de los dos”, dijo Shane.

“No solo nos preocupamos por los muertos”, dijo Dom Francis. “Brett fue asesinado por una persona viva”.

“Lo sé”, dijo Shane. “Creo que podría lograr que alguien hable si me atacan”.

“Ese es un gran cambio”, dijo Dom Francis. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. “No me gusta. Eres el único que realmente sabe qué hacer aquí, Shane. Si mueres o te incapacitan, no tendremos suerte”.

“No”, dijo Shane. “Lo harás bien. Lo sé. Pero bueno, esta es mi decisión. Descansaré un poco, luego regresaré y me prepararé para cuidar a la Enfermera”.

“Tienes el equipo aquí”, argumentó Dom Francis. “¿No puedes hacerlo hoy?”.

“No así”, respondió Shane. “¿Tienes mi numero?”.

El monje asintió.

“Bien”, dijo Shane. Se enderezó y le ofreció la mano a Dom Francis. El hombre la sacudió.

“Vuelve pronto”, dijo Dom Francis.

“Lo haré”, prometió Shane. El monje se alejó del auto y Shane subió.

Capítulo 40: No hay ayuda a la vista

Shane había salido del Hospital Sanford con un nudo frío e incómodo en el estómago. Parte de esto era miedo, el resto era ira. Una rabia miserable que consume energía.

Había esperado que los muertos levantaran sus manos contra él y contra los demás. En cierto modo, lo disfrutó. Una batalla con fantasmas carecía de la carga de la moralidad mientras lo liberaba para usar la violencia.

Pero, la intervención repentina y mortal de una persona viva lo hizo rechinar los dientes. También se enfureció por la forma en que el personal del hospital había ignorado deliberadamente la batalla en el estacionamiento. Shane sabía qué tan fuerte era la escopeta, cómo el sonido de los disparos había sonado en el aire de la mañana. Y nadie había salido a investigar. Ni una sola persona. Incluso después del asesinato de Brett, la seguridad ni siquiera había salido. La rabia llenó la mente de Shane, una corriente subterránea peligrosa que sabía que tenía que controlar. *La seguridad está en eso. Probablemente la mayoría de todos allí. Al menos el personal.*

Dudaba que todo el hospital estuviera involucrado. Pero definitivamente había suficientes personas para asegurar que los muertos operaran con impunidad.

Sacudiendo la cabeza, Shane giró hacia Berkley Street, condujo hasta su casa y se detuvo en el camino de entrada. Solo se llevó su teléfono y las llaves cuando salió del auto.

Cuando entró en la casa, se detuvo y escuchó. Por encima de él, en algún lugar del tercer piso, escuchó un violín y sonrió. El músico había estado callado durante demasiado tiempo. Shane encendió un cigarrillo, cerró la puerta principal y caminó hacia la cocina. Tomó una barra de proteína de una caja abierta en el mostrador, abrió el paquete y se lo comió apresuradamente. Lo pasó con un trago de agua del grifo, luego sacó una botella de whisky nueva.

“Shane”, dijo Courtney suavemente.

“Hey”, dijo Shane, con la garganta seca y su voz ronca. Él se volvió y la enfrentó. Se mantuvo en una sombra, un indicio de su cuerpo. “¿Cómo ha estado?”.

“Tranquilo”, respondió Courtney.

“¿No más peleas entre tú y Carl?”, preguntó.

“Un poco”, respondió ella. Shane observó cómo se movía hacia la derecha, de pie junto a la puerta de la despensa. Su forma pulsaba, alternando en solidez. “¿Estás herido?”.

“No mucho”, dijo. Tomó otro trago.

Dio un paso adelante, con el cuello en un ángulo extraño y perturbado, el brutal recordatorio de su muerte a manos de Abel

Latham. Courtney frunció el ceño. “Estás bebiendo demasiado de nuevo”.

Se encogió de hombros y tomó otro trago.

La tristeza reemplazó el ceño fruncido. En un susurro, ella dijo: “Te vas a matar”.

“Siempre una oportunidad”, respondió. Shane cerró la botella y la puso al lado de las barras de proteína. Terminó su cigarrillo y lo apagó en el cenicero junto al fregadero.

“Estás cansado”, observó.

“Agotado”.

“¿Vendrás a la cama?”, preguntó ella, y la pregunta fue como un cuchillo, empujado profundamente en sus entrañas y que giró lentamente de un lado a otro.

Las palabras le fallaron, por lo que asintió con la cabeza. Ella abrió el camino de la cocina, y él la siguió de regreso al pasillo y subió las escaleras principales. Por el rabillo del ojo, vio a algunos de los otros. Eloise y Thaddeus lo miran nerviosos. Shane les saludó con la mano y se alejaron rápidamente.

Carl los recibió en el segundo piso, apenas conteniendo una expresión de desdén.

“Necesitas descansar”, dijo Carl, ignorando a Courtney.

“Lo hará”, espetó ella.

Carl levantó una ceja sorprendido.

Shane asintió con la cabeza.

“¿Le dijiste que tenía un mensaje?”, preguntó Carl.

Shane vio a Courtney ponerse rígida y una pequeña sonrisa apareció en la cara de Carl.

“¿Qué mensaje?”, preguntó Shane.

Courtney lanzó una mirada enojada a Carl y luego dijo: “Alguien del Hospital de Sanford llamó y dijo que mañana tenían una oportunidad para que te hicieran un injerto de piel”.

“Está bien”, dijo Shane. “Lo escucharé más tarde. Necesito dormir ahora. No dormí nada anoche”.

“¿Fue malo, mi amigo?”, preguntó Carl en alemán.

“Sí”, respondió Shane, respondiendo de la misma manera. “Uno de los vivos los ayudó. Hay un hombre muerto y estoy seguro de que habrá más antes de que esto termine”.

Shane cambió al inglés y dijo: “Te veré al almorzar. O la cena. O cada vez que me despierte, Carl. Por favor, asegúrate de que los demás estén callados. No estoy de buen humor”.

Carl hizo una pequeña reverencia y desapareció.

Un toque frío le recordó a Shane la presencia de Courtney, y él miró su pequeña figura.

“Necesitas descansar”, repitió.

Shane asintió con la cabeza. Un dolor se apoderó de su corazón mientras la miraba, sus rasgos una vez élficos borrosos por la muerte. Ella le sonrió, y solo había amor en su expresión.

Por un momento, se preguntó si alguna vez lo culpó por su muerte, si alguna vez lo responsabilizó por su asesinato.

Con un suspiro, Shane la siguió a su habitación y esperó poder dormir.

Capítulo 41: Solo en su habitación

"Tienes que retenerlo en casa hoy", dijo Matias.

La confusión de su hijo menor se apreció incluso por teléfono. "¿Por qué? Le encanta verte".

Una punzada de remordimiento atravesó a Matias y asintió. Luego, recordando que estaba hablando por teléfono, dijo: "Y me encanta verlo. Pero hemos tenido un asesinato aquí. Varios, de hecho, y no podría vivir conmigo mismo si resulta herido".

"¿En serio?".

"Muy en serio", respondió Matias. "Ahora escucha. Bajo ninguna circunstancia ninguno de ustedes vendrá a verme. No hasta que llame y te diga que todo está bien".

"Papá", comenzó su hijo.

"¡¿Bien?!", exigió Matias.

"Claro, papá, claro". El tono de su hijo era apaciguador. "Se lo haré saber a todos".

"Gracias", dijo Matias. "Adiós".

No esperó a que su hijo respondiera antes de colgar.

Matias se estremeció en la cama y apartó la vista del teléfono.

La llamada había sido difícil de hacer, pero Matias sabía que era necesaria.

Por mucho que anhelara la compañía de su familia, Sanford era demasiado peligroso. Había lidiado con muchas tragedias en su vida, no sufriría la muerte de un nieto o bisnieto causado por su propia negligencia.

Estaba solo en la habitación. Doc fue trasladado poco después del asesinato de Brett y regresó a la sala E. Matias miró la betónica dispersa alrededor de su cama. Había más hierba sobre su almohada y, por un momento, se preguntó si sería mejor limpiar las hojas secas.

¿Por qué no la dejas entrar en tu sueño? se preguntó a sí mismo. *¿No sería más fácil? ¿No es eso lo que ella quiere? ¿Qué quieres, después de todo?*

Matias no pudo discutir consigo mismo. La idea de la muerte no le molestaba normalmente. Sin embargo, por alguna razón, la idea de morir a manos de la Enfermera lo llenaba de miedo. Fue una sensación inusual para él y una que no encontró particularmente agradable.

Lo que lo molestó aún más fue el hecho de que si ella lo mataba, su muerte seguramente no sería la última.

Ella continuará interviniendo, pensó. *La naturaleza debe seguir su curso, por brutal que sea.*

Matias miró sus cartas y se dio cuenta de que no tenía ganas de jugar, ni ningún interés en la televisión o la pila de novelas de Jack

Reacher que la enfermera Platte le había traído tan cuidadosamente.

Solo quiero que esto termine, pensó Matias. *Quiero que se vaya, enviada al cielo o al infierno, no me importa cuál.*

Matias bostezó, giró un poco hacia la izquierda y miró por la ventana. Más allá del cristal transparente, podía ver el cielo nocturno. Las estrellas brillaban intensamente, la luna creciente resplandecía con un curioso amarillo. El otoño rápidamente seguiría su curso y el invierno se establecería brutalmente en Nueva Inglaterra.

La idea del clima frío le hizo temblar, y Matias sacudió la cabeza. Nunca le había gustado el frío.

Mejor no pensar en eso, pensó, reprendiéndose a sí mismo. *Mantente alerta y enfocado en la Enfermera, y en quien sea que tenga como asistente.*

Realmente, pensó. *¿Qué oportunidad tengo? Si cierro la puerta, ella puede pasar. O una enfermera o un ayudante, incluso un conserje o alguien en seguridad podría entrar y acabar conmigo.*

El pánico carcomió los bordes de su razón. Luchó contra el impulso de llamar a una enfermera y pedir que lo llevaran a otra habitación. Tener algún tipo de compañero vivo que no intentara dispararle en el pecho.

Matias dejó escapar una risa corta y áspera.

¿Es esto en lo que te has convertido? ¿Un hombre viejo y asustado que intenta esconderse de la muerte? se preguntó a sí mismo.

Que vengan por mí, pensó Matias, cerrando los ojos. *Déjalos venir. Viviré o moriré. Pero lucharé, y terminaré esta tarea si puedo.*

Capítulo 42: Nunca solo

Pasó por la puerta de Matias varias veces, mirando mientras lo hacía.

Siempre, el Vigilante veía al viejo despierto, con los ojos mirando a algún punto distante.

No fue hasta después de la medianoche que el viejo finalmente se durmió.

El Vigilante vaciló junto a la puerta y miró fijamente a Matias. Cuando el viejo no reaccionó, se movió a la habitación.

Caminó en silencio, cada paso cuidadosamente colocado. Si Matias se despertara, el Vigilante sonreiría y le preguntaría al viejo cómo estaba.

Pero Matias no se despertó.

En cambio, roncaba suavemente, un poco de saliva se acumulaba en la esquina de su boca.

Pronto, pensó el Vigía, saliendo de la habitación. La Enfermera lo acompañará y encontrará la paz que necesita.

Cuando llegó al pasillo, el Vigilante miró a la estación de enfermeras y vio a la enfermera Emily allí. Ella asintió y miró hacia abajo.

El Vigilante cerró la puerta de la habitación de Matias y fue al armario de suministros. De allí, sacó la cinta de seguridad y la llevó de vuelta. En silencio, el Vigilante selló la entrada. Luego, del bolsillo de su pecho, sacó un pequeño cartel y lo pegó a la puerta.

El mensaje, escrito en negrita con letras negras sobre fondo rojo, declaró al paciente en la sala en cuarentena.

Nadie escuchará tus gritos, *Matias*, pensó el Vigía, devolviendo la cinta al armario de suministros. *¿Compadecerte? Si. ¿Escucharte? No.*

Capítulo 43: Tiempo de violencia

Dom Francis Benedict había renunciado a la violencia cuando había hecho sus votos.

Lo había abandonado después de abandonar el ejército. Años de lucha le habían costado; emocional y espiritualmente. Había podido separarse de eso, como pueden hacerlo todos los buenos soldados, pero después de convertirse en civil, recordaba lo que había hecho.

Dom Francis recordó quién lo había hecho también.

De vez en cuando sus sueños estaban marcados, llenos de amargos recuerdos del pasado.

Se sentó en su pequeño catre en su austera habitación. Su vida anterior fue encerrada en una caja, se fue con su hermano en Vermont. La única decoración en sus paredes era un crucifijo.

Dom Francis miró la imagen de su Salvador y pensó: *¿Debo recurrir a la violencia?*

No esperaba una respuesta, y no se decepcionó cuando no se le dio ninguna.

Dom Francis se levantó de su catre, se arrodilló en el suelo y se santiguó. Dejó caer la barbilla sobre su pecho y se hundió en la oración.

Pasó el tiempo y continuó buscando orientación.

Entonces, un destello de memoria.

Estaba agachado en la cima de una colina, asegurándose de que su silueta no se marcara contra el cielo nocturno. El resto del equipo estaba a su alrededor y el enemigo se acercó. Se habían encontrado con una caravana que venía de Pakistán. Los hombres debajo de ellos, cargados de suministros, charlaban en pashto. Algunos se quejaron y sus amigos se burlaron de ellos. Casi estaban en casa, en su pueblo. A partir de ahí, los suministros irían a varias unidades talibanes.

Armas, municiones, información.

Todo se usaría contra las tropas de la Coalición y los afganos que se habían aliado con los Estados Unidos.

Dom Francis y su equipo habían atacado rápidamente, matando a todos los miembros de la caravana. Algunos de los suministros fueron destruidos. Otros fueron saqueados. Dom Francis había ayudado a sembrar la destrucción para salvar a otros.

Abrió los ojos y vio que había salido el sol.

Un solo rayo de sol atravesó las nubes, atravesó el cristal transparente de su ventana y cayó sobre la mesita de noche junto a su catre. La luz iluminaba su Biblia y el pequeño libro rojo de la Regla de San Benito.

El pequeño volumen brillaba.

Con las articulaciones doloridas, Dom Francis se puso de pie. Con

cuidado fue y recogió el libro. Se abrió en sus manos y sus ojos se clavaron en un párrafo.

> "*Gracias a la ayuda y guía del hombre, ahora están entrenados para luchar contra el demonio. Han aumentado su fuerza y pasaron de la línea de batalla en las filas de sus hermanos al combate único del desierto*".

Puede que ella no sea el demonio, pensó Dom Francis con tristeza, cerrando el pequeño libro, *pero ciertamente hace su trabajo por él*.

Devolvió el libro a la mesa de la cama y miró el crucifijo. Dom Francis se persignó y pensó: *Hay trabajo por hacer*.

Salió de la seguridad de su habitación para prepararse para la batalla con la Enfermera.

Capítulo 44: Saliendo de la calle Berkley

"¿Es peligroso ese hospital?", preguntó Courtney.

Shane se sentó en el borde de su cama, sus sombras dibujadas contra la luz de la mañana. Encendió un cigarrillo y respondió: "Sí".

"¿Y la operación es peligrosa?", dijo ella.

Courtney estaba cerca, la habitación estaba fría y hacía que temblara ocasionalmente. No podía verla en la oscuridad, y estaba agradecido.

"Sí", dijo Shane.

"Entonces, ¿por qué vas?".

"Para poder servir como cebo", explicó Shane. "Necesito más información. Alguien tiene que saber dónde está su cuerpo".

"Pero ellos quieren matarte", dijo Courtney, su voz cada vez más cerca.

"Algunos de ellos quieren hacerlo, claro", estuvo de acuerdo Shane.

"Quiero ir contigo", exigió Courtney. "Puedo asegurarme de que nadie interfiera con la cirugía".

"No sé si eres lo suficientemente fuerte", dijo Shane suavemente.

La puerta de la habitación se abrió con un ruido sordo, la luz del pasillo lo hizo estremecerse. Luego se cerró de golpe, estremeciéndose en su marco.

"Soy lo suficientemente fuerte", declaró. "Me hago más fuerte cada día. Los niños, me ayudan".

"¿Eloise y Thaddeus?", preguntó Shane sorprendido.

"Sí", respondió Courtney. "Dicen que es su penitencia cuidar de mí después de que me ahuyentaron".

Shane no tuvo respuesta para la declaración. Se culpaba por su asesinato.

"Shane", dijo Courtney suavemente. "No te culpes por mi muerte".

La garganta de Shane se apretó y no pudo responder.

"¿Me dejarás ir contigo?", preguntó ella.

El asintió.

"Entonces póntelos de nuevo", susurró Courtney.

En la oscuridad, Shane extendió su mano y encontró sus placas de identificación en su almohada. El metal era frío y familiar, la cadena era un consuelo cuando se la pasó por la cabeza y la colgó del cuello.

Courtney suspiró.

"¿Cuándo nos iremos?", preguntó ella.

"Tan pronto como me duche y me vista", respondió Shane. Terminó su cigarrillo, lo apagó en el cenicero de su mesita de noche y se levantó.

Era hora de ir al hospital.

Capítulo 45: Despertándose solo

La luz del sol despertó a Matias. Estaba sorprendido de haber dormido hasta la mañana.

Se enderezó cuando su cuerpo se quejó; articulaciones y huesos envejecidos molestos por ser molestados. Matias miró a su bandeja y vio que no había desayuno.

Evidentemente, no he dormido tanto como pensaba, se dijo. Matias miró el reloj de su escritorio y se detuvo. ¿Las 7 y cuarto? Ya deberían haber traído el desayuno. Hm, tal vez lleguen tarde.

Matias se volvió parcialmente sobre la cama y vio la puerta.

Estaba cerrada.

Frunciendo el ceño, Matias tomó el botón de llamada de la enfermera y lo presionó. Un momento después, el orador sobre su cama chilló.

"¿Sí, Matias?", preguntó una mujer.

"¿Marilyn?", preguntó Matias.

"No. Mi nombre es Irene", dijo. "Marilyn ha sido trasladada a otra sala".

Matias vaciló, presionó el botón de respuesta y dijo: "Irene, mi puerta ha sido cerrada y no ha habido desayuno. ¿Está todo bien?".

"Todos estamos bien aquí", respondió Irene. "¿Olvidaste que estás en cuarentena?".

"¿Qué?", preguntó, sorprendido.

"Sí", dijo, su tono era de simpatía y paciencia. Anoche estuviste en cuarentena. Usted estuvo expuesto a un químico tóxico. Uno de los conserjes lo derramo accidentalmente hacia su habitación. Tenemos que mantenerte aislado por un breve tiempo".

"No", dijo Matias, "esto es inaceptable. Necesito mi puerta abierta".

"Ahora, ahora", dijo Irene con dulzura. "Traeremos su comida en breve. Tenemos a Mark preparándola ahora mismo".

"¿Mark?", preguntó Matias. "¿Por qué no la estás preparando tú? ¿Y qué hay de la enfermera Platte? ¿Ella sabe sobre esto?".

"No estoy entrenada para trabajar en un traje de materiales peligrosos", respondió Irene. "Y la enfermera Platte está ocupada. Ella dijo que te verificaría más tarde".

"Preferiría que lo hiciera usted o la enfermera Platte", dijo Matias.

"Lo sé", dijo Irene. "Escuche, no quiero alarmarlo, pero se sabe que el químico al que estuvo expuesto induce alucinaciones, tanto audio como visuales. Y, debido a su edad, realmente no hay nada que podamos recetar para ayudarlo con ellos".

Matias no respondió. No tuvo que hacerlo.

Sabía que no había productos químicos, tóxicos o de otro tipo.

Me han aislado, pensó Matias. *¿Le han hecho lo mismo a Doc en la*

sala E?

"¿Matias?", dijo Irene.

"Sí", dijo Matias, suspirando.

"Mark estará en breve. Háganos saber si hay algo que podamos hacer para que se sienta cómodo", dijo Irene, su voz llena de simpatía.

"Lo haré", respondió Matias. Puso el botón de llamada en su cama.

Esto se hizo hábilmente, pensó. *Un químico, uno que induce alucinaciones. ¿Cuándo venga la Enfermera y yo pida ayuda, quién va creerme? Un anciano, al ver una alucinación. Puede que se sientan mal por mi muerte, pero pensarán que era viejo y que mi cuerpo no podría soportar el impacto de la toxina o de las alucinaciones que indujo. Inteligente. Muy inteligente.*

La puerta de su habitación se abrió. Un hombre vestido de amarillo y con protector entero entró en la habitación. Matias pudo ver que era Mark detrás del plástico transparente de la placa frontal y el hombre llevaba consigo una bandeja de comida. Más allá de la puerta había un pequeño vestíbulo hecho de pesadas láminas de plástico.

Por un momento, Matias consideró la posibilidad de un derrame químico real.

Entonces Mark estaba junto a su cama, dejando la bandeja sobre la mesa.

"¿Algo más?", preguntó Mark.

Matias sacudió la cabeza.

"No te preocupes", dijo Mark con una sonrisa. "Todo esto terminará antes de que te des cuenta".

"Espero que sí", respondió Matias, recogiendo una tostada.

"Sé que lo hará", dijo Mark. "La Enfermera llegará pronto".

Matias se detuvo a mitad de la mordida y miró a Mark con sorpresa.

Mark asintió con la cabeza. "Si. Ella vendrá por ti y conocerás la paz, Matias".

El hombre acarició cariñosamente la pierna de Matias y salió de la habitación.

Matias volvió a poner la tostada en su plato. Había perdido el apetito.

Capítulo 46: Preparándose para la batalla

Dom Francis entró en el Club de Lituania, y la conversación se detuvo.

Varios viejos se sentaron en el bar, y Uri Popovich lo miró sorprendido desde atrás.

"Francis", dijo Uri, el hombre era grande, se acercó y le ofreció la mano. "¿Qué demonios estás haciendo aquí?".

Francis lo sacudió y dijo: "Necesito un favor, Uri".

"Claro, cualquier cosa. Tu dilo".

"Necesito una escopeta y tu cargador", dijo Francis.

Uri parpadeó, y los hombres en el bar de repente tenían expresiones atónitas.

"Maldición", dijo Uri cuando encontró su voz de nuevo. "No te ofendas, Francis, pero ¿para qué necesitas un arma? Pensé que renunciabas a todo eso cuando dejaste el ejército".

"¿Puedes aceptar que lo necesito, sin explicación?", le preguntó Francis a su viejo compañero de armas.

"Claro", dijo Uri, sonriendo, la mitad de sus dientes dorados. "Tú lo sabes. Podrías haber entrado y pedido un lanzacohetes, y yo te lo conseguiría".

"Lo sé, mi amigo", dijo Francis. "Y te lo agradezco. Pero todo lo que necesito es la escopeta y el cargador".

Uri se volvió hacia el bar y dijo: "Gary".

Uno de los hombres asintió.

"Cuidado con la tienda, ¿quieres? Tengo que ir arriba por un minuto", dijo Uri.

"Claro", respondió Gary.

"Vamos, Francis", dijo Uri, y abrió el camino hacia unas escaleras escondidas en una sombra profunda. Francis lo siguió hasta el segundo piso, donde Uri vivía y reparaba armas. Varias herramientas para armería, así como más que unas pocas armas de diferentes marcas y modelos, estaban cuidadosamente puestas en el banco de trabajo. A la derecha del equipo de Uri había una pistola antidisturbios, una escopeta de tiro rápido con un tambor de recámara.

"Tómalo", dijo Uri, señalando el arma mientras se dirigía a un gabinete.

Francis levantó el arma, el peso familiar y cómodo en sus manos.

Del gabinete, Uri retiró el cargador y varias cajas de casquillos vacíos. Los puso sobre la mesa y luego sacó una gran bolsa de lona negra. Francis observó cómo Uri colocaba los artículos en la bolsa y luego extendía la mano para recibir la escopeta. Después de

entregárselo, Uri le preguntó a Francis: "¿Qué tipo de munición necesitas?"

"Nada", dijo Francis.

Uri se encogió de hombros, cerró la bolsa y se la entregó a Francis.

"Francis", dijo Uri.

"¿Si?".

"¿Con qué lo estás cargando?", preguntó Uri.

"Sal de roca".

Uri miró a Francis, confundido. "¿Sal de roca?".

Francis asintió con la cabeza.

"¿A qué demonios estás disparando con sal de roca?", dijo Uri.

Francis sonrió. "Estoy cazando a los muertos, Uri".

Uri entrecerró los ojos y miró a Francis por un momento.

"Hablas en serio", dijo Uri finalmente.

"Sí", respondió Francis.

"Hm", dijo Uri. Se rascó la parte posterior de la cabeza y luego dijo: "¿Algo más que necesites?".

"¿Tienes hierro?", preguntó Francis.

"¿Hierro?" Uri repitió. "No. Espera. Sí, sí podría tener.

Uri salió de la habitación y regresó poco tiempo después. Llevaba un trozo de madera oscura, un extremo envuelto en bandas de hierro con tachuelas puntiagudas.

Francis se rio y sacudió la cabeza. "¿Qué es eso?".

"Arma de trinchera de la Primera Guerra Mundial", dijo Uri, sonriendo. "Se usó para convencer a las tropas alemanas de que se rindieran pacíficamente".

"Puedo ver cómo sería efectivo", dijo Francis. Abrió el bolso y Uri lo colocó con los otros artículos.

"Fuera cualquier otra persona", dijo Uri, "y yo diría que estaban en un mal viaje de ácido. Pero tú, sé que me estás diciendo la verdad, y eso me asusta muchísimo. Cuídate".

"Estaré lo más seguro posible, mi amigo", dijo Francis. Una vez más se dieron la mano y Francis lo siguió.

Cuando llegaron al piso principal, y Francis caminó hacia la puerta, escuchó a uno de los hombres en el bar preguntar en voz baja: "¿Qué está pasando?".

"Francis va a salvar el mundo", dijo Uri, manteniendo la puerta abierta para que Francis salga.

No el mundo, pensó Francis, saliendo a la luz de la mañana, *pero con suerte algunos de los que están en él.*

Capítulo 47: Regresando a Sanford

El estacionamiento estaba vacío cuando Shane entró. Tenía un sabor desagradable en el fondo de la garganta, un síntoma del miedo que sentía.

Shane sabía que estaría en riesgo cuando estuviera en la mesa, esperando la cirugía.

¿Realmente estoy programado para una cirugía? Se preguntó él. *¿O están mordiendo el anzuelo y están listos para acabar conmigo?*

Demonios, pensó Shane, *con el VA manejando su propia seguridad, podrían inventar cualquier razón que quisieran y nunca tener que involucrar a la policía local. Podrían matarme y nadie sabría nada. Y como no me queda ninguna familia real, podrían enterrarme aquí en algún lugar.*

Tan pronto como el pensamiento terminó, Shane se enderezó en su asiento.

Enterrarme aquí. Miró por la ventana la amplia extensión de los terrenos del hospital.

Tiene que haber algún tipo de cementerio aquí, se dio cuenta. *Todos los hospitales tenían uno. Puede que no entierren a nuevos residentes, pero si a una Enfermera que murió hace décadas. ¿Alguien que dio su vida a este lugar? Sí, apuesto a que está enterrada aquí. En algún lado.*

Necesito averiguar dónde está el cementerio, pensó Shane. *Matias probablemente lo sabe. O Doc. Uno de ellos tiene que saberlo.*

Salió de su vehículo, agarró la bolsa que había empacado para pasar la noche y cerró la puerta. Se dirigió al frente del hospital, mirando de vez en cuando. No aparecieron fantasmas y tampoco pudo ver ninguna señal del cementerio.

Lo encontrarás, pensó Shane.

Cuando llegó a la entrada principal, entró y encontró a un recepcionista diferente a la primera vez que había llegado. El hombre llevaba una etiqueta con el nombre que decía “Mark”.

“Hola, Mark”, dijo Shane.

“Buenos días”, dijo Mark, sonriendo. “¿Cómo puedo ayudarte hoy?”.

“Evidentemente, tengo una cirugía programada para las seis en punto”, dijo Shane. “El mensaje decía que llegaría a las nueve ya que tengo que ayunar ocho horas antes”.

“Muy bien”, dijo Mark. “¿Cuál es tu nombre?”.

Shane le dio al hombre su nombre, fecha de nacimiento y número de seguro social. Mark escribió rápidamente toda la información en el sistema, encontró el archivo de Shane y asintió.

“Sí”, dijo Mark, “primero debes ver a la enfermera Platte, y luego hará que alguien te acompañe a tu habitación. Ella está en la oficina; sigue este pasillo, gira a la izquierda en la segunda puerta y la

encontrarás allí".

"Gracias", dijo Shane, y Mark saludó mientras se alejaba.

Cuando llegó a su puerta, Shane la encontró cerrada, así que tocó. Un momento después, se abrió y la enfermera Platte le dedicó una débil sonrisa".

"Entra, por favor", dijo, volviendo a un escritorio abarrotado. "Toma asiento".

Shane lo hizo y pensó: *Me pregunto si ella sabe lo que está pasando. ¿Ella es parte de eso?*

"Te ves un poco agotada", dijo Shane.

"No un poco, mucho", dijo. "Todavía están investigando la muerte de Brett, pero no parece que vayan a resolverlo".

"¿Le robaron algo?", preguntó Shane.

La enfermera Platte asintió. "Varios discos cargados con información personal. Números de seguridad social, registros militares; todo lo que alguien pueda desear para establecerse en otro lugar con una nueva identidad".

"Genial", dijo Shane, sacudiendo la cabeza.

"Sí", dijo la enfermera Platte. "Todos lo vimos de la misma manera. En este momento es una cuestión de control de daños y responder todas las preguntas sobre seguridad financiera. No solo de los hombres y mujeres de aquí, sino también de sus familiares y personas que hemos tratado que no son residentes. Es un desastre".

Entonces ella le sonrió. "Bueno, no estamos aquí para hablar sobre el problema más nuevo del hospital. Estamos aquí para hablar sobre su próximo injerto de piel".

"Sí", dijo Shane.

"Será un procedimiento sencillo", dijo la enfermera Platte. "Lo llevaremos arriba, lo prepararemos bien antes de la cirugía y nos aseguraremos de que todo salga bien". "¿Tienes alguna pregunta para mí antes de enviarte a la sala D?".

"No", dijo Shane, sacudiendo la cabeza. "Sin preguntas".

"Bien", dijo la enfermera Platte, poniéndose de pie. "Estaré en tu habitación en unas horas para verificarte".

"Gracias", dijo Shane, poniéndose de pie. Salió de la habitación y volvió a los ascensores. Después de presionar la flecha "arriba", esperó durante varios minutos hasta que se abrieron las puertas y entró. Su dedo titubeó sobre el botón "D", y luego presionó el de la sala E.

Necesito ver a Doc, pensó Shane para sí mismo. Tengo que asegurarme de que esté bien.

Capítulo 48: Una visita del Abad

Francis se sentó en el suelo de su habitación.

Había pasado casi dos horas cargando cuidadosamente cartuchos de escopeta con sal de roca. Con los preparativos terminados, alguien llamó a su puerta.

"Adelante", dijo Francis sin levantar la vista.

Las bisagras crujieron, y el individuo desconocido jadeó sorprendido.

Francis miró hacia la puerta y vio al abad Gregory. El hombre mayor se ajustó las gafas, sacudió la cabeza y dijo: "Francis, ¿qué estás haciendo?".

Francis trató de pensar en una forma en que pudiera explicar la situación delicadamente a su superior y descubrió que no había ninguna. Suspirando, Francis le contó todo al abad Gregory.

El abad escuchó atentamente, eventualmente moviéndose para sentarse en el catre de Francis. La espalda del abad Gregory se enderezó y se quitó los anteojos, secándolos distraídamente con el puño de la manga. Finalmente, cuando Francis terminó, el abad volvió a ponerse las gafas.

El hombre mayor miró a Francis y le preguntó: "¿Necesitas algo más?".

"¿Qué quieres decir?", dijo Francis confundido.

"Tienes la escopeta y la munición", dijo el abad Gregory con paciencia. "Tienes hierro. ¿Tienes anillos de hierro para tus dedos?".

Francis se miró las manos como para confirmar lo que ya sabía sobre su falta de hierro adicional, y luego levantó la vista y preguntó: "¿Tienes algo?".

"Sí", dijo el abad Gregory, con una pequeña sonrisa en su rostro. "La universidad ha existido por más de cien años, Francis. Hemos tenido nuestra parte de espíritus difíciles. No es algo de lo que habitualmente hablamos, y hay pocos en la Orden que tienen suficiente fuerza y medios para luchar contra los muertos. Pero solo porque hay pocos de nosotros, no significa que no haya ninguno. Por lo que me dijiste, te has movido más allá del reino de un simple monje".

Francis miró a su abad. "¿Estás diciendo que hay miembros de nuestra Orden que han luchado contra los muertos antes?".

El abad Gregory asintió. "En efecto. No muchos, porque Dios no nos llama a todos para este propósito. Evidentemente, te ha llamado".

"¿Cómo es que nunca antes había oído hablar de esto?", preguntó Francis. "Nunca he leído nada por el estilo. ¿Se guardaron registros?".

"Los hay", dijo el hombre mayor. "Hay libros, diarios que se guardan en mis habitaciones y dentro de las colecciones especiales de

la biblioteca. Puedes leerlos cuando estés listo. Algunos pondrán a prueba tus habilidades porque no han sido traducidos del francés o del latín".

"Gracias", dijo Francis.

El abad Gregory suspiró, se miró las manos y continuó. "Bueno, ahora eres más, Francis. Has pasado a un lugar que muchos nunca alcanzarán. Hay una fuerza dentro de ti, un regalo, que te permitirá luchar contra aquellos que se han alineado intencionalmente o accidentalmente con el mal".

"¿Estás bien con esto?", dijo Francis, señalando la munición y las armas.

"Bastante", dijo el hombre mayor. "Es nuevo, y no hubiera pensado emplear una escopeta, pero después de reflexionar, no es sorprendente que lo hagas. Eras un soldado, Francis, y en tu corazón todavía lo eres".

Francis asintió con la cabeza.

El abad Gregory se puso de pie. "Tengo un juego de anillos aquí, en mis habitaciones. Te traeré la caja y podrás encontrar un par que te quede bien".

"¿Un par de ellos?", preguntó Francis.

El abad asintió. "Uno para cada mano. Es mejor estar preparado, por si pierde sus armas".

Francis observó al hombre salir de la habitación y pensó: "Todo ayudaría".

Cada. Pequeña. Cosa.

Cargó la recámara del tambor y esperó a que el abad Gregory regresara.

Capítulo 49: Visitando a Doc

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la sala E, Shane se sintió incómodo. Un desagrado flotaba en el aire y hacía frío. Un terrible frío. Shane salió al pasillo, vaciló y esperó a ver si ocurría algo.

La mujer en la estación de enfermeras le sonrió cortésmente. "¿Estás bien?".

"Sí", respondió. "Estoy aquí para ver a Doc".

"Él está en su habitación", dijo. "¿Conoces el camino?".

"Sí", dijo Shane. Se volvió y se dirigió a la habitación de Doc, saludando con la cabeza a los pocos hombres que pasó. La puerta de Doc estaba abierta, y Shane se detuvo el tiempo suficiente para golpear el marco de la puerta y esperar la respuesta de Doc.

"Adelante", dijo Doc, levantando la vista de su cama. Él sonrió vagamente a Shane. "¿Cómo estás?".

"Estoy bien", respondió Shane. "¿Cómo lo llevas?".

Doc se encogió de hombros. "Un poco molesto. Ojalá supiera por qué demonios le dispararon a Brett".

"¿No crees que tuvo algo que ver con la enfermera?", preguntó Shane, sorprendido.

"Parte de mí lo hace", dijo Doc. "Pero luego me pregunto por qué alguien iría tan lejos como para dispararle. No lo sé. Estoy cansado. Me dieron una nueva ronda de medicamentos que creen que podría ayudar".

"¿Podría?".

Doc asintió con la cabeza. "Podría ser mejor que nada".

"Es cierto", dijo Shane.

"Entonces, ¿has vuelto por tu injerto de piel?", dijo Doc.

"Si. Esta noche, siempre y cuando todo esté bien con las pruebas", le dijo Shane.

"¿Has estado bebiendo?", preguntó Doc.

"Por supuesto", dijo Shane.

El hombre más joven suspiró. "Probablemente no quieran hacerlo. ¿Ayunaste al menos?".

"No", dijo Shane, sacudiendo la cabeza. "Lo estoy haciendo ahora. La cirugía no está programada hasta las seis".

"¿Mañana por la mañana?", preguntó Doc.

"Esta noche", respondió Shane.

"Eso no tiene ningún sentido", dijo Doc suavemente. Miró a la puerta y luego volvió a mirar a Shane. "Necesitas tener cuidado".

"Lo haré", dijo Shane.

"Hablo en serio", dijo el doctor con seriedad. "Nunca hacen cirugías después de las cuatro, a menos que sea una emergencia, y creo que lo

tuya no lo es".

"No es vida o muerte, no", dijo Shane.

"¿Entonces, porque estás aquí?", preguntó Doc, confundido. "Estoy hablando en serio, Shane. Brett recibió un disparo. Asesinado. No por un fantasma, sino por una persona. ¿Por qué arriesgarse en absoluto?".

"Espero que alguien intente algo", dijo Shane. "De esa manera, puedo averiguar dónde está enterrada la enfermera".

"¿No puedes buscarla?", preguntó Doc.

"Lo intenté", dijo Shane. "Todo lo que encontré fue un obituario, y todo lo que decía es que había muerto en Sanford. Nada más. Es como si alguien entró y quitó la información de la web".

"¿Así que te estás poniendo como cebo?", dijo Doc.

"Si".

"¿Aun ahora?", preguntó Doc. "¿Después de lo que le pasó a Brett?".

"Especialmente por lo que le sucedió a Brett", dijo Shane sombríamente. "Escucha, Doc, quienquiera que haya sido quien mató a Brett obviamente está de acuerdo con lo que está haciendo la Enfermera. No soy. Para evitar que ocurran más muertes como la de Brett, tengo que deshacerme de la Enfermera. La única forma de hacerlo es salar y quemarle los huesos. ¿Qué es lo que voy a hacer?".

Doc negó con la cabeza. "Bueno, ten cuidado, ¿de acuerdo?"

"Lo tendré", dijo Shane, poniéndose de pie para irse.

"¿En qué sala estás?", preguntó Doc de repente.

"Sala D", respondió Shane. "¿Vas a venir a visitarme después de mi cirugía?".

"Sí", dijo Doc. "Creo que me aseguraré de que estés bien".

"Suena como un plan para mí", dijo Shane. Salió de la habitación del moribundo y fue a buscar la suya.

Capítulo 50: Listo para irse

Matias finalmente había comido su desayuno, y luego su almuerzo. Necesitaría su fuerza para lo que estaba por venir.

Mark había regresado por la bandeja, le sonrió con fanatismo y salió de la habitación.

Cuando el hombre salió, Matias escuchó atentamente. La puerta se cerró con un clic, pero permaneció abierta.

Matias respiró hondo y se recostó contra las almohadas. Miró al techo.

¿Serás capaz de hacer esto? se preguntó a sí mismo. *¿Puedes?*

Mejor morir en el intento, que esperarlo, respondió.

Matias tomó las mantas y la sábana y las arrojó. Bajó la mirada hacia sus piernas, bastones desperdiciados existían donde alguna vez hubo pilares de fuerza.

Inútiles, pensó con amargura. *Pero tú no lo eres. Olvídalos. Continua.*

Agarrando la barandilla lateral, Matias se levantó con cuidado de la cama. El esfuerzo era agonizante, sus brazos gritaban, el estómago se apretaba. Finalmente, llegó al suelo, y cuando lo hizo, se tumbó sobre él durante mucho tiempo. Hacía frío debajo de él, pero no le importaba.

Se dio cuenta de que se había mojado con el esfuerzo, y a Matias tampoco le importó. Presionando sus manos contra el piso, Matias se levantó. Se las arregló para sentarse y descansar la espalda contra la cama.

Necesito llegar a la puerta. Más allá de la puerta está el vestíbulo de plástico, y después de esa barrera, el pasillo.

Tal vez tenga un ataque al corazón y muera antes de que lo alcance, pensó Matias. *Entonces no tendré que preocuparme por qué hacer a continuación.*

Tal vez, pensó con desprecio. *Y tal vez la caballería venga a rescatarme.*

Matias empujó todos los pensamientos al fondo de su mente mientras se recostaba cuidadosamente en el suelo. Fijando su mirada en la puerta, comenzó a arrastrarse hacia adelante.

Capítulo 51: Preparación para la cirugía

Shane vestía la incómoda bata de hospital de mala gana. Sabía que pronto entrarían y comenzarían los análisis de sangre y llevarían a cabo las otras pruebas que les harían saber si realmente estaba listo para la cirugía.

Probablemente recibiré una cantaleta por todo el alcohol en mi sistema, pensó. *Oh bueno.*

Se enderezó en la cama y sintió las placas de identificación deslizarse por su pecho. Shane sonrió, extendió la mano y las sostuvo. Fue un consuelo sentirlos y saber que, en algún lugar, Courtney estaba con él.

Cogió el control remoto, trató de encender la televisión y descubrió que no funcionaba. Shane puso los ojos en blanco y pensó: *Típico.*

Lo intentó varias veces más, luego presionó el botón de llamada para la enfermera. Un momento después, una mujer joven entró y le sonrió.

"¿Qué puedo hacer por ti?", preguntó ella.

"La televisión murió", explicó Shane. "¿Tienes un libro o revista que pueda mirar? ¿Incluso un periódico?".

"Claro", dijo, sonriendo. "Estoy segura de que podemos encontrar algo".

"Gracias", dijo y vio como ella salía de la habitación.

Pasaron varios minutos y la enfermera no regresó. En cambio, la habitación se enfrió. La luz de la lámpara de la cama se debilitó, parpadeó y se apagó, dejando a Shane en penumbra.

Se retorció en su cama, deslizó una mano debajo de la almohada y sacó las manoplas. En silencio, Shane se las puso, sintió la fuerza del hierro frío contra su carne y esperó.

Un momento después, Jacob entró en la habitación.

"Has regresado a nosotros", dijo Jacob.

"Tenía que hacerlo", respondió Shane. "Aunque prefiero no estar aquí".

"El sentimiento es mutuo", le aseguró Jacob. "Dime, ¿por qué estás aquí?".

"Cirugía", explicó Shane.

Jacob frunció el ceño. "¿Y dejarás a nuestra enfermera sola cuando termines?".

"No hay oportunidad en el infierno", dijo Shane.

"Te costará la vida", dijo el muerto después de un minuto de silencio.

"Podría", acordó Shane.

“Tu determinación es tonta”, dijo Jacob, la ira arrastrándose en su voz.

“Por lo general es así”, dijo Shane.

“Entonces vete”, instó Jacob. “Vamos. Encuentre otra instalación para su operación. Te dejaremos ir en paz”.

“No puedo”, dijo Shane.

“¿No puedes o no quieres?”, preguntó el viejo.

“Lo que sea. Tal vez las dos cosas”, dijo Shane, encogiéndose de hombros. “El punto del asunto es este, voy a destruir a la Enfermera, entonces nadie más tendrá que preocuparse por ser asesinado antes de tiempo”.

“No entiendes nada”, dijo Jacob con un tono amargo. “No sabes lo que es aferrarse a la vida, y que todo el tiempo te falte el coraje para matarte. La Enfermera nos quita esa carga. No tendremos que sufrir con el pecado del suicidio sobre nuestras cabezas. Ella ha aceptado la responsabilidad de nuestras muertes”.

“Te tragaste la mentira, el gancho, la línea y la plomada, ¿no?”, dijo Shane suavemente.

“No es mentira”, gruñó Jacob. “Se te ha dado una opción. ¿Te quedarás y sufrirás la ira de quienes la apoyan, o te irás y vivirás hasta que llegue tu hora?”.

“La ira me suena bien”, dijo Shane. “Ahora, si no estás aquí para animarme para la cirugía, probablemente deberías irte”.

El viejo no se movió, y Shane apretó su agarre sobre las manoplas.

Entonces Jacob se volvió y salió de la habitación.

La luz parpadeó y se encendió.

Sonó un golpe y se abrió la puerta.

Entró una joven. Sostenía un par de libros de bolsillo en sus manos y le sonrió a Shane.

“Aquí tienes”, dijo, llevando los libros a la mesa de la cama y colocándolos junto a la base de la lámpara.

“Gracias”, dijo Shane, y por reflejo su mano derecha arremetió cuando la joven enfermera le dio un puñetazo.

El metal chocó contra el metal y Shane gritó cuando algo se hundió en su hombro izquierdo. Ella mantuvo su agarre en el mango de un cuchillo, cuya hoja estaba enterrada hasta la empuñadura. Mientras intentaba sacar el arma, Shane se aferró a su muñeca, manteniendo el cuchillo atrapado en su cuerpo.

Su cuerpo chilló, el dolor explotó en sus terminaciones nerviosas y prendió fuego a su cerebro. Shane ignoró la herida y la sensación de metal contra hueso, y balanceó su puño izquierdo hacia la cara de la enfermera.

El golpe de Shane careció de fuerza y rebotó inofensivamente en su frente.

Entonces una sensación poderosamente fría surgió a través de su cuerpo y la mujer soltó el arma. La joven enfermera tropezó cuando Courtney tomó forma en la habitación. La luz parpadeó y la bombilla explotó. Se escucharon gritos de sorpresa desde el pasillo.

Ella ha drenado todo el piso, pensó Shane aturdido.

Con la habitación iluminada solo por la poca luz que entraba por la ventana, Shane vio a la joven enfermera pegarse a la pared. Se puso de pie y jadeó, tratando de recuperar el aliento.

"¿Quién eres tú?", siseó, mirando a Courtney.

Courtney no dijo nada. En cambio, dio un paso adelante y agarró la blusa de la mujer. Shane vio una pequeña y sombría sonrisa aparecer en la cara de Courtney, y luego su brazo se volvió borroso. Courtney arrojó a la mujer al otro lado de la habitación, donde la pared de bloques de hormigón detuvo a la joven enfermera violentamente.

Shane oyó que algo se rompía y la mujer se deslizó hasta el suelo. Quedaba un rastro de sangre manchada en la pared. Por un instante, la mujer permaneció erguida, y luego silenciosamente cayó a la izquierda, aterrizando con un ruido sordo.

Shane observó a Courtney acercarse y arrodillarse junto a la mujer, mirándola.

"Está viva", dijo Courtney, mirando a Shane.

Shane luchó y se sentó. Ignoró la empuñadura del cuchillo que sobresalía de él. Con una mueca, salió de la cama y se obligó a sentarse junto a la joven enfermera.

"Enfermera", dijo.

Ella no respondió.

"¡Oye!", gritó Shane.

Su respiración era irregular. Extendiéndose, Shane levantó un párpado. Solo se veía el blanco.

Genial, pensó. *Se desmayó. Y tengo un maldito cuchillo en mí.*

"Se está muriendo", dijo Courtney en voz baja.

"Dejala". Shane hizo una mueca mientras cambiaba de peso. "Espero que duela como el infierno".

Courtney desapareció y Shane se quedó solo, preguntándose qué hacer a continuación.

Capítulo 52: Un éxodo

Francis detuvo el auto al costado de la carretera que conduce a Sanford. Desde donde estaba sentado, podía ver el edificio y algo curioso.

Autobuses

Tres estaban estacionados frente a la instalación, y se podía ver a otros inactivos en la carretera que llegaba al lote de atrás. Francis pudo ver a pacientes bajando las escaleras. Los miembros del personal los ayudaron a subir a los autobuses, y mientras Francis observaba, el primer autobús estaba cargado, las puertas cerradas y el vehículo se alejó. Pronto pasó a su lado, y luego fue seguido por el segundo y el tercero. En menos de media hora, catorce autobuses bajaron del hospital a la carretera principal.

El edificio había sido vaciado.

¿Por qué? pensó Francis. *¿Por qué se han ido? ¿Matias sigue ahí? ¿Y qué hay de Doc?*

Esperó un minuto, luego volvió a encender el auto y encendió la radio. Francis revisó las estaciones hasta que encontró un informe de noticias.

"La información que se está dando es bastante escasa en este momento, amigos", dijo un periodista. "Todo lo que sabemos es que las autoridades del Hospital de Sanford dijeron que hubo algún tipo de fuga química. Los pacientes y el personal están siendo evacuados. Le informaremos a medida que sepamos más. Pero, a partir de ahora, puedes ir a Manchester West High School, que es donde llevan a los pacientes".

Francis apagó la radio y sacudió la cabeza. *Una tapadera decente*, pensó, y condujo hasta el estacionamiento de atrás.

El auto de Shane estaba allí, cerca de una lámpara.

Francis frunció el ceño, apagó el motor nuevamente y miró las herramientas que había traído: la escopeta, las balas adicionales, el garrote de guerra de Uri y los anillos en sus dedos.

El abad Gregory le había permitido a Francis elegir un par de ellos, como había prometido. Cada anillo estaba hecho de hierro delgado y estampado con cruces. El metal estaba ajustado contra el dedo índice de cada mano, y Francis se sintió mejor al saber que estaban allí.

Salió del auto, dio la vuelta al lado del pasajero y sacó las rondas adicionales y la escopeta. Se sentía extraño, cargando un arma mientras todavía vestía su simple túnica. Pero una parte profunda y poderosa de él sabía que estaba justificado, y estaba haciendo lo correcto.

Dándose la vuelta, Francis caminó hacia la parte trasera del edificio. Una puerta trasera había quedado abierta, y él rápidamente subió los

escalones de concreto. Las luces de emergencia estaban encendidas, y Francis se dio cuenta de que apenas había sonido ambiental. Avanzó rápidamente por el pasillo y encontró una chaqueta. Tenía puesta una placa de seguridad y Francis se la quitó. Sostuvo la delgada tarjeta de plástico en su mano y pronto la usó.

Francis llegó a una puerta asegurada, pero el lector electrónico aceptó el pase de la tarjeta y se abrió.

Se encontró en el primer piso, sala A, y se tomó un momento para familiarizarse con el pasillo. Francis trató de recordar dónde estaba la habitación de Matias y, al mirar por el pasillo, vio una puerta con un sello de cuarentena alrededor.

Matias, pensó.

Francis aceleró el paso y, mientras avanzaba, oyó un ruido. Se giró a tiempo para ver a una anciana. Se acercó a él y Francis vio que estaba muerta. Tenía la cara ancha, los ojos entrecerrados y el cabello gris en la cabeza estaba recogido en un moño suelto. Llevaba un camisón gris, aferrado a su gran cuerpo.

Francis levantó la escopeta y disparó.

Capítulo 53: Matias en su habitación

A Matias le llevó un tiempo excepcionalmente largo gatear a lo largo de su habitación. Cuando llegó a la puerta, apenas podía respirar. Con un jadeo, rodó sobre su costado y presionó su espalda contra la pared, apoyando su cabeza en el piso. Cerró los ojos y trató de recuperar el aliento y su ingenio de vuelta a él.

Por suerte, pensó Matias sombríamente, *Mark volverá y me encontrará fuera de la cama. ¿No sería eso una molestia?*

Finalmente, Matias volvió a abrir los ojos y miró a la puerta. El mango estaba a solo unos pies del piso, pero sería un desafío alcanzarlo.

Y ábrelo, pensó Matias, *y luego vete.*

¿Cómo vas a salir del edificio, Matias? se preguntó a sí mismo.

Un problema a la vez, pensó.

Matias se sentó, miró la manija de la puerta y levantó la mano.

El metal estaba frío mientras lo agarraba con fuerza. Los latidos de su corazón aumentaron, su sangre latía en sus oídos mientras lo bajaba. Con cautela, empujó la puerta hacia atrás, un cuarto de pulgada a la vez, escuchando atentamente.

El sonido de una escopeta apartó su mano del tirador de la puerta y lo hizo caer hacia atrás.

Capítulo 54: Doc llega

Una ráfaga de escopeta sorprendió a Shane. En un instante, la puerta se abrió y Doc entró en la habitación con los ojos muy abiertos.

Doc miró a su alrededor, vio el cuerpo y dijo: "¿Qué demonios pasó? ¿Y a quién demonios está disparando aquí?".

"Ella trató de matarme", dijo Shane, señalando hacia el cuerpo, "y no lo sé".

"Jesús, hombre, ¿tienes un cuchillo en el hombro?", preguntó Doc. "¿Dónde están todos en este piso?".

"Si. Ni idea", dijo Shane con los dientes apretados. "Escucha, Doc, si pudieras ayudarme con esto, realmente lo agradecería".

"Si. Bien", dijo Doc, sacudiendo su cabeza. "Lo siento. ¿Puedes seguirme?".

Shane asintió con la cabeza. Juntos salieron de la habitación y salieron al pasillo vacío. No había nadie en la estación de enfermeras. Por lo que Shane podía ver, no había nadie en ninguna parte. Alguien disparó la escopeta dos veces más.

"Espera aquí", dijo Doc, y se apresuró alrededor de la estación de enfermeras. Shane se aferró al mostrador con la mano derecha y pudo sentir la sangre que se filtraba por los bordes de la hoja del cuchillo. Doc reapareció treinta segundos después con una gran caja de primeros auxilios. La dejó, lo abrió y sacó unas tijeras.

"Entonces", dijo Doc, cortando la tela, "¿vienes aquí a menudo?".

"¿Es esta tu manera de tratar a los enfermos?", preguntó Shane, haciendo una mueca cuando Doc alcanzó el cuchillo y se abrió camino a través de la tela.

"Sí", dijo Doc, quitándose la camisa. "¿Te gusta?".

"No", dijo Shane, "pero no dejes que eso te detenga de arreglarme".

"Nunca permito que las críticas constructivas interrumpan mi trabajo", dijo Doc. Bajó las tijeras, sacó un vendaje de compresión y dijo. "¿Puedes decir 'ah'?"

"¿Ah?", preguntó Shane, y cuando lo hizo, Doc agarró el cuchillo y lo sacó.

La voz de Shane se convirtió en un grito de rabia y dolor. Doc le dio una palmada en el vendaje y, cuando la visión de Shane latía al ritmo de las palpitaciones de la herida, el ex médico lo ató.

"¿Cómo se siente?", preguntó Doc.

"Como una mierda", se quejó Shane.

"Bien", dijo Doc. "Al menos sientes algo allí".

El médico buscó un momento en la caja de primeros auxilios, gruñó de satisfacción y sacó una pequeña aguja hipodérmica.

"Tétanos", dijo Doc, y sin ceremonia, le quitó la tapa y clavó la aguja en el deltoides de Shane.

“Doc, tienes la peor manera de tratar enfermos”, dijo Shane. Se miró a sí mismo. “Y ahora estoy ensangrentado y en un par de boxers”.

“Bueno”, dijo Doc, dejando caer la aguja sobre el escritorio. “Podría ser peor”.

“¿Cómo sería eso?”, preguntó Shane.

“Podrías estar usando pantalones ajustados”, respondió Doc.

Antes de que Shane pudiera comentar, otra explosión de escopeta resonó en el hospital.

Doc miró la mano de Shane y preguntó: “¿Funcionarán realmente?”.

Shane miró a los nudillos y asintió. “Puedes apostar, Doc”.

“Está bien”, dijo Doc, “vamos a averiguar quién se ha vuelto loco con una escopeta”.

Shane asintió y caminó hacia las escaleras.

“¿A dónde vas?”, preguntó Doc, deteniéndose en el elevador.

“No hay energía, Doc”, dijo Shane, mirando por encima del hombro. “¿Crees que puedes hacer que el ascensor funcione sin eso?”.

Doc frunció el ceño y siguió a Shane. Juntos llegaron a la escalera y Doc se deslizó frente a Shane. El ex médico sacó una tarjeta llave de su bolsillo y la deslizó. El poder de emergencia permitió que la puerta se abriera.

“¿Dónde conseguiste esa tarjeta?”, preguntó Shane mientras entraban a la escalera.

“No me hagas más preguntas, no te diré más mentiras”, dijo Doc, comenzando a bajar las escaleras. La escopeta fue disparada nuevamente, el sonido resonando desde el fondo de la escalera.

“No suena bien”, dijo Doc, mirando a Shane.

“No”, acordó Shane, “seguro que no”.

Capítulo 55: Francis encuentra a Matias

El mundo estaba en silencio.

Ocasionalmente, la oscuridad de la sala estaba iluminada por el destello de la escopeta, y Francis sabía que estaba sonriendo. Su corazón mantuvo un latido fuerte y constante dentro de su pecho, y sintió la sangre fluir a través de él.

Un hombre salió de una habitación con una mirada de puro odio en su rostro. Le faltaba el brazo izquierdo desde el hombro, pero aún parecía que podía infligir graves daños a Francis.

Francis apretó el gatillo, la sal de roca explotó de la escopeta y atravesó el fantasma. Cuando el espíritu desapareció y la sal de roca se hizo añicos contra la pared, Francis se volvió y se dio cuenta de que había llegado a la habitación de Matias.

Soltó el arma con la mano izquierda y agarró la manija de la puerta. Con un tirón, lo giró y entró en la habitación.

Matias yacía en el suelo.

De repente, la capacidad de entender rápidamente de Francis y la respiración trabajosa del viejo llenaron sus oídos.

Francis se arrodilló y dejó la escopeta a su lado.

“Matias”, dijo Francis, y el viejo lo miró con los ojos muy abiertos. Sus labios eran azules, su rostro pálido.

“Dom Francis”, susurró Matias, su voz apenas audible.

Francis fue a hablar, pero un grito salió de su boca en lugar de las amables palabras que había querido decir. Algo indescriptiblemente frío lo agarró y lo arrojó a un lado.

Francis observó cómo la enfermera metía la mano en el pecho de Matias, su mano se hundía hasta la muñeca.

Matias abrió la boca en silencio, sus ojos vidriosos mientras su espalda se arqueaba.

Francis intentó moverse, pero descubrió que no podía. El miedo lo inmovilizó.

“Paz”, dijo una voz que reconoció como la de la Enfermera. “Está casi listo. Y todavía no es tu momento, padre”.

Francis permaneció en silencio, incapaz de responder.

Matias se relajó, luego se quedó sin fuerzas. Durante unos segundos más, la Enfermera mantuvo su mano en el pecho de Matias. Finalmente, ella la retiró y miró a Francis.

“Deberías volver a tu casa, padre”, dijo. “Habrá otros que necesitarán tu consuelo antes de que yo les dé el mío”.

La enfermera desapareció y Francis trató de reunir fuerzas, pero falló.

Capítulo 56: Una reunión

Cuando llegaron a la sala A y salieron de la escalera, Shane pudo ver que la puerta de la habitación de Matias estaba abierta. La envoltura de plástico para el control de cuarentena estaba desordenada. El olor a pólvora era pesado en el aire.

"Oh, maldición", suspiró Shane cuando llegaron a la puerta.

Doc lo empujó, apresurándose al lado de Matias. Shane observó mientras Doc revisaba los signos vitales del anciano, pero fue inútil. Matias estaba muerto.

"Dom Francis", dijo Shane.

El monje estaba de rodillas, con la cabeza inclinada. Tenía las manos juntas en su regazo, y una escopeta antidisturbios con el tambor vacío yacía en el suelo junto a él.

"Dom Francis", repitió Shane.

El monje levantó la cabeza y en sus ojos Shane vio una profunda tristeza.

"¿Que pasó?", preguntó Shane.

"Ella lo mató", respondió Dom Francis. "No pude detenerla".

"Mírame", dijo Doc, con comando y autoridad en su voz.

Dom Francis así lo hizo.

Doc revisó el pulso del monje, sus pupilas y su cuello. Con un suspiro, Doc se recostó sobre sus ancas y dijo: "Estás bien, físicamente".

Dom Francis asintió. "Lo sé. Un poco sacudido, es todo. Pensé que sería capaz de salvarlo de ella".

"Tú y yo", murmuró Shane.

"¿Ahora que?", preguntó Doc, mirando del monje a Shane. "En serio, ¿qué hacemos ahora? Este lugar ha sido abandonado, así que no creo que obtengamos ayuda si llamamos a alguien".

"No busco llamar a nadie", dijo Shane. "Todo lo que quiero hacer es llegar a mi auto, obtener mi bolsa de equipo y encontrar su tumba".

"¿Todavía quieres hacer eso?", preguntó Doc, sorprendido. "¿Después de todo lo que hemos pasado?".

"Sí", dijo Dom Francis, poniéndose de pie. "Shane tiene razón. Necesitamos acabar con ella. Dudo que el hospital esté cerrado por mucho tiempo".

"Ustedes tienen algunos problemas", dijo Doc, usando la pared para sostenerse mientras se levantaba. "Pero supongo que tienes razón. Deberíamos terminarlo. No podemos arriesgarnos a que regrese. Y, sabes, realmente no quiero despertarme con ella parada sobre mi cama algún día".

"Está bien", dijo Shane. "Tengo una pregunta que tal vez puedas responder".

“Adelante”, dijo Doc.

“¿Sabes si hay un antiguo cementerio por aquí? ¿Tal vez algo en una esquina trasera, escondido?”, preguntó Shane.

“Claro”, dijo Doc. “A un cuarto de milla de distancia, a través de un camino viejo. Creo que lo usaron para el hospital, antes de que se llenara y la gente cambiara de opinión acerca de dejar que el gobierno enterrara a sus familiares”.

“Está bien”, dijo Shane. Miró a Dom Francis. “¿Estás bien para hacer esto?”.

El monje asintió y luego preguntó: “¿Has hecho esto antes?”.

“Un par de veces”, dijo Shane. “Si”.

“¿Alguien murió antes?”, dijo Dom Francis.

Shane asintió y susurró: “Sí”.

Con el recuerdo doloroso del cuerpo roto de Courtney en su mente, Shane se dio la vuelta y se dirigió al estacionamiento.

Capítulo 57: El plan

"No sé qué esperar aquí", dijo Shane mientras los tres se paraban junto a su auto. Se había puesto unos pantalones, pero nada más. Tenía los zapatos en su habitación y había encontrado una sudadera con cremallera en el maletero, junto con la pala plegable que dejó allí durante los meses de invierno.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Doc.

"Antes", explicó Shane, "siempre había al menos un par de muertos que estaban dispuestos a ayudarme. Este no es el caso aquí, como hemos descubierto. De hecho, preferirían trabajar contra nosotros. Evita que terminemos con la Enfermera. La cosa es que, aparte de la Enfermera, ninguno de ellos ha intentado realmente matarnos. Pero me preocupa lo que podrían intentar hacer si nos acercamos demasiado a su tumba".

"¿No podemos usar las escopetas para detenerlos?", preguntó Doc.

"Claro", dijo Shane. "Las escopetas son útiles. ¿Pero qué tan rápido puedes apretar un gatillo?".

"¿Qué?", dijo Doc, mirándolo. "¿Qué quieres decir?".

"Has estado en combate, ¿verdad, Doc?", preguntó Dom Francis.

Doc asintió con la cabeza.

"¿Alguna vez has visto a los tipos malos esperando pacientemente a que les metas una bala a través, o que vengan a ti de a uno por vez?" dijo el monje.

"Maldición", dijo Doc, suspirando. "No".

"Y estos no son fantasmas comunes", dijo Shane. "La mayoría son ex militares. Sí, algunos pueden no haber visto combate. Estos eran tipos que sufrían de estrés postraumático, fatiga de batalla, como quieran llamarlo. Estos eran veteranos de combate. No tienen superioridad de fuego, pero tienen fuerza en números. Demonios, tuve que enfrentarme a cinco de ellos".

Doc respiró hondo, soltó el aire lentamente y dijo: "Entonces, ¿qué hacemos?".

"Vamos con el mayor cuidado posible. Y recuerda", dijo Shane sombríamente, "todavía tenemos que desenterrarla. Estoy bastante seguro de que ella no va a ser presentada agradable y ordenada para nosotros en alguna cripta. La vida nunca es tan fácil".

"¿Cómo va a funcionar esto entonces?", preguntó Doc. "Quiero decir, ¿vamos a acostarnos cubriendo con fuego mientras cavas, o qué?".

"¿Cómo voy a cavar, con mi brazo así?", preguntó Shane.

"¿Cómo vas a caminar un cuarto de milla sin zapatos?", preguntó Dom Francis.

"Con cuidado", respondió Shane.

“¿Estás seguro de que no quieres intentar sacarlos de tu habitación?”, dijo Doc. “En serio, Shane, podemos esperar”.

“No es cuestión de tiempo”, dijo Shane. “Se trata de quién podría tratar de detenernos en el edificio antes de llegar al cementerio. De todos modos, ¿puedes manejar una escopeta, Doc?”.

Él asintió, levantando el arma. “Si. No hay problema con eso”.

“¿Cuál es el plan, entonces?”, preguntó Dom Francis.

“Bastante sencillo”, dijo Shane. “Una vez que llegamos al cementerio, encontramos la tumba de la Enfermera. Luego, viene la excavación, y aquí esperamos no ser interrumpidos. Cuando abrimos su tumba, le ponemos sal en los huesos, le echamos un poco de líquido de encendedor y la encendemos”.

“Bastante fácil”, dijo el monje. “Excepto cuando todo se vuelve una mierda”.

“Exactamente”, dijo Shane, asintiendo.

“Chicos”, dijo Doc. “Ustedes realmente saben cómo inspirar confianza”.

“Lo intentamos”, dijo Dom Francis con gravedad.

“Está bien”, dijo Shane. Hizo una mueca mientras ponía su bolsa de equipo sobre su hombro bueno. Con su mano derecha, levantó la pala y dijo: “Hagamos esto”.

Doc tomó la delantera ya que sabía el camino al cementerio. Shane trató de no pensar en cómo sus pies estaban fríos, o en lo duro e incómodo que estaba el suelo debajo de ellos. Ocasionalmente, hacía una mueca cuando las rocas afiladas mordían la tierna carne de su empeine. Pronto, sintió que sangraba y sabía que tendría que tomar una ronda de antibióticos para asegurarse de que nada se infectara.

Al menos no necesito una vacuna contra el tétanos, pensó, sacudiendo la cabeza.

¿Qué pasa si saben que la enfermera no me detuvo? Se preguntó Shane. *¿No volverán mañana? ¿No esperarán hasta que esté sedado?*

Al recordar la cirugía que necesitaba, Shane miró su brazo. Casi no había dolor, pero la lesión que había sufrido en la pelea contra Abel Latham en Griswold fue grave.

“¿Estás bien?”, preguntó Dom Francis.

Shane asintió con la cabeza. “Si estoy bien”.

“Sabes”, dijo Doc sobre su hombro. “Me sorprende que no esperaran hasta que te dejaran inconsciente para intentar caerte encima”.

“Yo también”, estuvo de acuerdo Shane. “Tal vez ella estaba demasiado nerviosa”.

“Parecía que sabía lo que hacía”, dijo Dom Francis. “Creo que ella pudo haber sido demasiado entusiasta”.

“Afortunadamente para mí lo fue”, dijo Shane, y luego jadeó y saltó sobre un pie por un momento.

Los otros dos hombres se detuvieron y Doc dijo: “Siéntate”.

Haciendo una mueca, Shane lo hizo.

Doc se puso en cuclillas, levantó uno de los pies de Shane y sacudió la cabeza. “Oye, vas a necesitar parar pronto. Te estás cortando los pies en pedazos”.

“¿Qué tan lejos estamos del cementerio?”, preguntó Shane mientras Doc bajaba el pie.

“El ascenso termina allí”, dijo Doc, señalando hacia la carretera. “En serio, deberías esperar aquí, déjanos subir y hacer lo que hay que hacer”.

Shane sacudió la cabeza. “Ustedes dos no han hecho esto antes. Además, no se sabe con qué te vas a encontrar allí”.

“Shane”, dijo Dom Francis. “Soy ex fuerzas especiales. Doc aquí era un médico de combate. Agrega a eso el hierro que llevamos, más las escopetas. Creo que nos vemos bastante bien”.

Shane vaciló y luego asintió. “Bien. Haré un trato con ustedes dos. Me dejas aquí un momento y luego me acercaré a ustedes”.

“Shane”, comenzó Doc.

“No”, dijo Shane, sacudiendo la cabeza con vehemencia. “Es esto o cojeo contigo. O, mejor aún, uno de ustedes me puede llevar. Y soy mucho más pesado de lo que parezco”.

“Bien”, dijo Doc, frunciendo el ceño mientras le quitaba la bolsa de equipo a Shane. “Descansa. Pero no te apures. ¿Entendido?”.

“Claro”, dijo Shane, estirando las piernas y haciendo una mueca de dolor. “Seguro”.

Observó a Dom Francis y Doc salir del camino estrecho e intentó ignorar sus pies mientras palpitaban.

Capítulo 58: Francis y Doc en el camino

Francis sintió que se deslizaba fácilmente en el viejo y familiar ritmo de una patrulla. Escaneó de izquierda a derecha y viceversa. Sus ojos escogieron lugares probables para emboscadas, así como áreas donde podría establecer una defensa exitosa. Todo se enfocó bruscamente; cada hoja, cada rama de árbol. Sus oídos captaron e identificaron cien sonidos diferentes.

En el viento, olía a enfermedad, y Francis sabía que era Doc. El hombre había estado en la sala E, y Francis solo podía imaginar qué horrible enfermedad se comió al joven. Francis tenía amigos que habían contraído enfermedades terminales raras, otros a los que les habían surgido repentinamente cánceres desconocidos.

El peligro laboral cuando se abría paso a través de pozos negros y zonas de guerra del tercer mundo donde dictadores y señores de la guerra usaban armas químicas contra amigos y enemigos por igual, pensó Francis.

Ajustó su agarre de la escopeta y miró a Doc, que estaba enfocado en la carretera y el gran cementerio que había aparecido. El cementerio estaba rodeado por árboles, pero no había una cerca; aunque parecía que había habido algún tipo de barrera antes. Trozos de cemento con pedazos rotos de metal negro que sobresalían de ellos, formaron el contorno aproximado de donde habría estado una pared. Una ligera niebla colgaba a la altura de las rodillas, la mayoría de las piedras surgían de la niebla. Aquí y allá Francis veía pequeñas criptas como si una persona triste hubiera intentado inmortalizar a su ser querido.

“Este es un lugar sagrado”, dijo Francis suavemente. “¿Cuántas personas están enterradas aquí?”.

“Más de dos mil”, dijo Doc.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Francis sorprendido.

“Los conté”, respondió Doc, su voz llena de tristeza. “Todos y cada uno de ellos”.

“Estoy impresionado”, dijo Francis. Luego, dijo: “¿Sabes dónde está la tumba de la Enfermera?”.

“Ruth Williamson”, dijo Doc. “Por supuesto que sí”.

Y levantó la escopeta y apretó el gatillo.

Capítulo 59: Shane siente dolor

Shane se tumbó de espaldas y miró las estrellas.

Dios mío, pensó, *no puedo creer que esté tendido aquí. Debería estar allá arriba con ellos. Pies sangrantes o no.*

Lentamente se sentó, su cuerpo quejándose amargamente. La herida en su hombro goteó sangre, y los cortes en sus pies hicieron lo mismo.

La explosión de una escopeta interrumpió su autocrítica.

Se hizo el silencio.

Suficiente espera, se dijo, y logró ponerse de pie. Una ola de náuseas inducidas por el dolor rodó sobre él, y él extendió los brazos, tratando de mantener el equilibrio. Por un segundo, pareció que podría caerse, pero no lo hizo.

Shane respiró hondo, soltó el aire lentamente y se concentró en el camino angosto. Cada paso era un esfuerzo, y sabía que estaba dejando huellas sangrientas detrás de él.

Ignorando la agonía, Shane continuó.

Doc y Dom Francis iban a necesitar su ayuda.

Capítulo 60: La primera batalla en el cementerio

Francis había recibido disparos en muchas ocasiones. Incluso había sido golpeado en alguna ocasión. Entonces, cuando vio que Doc levantaba la escopeta, Francis inmediatamente se alejó.

Sin embargo, no hubo tiempo suficiente para salir completamente del radio de la explosión, y sintió que parte de la sal de roca lo golpeó en la parte posterior y lateral. El dolor fue impresionante en su intensidad e inmediatez.

Francis no intentó disparar, simplemente habría sido un desperdicio de municiones. Entonces, en cambio, arrojó su propia escopeta a Doc y lo empujó. El moribundo reaccionó como lo haría la mayoría de la gente. Se alejó del arma arrojada, y no trató de poner otra carga de sal de roca en Francis.

Cuando Doc evitó la escopeta, Francis lo alcanzó, arrancó la pistola de Doc y la arrojó a un lado. El joven era mucho más fuerte y rápido de lo que Francis había hecho creer.

Doc arremetió con un puño y atrapó a Francis en su lado recién herido. Y, si Francis hubiera sido un tipo normal, el golpe hubiera sido suficiente para derribarlo.

No, pensó Francis, volviéndose hacia Doc. *No soy un chico normal.*

Levantó la palma de la mano y la estrelló contra la barbilla de Doc. El chasquido de sus dientes uno contra el otro era irritante, y Francis sonrió.

Yo era un hombre malo, Doc, pensó Francis. *Mucho antes de que fuera bueno.*

La pelea fue corta y brutal.

Cuando Francis terminó, se paró sobre Doc. El ex médico del ejército yacía de espaldas, con los ojos cerrados y el aliento en grandes jadeos. Los puños de Francis habían aplastado los labios de Doc, dándoles la forma y apariencia de salchichas hinchadas y ensangrentadas. Cuando Francis miró al hombre, se dio cuenta de que tenía sangre en su túnica.

Nunca puedes volver de esto, se dijo Francis. *Tu tiempo como monje ha terminado. Tu paz ha terminado.*

Aceptado, pensó, y se puso en cuclillas junto a Doc. Levantó la mano izquierda de Doc y dijo: "¿Puedes oírme?".

Doc asintió con la cabeza.

"Bien", dijo Francis. "¿Puedes hablar?".

"Sí", dijo Doc, la palabra apenas inteligible. "¿Qué quieres saber, hombre muerto?".

"¿Por qué?", exigió Francis.

“Me estoy muriendo”, dijo Doc, riéndose y haciendo una mueca al mismo tiempo. “Quería ayudar a tanta gente como pudiera”.

“¿Dónde está enterrada la Enfermera?”, preguntó Francis.

Doc le escupió sangre.

Francis agarró el meñique izquierdo de Doc y lo rompió.

El chillido de Doc resonó en las lápidas.

“¿Dónde está enterrada la enfermera?”, preguntó Francis.

Doc negó con la cabeza.

Francis rompió el dedo anular izquierdo del hombre.

Doc sollozó y vomitó.

“¿Dónde está enterrada?”, preguntó Francis de nuevo.

“Una cripta”, jadeó Doc. “Y ella te va a matar por esto. Ella te va a matar”.

“Tal vez”, dijo Francis. Soltó la mano destrozada de Doc y se levantó. Agarró la bolsa de equipo de Shane, recogió su escopeta y miró alrededor del cementerio. En la luz curiosamente pacífica del cielo nocturno, Francis pudo ver cuatro criptas separadas. Contempló otra ronda de preguntas con el Doc recalcitrante, pero rechazó la idea.

Demasiado tiempo, pensó Francis. *Y la tortura nunca se siente bien.*

Francis dejó al traidor en el suelo y caminó hacia la cripta más cercana para ver si podía encontrar a la Enfermera.

Capítulo 61: Llegando al cementerio

Los pies de Shane se habían entumecido cuando llegó al cementerio, y no sabía si estaba tropezando por el agotamiento, el dolor o una combinación de ambos.

Vio a Francis cuando el hombre entró en una cripta cercana, pero Shane no pudo ver a Doc en ningún lado. Moviéndose hacia la niebla baja, Shane escuchó un sonido, nada más que un gemido, pero se volvió hacia él y vio a Doc gateando hacia el borde del cementerio.

"¿Doc?", preguntó Shane. Quería apresurarse hacia el hombre, pero un sentimiento incómodo le susurró que se detuviera.

Doc levantó la vista, una risa sibilante escapó de su boca destrozada.

"¿Has venido a morir, Shane?", preguntó Doc. "Debes temer. Ella está aquí. Esperando por ti. Esperando al monje. ¿Crees que ella necesita a los muertos para ayudarla? No la Enfermera. Ella no necesita a nadie ni a nada. Morirás. Pero no antes de que haya jugado contigo un poco".

La piel de Shane se erizó ante las palabras del hombre, la mayoría de las cuales eran difíciles de entender.

"Te pusiste del lado de ella", dijo Shane suavemente, finalmente entendiendo.

"Mucho antes de que estuvieras aquí", dijo Doc, arrastrándose de nuevo. "Oh sí, Shane Ryan. La elegí y me alegro de haberlo hecho. Muchos de nosotros, personal y pacientes, incluso algunos miembros de la familia. Todos la elegimos a ella".

Shane miró al hombre y lo observó gatear.

Shane apretó su agarre sobre sus manoplas.

Ahí está el punto dulce, le dijo una voz fría y tranquila. *Justo allí, donde el cráneo se encuentra con la parte superior de la columna vertebral. O el templo. Un solo golpe y él estará muerto. Un golpe y no pasará la voz a ninguno de los pequeños devotos retorcidos de la Enfermera.*

Shane relajó su agarre, se apartó de Doc y cojeó hacia la cripta en la que había visto entrar a Francis. Mientras caminaba, la niebla comenzó a disiparse. El aire se volvió más frío y las estrellas y la luna brillaron más.

Ella viene, se dio cuenta Shane, tratando de acelerar su ritmo. *Ella sabe que estamos aquí.*

Dom Francis volvió a salir de la cripta, levantando rápidamente la escopeta.

"Shane", dijo el monje. "Te ves como una mierda".

"Como mirarse en un espejo", dijo Shane, señalando con la cabeza hacia los puntos húmedos que sobresalían de la túnica del monje.

"Cierto", dijo Dom Francis. "¿Te encontraste con el traidor?".

“Sí”, dijo Shane. “¿Por qué estás revisando la cripta?”.

“La comadreja dijo que estaba en uno de ellos”, Dom Francis hizo una pausa y miró a su alrededor. “Hace más frío”.

“Ella está cerca”, dijo Shane. Buscó en el cementerio, inspeccionando las otras tres criptas.

“¿Por qué está esperando?” preguntó el monje.

“Para matarnos”, respondió Shane. “Creo que nos está esperando”.

“Lástima por nosotros”, murmuró Dom Francis.

“Sí”, estuvo de acuerdo Shane. “¿Listo para probar la puerta número dos?”.

“Por supuesto”, dijo el monje.

“No deberías”, dijo una voz femenina detrás de ellos.

Cuando se dieron la vuelta, la Enfermera dio un paso adelante, apartando la escopeta de las manos de Dom Francis. Él se giró hacia ella, pero con un movimiento de su muñeca, fue arrojado hacia atrás, golpeando una pequeña lápida y tropezando con ella.

Shane, incapaz de correr, se mantuvo firme.

La Enfermera lo miró con simpatía.

“¿Por qué estás luchando contra mí?” le preguntó ella, con genuina curiosidad llenando su voz. “Estás solo en este mundo. Solo busco darte paz. Para que descanses”.

“No me importa estar solo”, dijo Shane. “Y la paz y el descanso, no me interesan particularmente”.

“No eres amado”, dijo con tristeza.

Las placas de identificación de Shane se enfriaron y le sonrió a la enfermera.

“No”, susurró, “soy muy amado”.

Un gemido agudo atravesó la noche, y Courtney se lanzó fuera de las placas de identificación.

Capítulo 62: Luchando entre las piedras

Shane sabía que estaba corriendo con adrenalina y poco más.

Dudaba que Courtney le diera mucho tiempo para llegar a la cripta de la Enfermera, pero se sintió atraído a ver la batalla entre los fantasmas.

La Enfermera era fuerte, increíblemente. Había sobrevivido y prosperado durante décadas, y si se daba cuenta o no, Shane sabía que se había alimentado de la energía de los fantasmas que la rodeaban.

Courtney no tenía ninguno de estas cosas a su favor. Pero ella estaba enojada.

Shane vio como Courtney se estrelló contra la Enfermera. No hubo delicadeza. Sin movimientos hábiles y capaces, nada de "Hollywood" sobre la pelea entre las dos mujeres muertas.

Un resplandor los envolvió, pulsando al tiempo de cada golpe que Courtney estaba conectando. La Enfermera se tambaleó hacia atrás, con una expresión de sorpresa en su rostro. Y mientras intentaba recuperar el equilibrio, Shane cojeó tan rápido como pudo hasta la próxima cripta.

A la luz de la luna, leyó el nombre tallado en el manto de granito sobre la puerta.

Ruth Williamson.

Shane sonrió sombríamente, y cuando llegó a la puerta, la encontró cerrada.

La preocupación lo carcomió cuando dejó caer su bolsa de equipo y sacó su pala plegable, mirando por encima del hombro a la batalla detrás de él.

La Enfermera había logrado enderezarse, y evitaba los golpes de Courtney. Pero no estaban teniendo ningún efecto, y la Enfermera se estaba dando cuenta. Mientras observaba, Shane vio que su expresión de sorpresa y desconcierto se reemplazaba rápidamente por molestia y luego por enojo.

Levantó la pala y rompió la cerradura. El viejo metal se desgarró, y una ola de mareo hizo que Shane se tambaleara hacia adelante, golpeando la puerta. Se abrió y cayó en la cripta, aterrizando pesadamente en el suelo de baldosas.

Sintió la herida del cuchillo abriéndose profundamente, más sangre derramándose y empapando su sudadera con capucha. Se levantó, extendió la mano y agarró su bolsa de equipo. De allí sacó un encendedor y por un instante lo miró. Una mirada afuera mostró que la batalla entre Courtney y la Enfermera había cambiado. Courtney se estaba moviendo hacia atrás con la Enfermera avanzando hacia ella.

Vete, Courtney, pensó Shane. *Sal.*

Sacudió la cabeza, necesitando concentrarse. Esto iba a doler.

Abrió su sudadera con capucha, apretó los dientes y arrancó el vendaje. La sangre salió de la herida al ritmo de los latidos de su corazón, y dejó escapar una risa temblorosa y cansada.

"Está bien", susurró. "Hazlo".

Shane encendió el encendedor y llevó la llama brillante a la herida. Se permitió gritar mientras cauterizaba la herida, el olor a carne quemada entraba por su nariz. Su mano tembló cuando dejó caer el encendedor al suelo y un sudor frío le estalló en la frente.

"¡Shane!", gritó Courtney.

Miró por la puerta y vio a Courtney. Ella retrocedió hacia él, Ruth presionando sombríamente hacia ella.

"Corre, Courtney", dijo.

Ella lo miró y él asintió.

Una mirada de tristeza apareció en su rostro y desapareció.

Ruth hizo una pausa, miró a su alrededor y luego continuó hacia la cripta. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y estaba claramente irritada.

"Shane Ryan", dijo en un tono materno y firme, "has sido un paciente extremadamente difícil".

Shane se rió entre dientes, lo absurdo de la declaración era demasiado difícil de manejar. Su sonrisa se convirtió en una risa, y su estómago le dolió por eso. Las lágrimas se derramaron de sus ojos y tuvo que recuperar el aliento. Finalmente, se detuvo y miró a la Enfermera. Su mirada de irritación había sido reemplazada por una de preocupación.

"Te estás volviendo loco, ¿no?", dijo con tristeza.

"Probablemente", dijo Shane. "Pero todavía voy a cocinarte".

"No", dijo la enfermera, gentilmente, "vas a tu merecido descanso, guerrero".

Una ráfaga de escopeta rasgó el aire nocturno y ella desapareció.

Dom Francis estaba a unos metros de distancia, apoyado contra una lápida.

"Ella regresará", dijo Shane, levantándose.

El monje asintió. "Enciéndela. Te cubriré".

"Lo tienes", dijo Shane, y él se volvió para encontrar sus huesos.

Capítulo 63: El regreso de Ruth Williamson

Francis no sabía cuántas rondas le quedaban. Ser arrojado a una lápida de granito no había ayudado a su retención de memoria a corto plazo.

Quería acercarse a la cripta, pero no pudo. No solo porque tenía un mejor campo de fuego desde donde estaba parado, sino porque, si intentaba moverse desde su posición, probablemente se caería.

Había sido un esfuerzo tremendo pararse, y solo su fuerza de voluntad le había permitido arrastrarse unos metros hacia el frente de la cripta. Una vez allí, pudo disfrutar de un tiro claro y seguro.

El aire brillaba a la izquierda de la cripta y apareció la Enfermera.

Oh no, pensó, mirándola a la cara. Ella está decididamente infeliz conmigo.

La Enfermera dio un paso adelante y Francis le disparó.

Y una vez más, ella desapareció.

Francis va a envejecer rápido, pensó Francis, y su cabeza comenzó a latir con fuerza. *Ella lo va a resolver y voy a morir*.

"¿Cómo te va?", preguntó Francis.

"¡La encontré!", gritó Shane de vuelta.

"Poco bien les hará a ambos", siseó la Enfermera detrás de Francis.

Trató de girar, pero en su lugar cayó al suelo, lo que lo salvó. Cuando ella se acercó, mirándolo, Francis logró levantar la escopeta y disparar nuevamente.

"¡Prisa!", gritó Francis, luchando para volver a sentarse.

"¿De verdad?" Shane gritó. "Porque, ya sabes, pensé que este podría ser un buen momento para comenzar a escribir mis memorias".

Sonó un estruendo, y Shane dejó escapar una risa áspera.

Francis miró hacia la cripta y vio a Shane. El hombre estaba parado triunfalmente junto a un sarcófago, y la Enfermera apareció detrás de él.

Francis le disparó, y parte de la sal de roca atrapó a Shane en la espalda.

¡Oh no! pensó Francis mientras Shane se apoyaba contra el sarcófago. Horrorizado, Francis vio a Shane deslizarse hacia el suelo.

Ruth Williamson arrebató la escopeta de las manos de Francis y gruñó: "Ya he tenido suficiente de usted entrometiéndose con mi paciente, padre".

Ella arrojó el arma a un lado y lo agarró por la parte delantera de su túnica.

"No me dejaste otra opción", dijo, con un toque de tristeza en su ira. "Tengo que sacrificarte".

“Claro”, estuvo de acuerdo Francis, y la golpeó. Cayó contra una lápida cuando el hierro la envió de regreso a sus huesos.

Mejor apúrate, Shane, pensó Francis mientras la oscuridad se cerraba alrededor de los bordes de su visión. *No me queda nada*.

Capítulo 64: La recta final

Shane se levantó, arrastrando su bolsa de equipo también. Sosteniéndola con fuerza, miró hacia el sarcófago abierto. Los restos físicos de la enfermera Ruth yacían frente a él. Estaba vestida con lo que había sido un hermoso vestido, sus manos cuidadosamente dobladas sobre su estómago. Sobre su cabeza estaba encaramada una cofia de enfermera. Su piel, antigua y apergaminada, se aferraba a sus huesos, acentuándolos a todos. Flores secas estaban esparcidas por ella.

Lástima que estés loca, pensó Shane. Sacó el líquido de encendedor de la bolsa, abrió la tapa y roció el cuerpo hacia abajo. Cuando estuvo vacío, dejó caer la lata sobre su cuerpo y sacó la lana de acero.

Aquí no se arriesga mada, se dijo, y lo colocó sobre el cadáver.

"¿Por qué estás profanando mi cuerpo?".

Shane se dio la vuelta y vio a la enfermera. Se paró con los brazos cruzados sobre el pecho y parecía disgustada.

Shane se encogió de hombros.

Una expresión de simpatía apareció en su rostro. "Realmente estás loco, ¿no?".

"Algunas personas dicen que tengo algunos problemas mentales", respondió Shane. "No estoy de acuerdo, personalmente. ¿Sabes? Todos están un poco locos. De vez en cuando".

Ella asintió con la cabeza. "Es por eso que quiero concederte tu paz, Shane".

"Sabes", dijo, "realmente aprecio el gesto. Pero no estoy muy emocionado con la idea de morir en este momento".

"Morir es fácil", dijo como consuelo.

"No estoy listo", dijo Shane.

"Es porque tienes miedo. Todos tenemos miedo a lo desconocido", dijo, su voz llena de compasión. "Estoy aquí para ayudarte a no tener miedo. Saber que hay un lugar mejor para ti".

"Bueno", dijo Shane, respirando profundamente y soltando el aire lentamente, "Creo que la pregunta que tengo ahora es, ¿tengo alguna opción?".

Ella sacudió su cabeza. "Me temo que no. Es tu momento, Shane. Ninguno de nosotros puede discutir eso".

Shane asintió con la cabeza.

Sacó un cigarrillo, le temblaban las manos cuando se lo puso en la boca. Dándose vuelta, encontró su encendedor, encendió una llama y encendió el cigarrillo. Mientras exhalaba, la enfermera frunció el ceño.

"Tal vez", dijo, dándole una sonrisa fría, "debería dejarte vivir y sufrir con el cáncer que crece en tu pecho".

Shane inhaló profundamente, el humo lo calmó.

“Pero”, agregó, “voy a disfrutar matarte”.

“Muy bien”, dijo Shane. Dio una última calada y luego arrojó el cigarrillo sobre sus restos.

El resultado fue instantáneo.

Algunas de las lanas de acero estallaron en llamas, lo que hizo arder el líquido de encendedor y envió una gran llama azul a través del sarcófago.

La enfermera gritó y se abalanzó sobre Shane, golpeándolo con fuerza contra la piedra. Se le cortó la respiración y se quedó sin aliento. Ella lo presionó allí, incluso cuando comenzó a arder de un azul brillante. Podía sentir llamas contra la parte posterior de su cabeza, y luchó contra ella, tratando de alejarse del fuego.

Solo cuando sus propias llamas interiores destruyeron sus brazos, ella retrocedió y lo liberó de la amenaza de la inmolación.

Shane cayó al suelo y rodó lejos del fantasma mientras ardía.

Ella giró su rostro hacia él, sus ojos se convirtieron en orbes humeantes.

“¡¿Por qué?!”, aulló ella. “¡¿Por qué?! ¡Estaba haciendo la obra de Dios!”.

“¿Por qué?”, repitió Shane. “¡Porque no eres Dios! ¡No eres nadie! ¡Espero que te quemes en el infierno!”.

Su respuesta se perdió cuando las llamas la devoraron, y él se quedó solo en la cripta mientras el humo llenaba el recinto. Tosiendo, Shane se dio la vuelta y se arrastró hacia la puerta. Las lágrimas corrían por su rostro cuando llegó al aire libre.

Yacía presionado contra la hierba fría, luchando por respirar sin el humo acre. Shane giró la cabeza hacia un lado y el miedo lo recorrió.

Los fantasmas lo miraron fijamente.

El odio llenó sus ojos muertos, pero ninguno de ellos avanzó.

Escupiendo el desagradable sabor del cadáver ardiente de la enfermera fuera de su boca, Shane se sentó y vio por qué los muertos permanecían donde estaban.

Los fantasmas de Matias y Brett estaban parados entre él y el cuerpo inconsciente de Dom Francis.

No, se dio cuenta Shane, *no están parados, están flotando.*

Matias y Brett estaban a varias pulgadas del suelo, y sus expresiones eran frías y duras.

Sin mirar a Shane, Matias dijo: “Descansa ahora. No te tocarán. No mientras estemos aquí”.

“¿Son lo suficientemente fuertes?”, preguntó Shane, su voz poco más que un graznido.

Brett asintió y Matias sonrió.

“Se hacen la misma pregunta”, dijo Matias. “Diré que sí, y estoy ansioso por que intenten encontrar una respuesta definitiva”.

“Está bien”, dijo Shane, dejando caer su cabeza sobre la hierba. “Lo que tú digas, Matias”.

Shane intentó gatear, pero el agotamiento lo llevó a la inconsciencia.

Capítulo 65: Despierto y alerta

Francis se despertó con los sonidos nocturnos de los bosques alrededor del cementerio. Estaba de espaldas y miraba el cielo nocturno.

Un búho gritó y una forma oscura se elevó.

Levántate, pensó Francis. Y él lo hizo. Los músculos gritaron y protestaron, la sangre seca se agrietó y las heridas que habían hecho costra se abrieron. *Encuentra a Shane.*

Francis se puso de pie, usando una lápida para sostenerse. Se tambaleó mientras caminaba, oscilando hacia la cripta abierta. Un hedor asqueroso a quemado llenó su nariz y empujó la entrada sensorial desagradable al fondo de su mente.

Shane estaba tendido en la hierba, frente a la puerta abierta. El hombre estaba inconsciente y tenía quemaduras recientes en la nuca. La sangre y la suciedad cubrían las plantas de sus pies.

Francis se inclinó y levantó a Shane. Lo acomodo en postura de bombero, arrojando al hombre sobre sus hombros. Shane gruñó, pero no se despertó.

De pie, Francis respiró hondo. Ajustó su propio peso corporal, se volvió y se dirigió hacia la carretera. La vieja habilidad de separar su mente de las acciones de su cuerpo regresó, y Francis se encontró capaz de mantenerse por encima del dolor físico. Su ritmo aumentó y pronto llegó a su propio automóvil. Puso a Shane en el maletero, abrió la puerta trasera y luego lo colocó.

Dejó que el hombre inconsciente se recostara sobre el asiento, levantando los pies descalzos de Shane antes de cerrar la puerta. Francis hizo una pausa, contuvo el aliento y reprimió una punzada de dolor por sus diversas heridas. Tomó una respiración larga y lenta por la nariz y exhaló de la misma manera. Con una mano en el techo del auto, Francis pensó: *Necesito llevarnos a un hospital. Entonces necesito volver a la Orden.*

Tengo que tomar una decisión.

Volvió a enfocar su mente, y luego Francis se metió en su auto. El motor arrancó cuando giró la llave, y el automóvil se movió cuando cambió a “conducir”.

Francis sonrió.

Todo va a estar bien, pensó, y dejó el hospital Sanford.

Capítulo 66: Francis hace un movimiento

"¿Estás seguro, Francis?", preguntó el abad Gregory.

Francis asintió, no confiando en su propia voz para contener la emoción cruda que fluía a través de él. Su pequeña bolsa de viaje estaba empacada y en el catre junto a él. Las sábanas habían sido despojadas y enviadas a la lavandería. El abad Gregory estaba en la puerta, con las manos juntas.

"¿Dónde vas a ir?", dijo el abad Gregory, con preocupación en su voz.

"Le preguntaré a un amigo si puedo quedarme con él un poco", respondió Francis.

"¿Y si dice que no?", preguntó el abad.

Francis sonrió con ironía. "Bueno, entonces, Abad, lo resolveré".

El Abad Gregory asintió, luego entró en la habitación. "Extiende tu mano, Francis".

Él lo hizo.

El abad dejó caer los dos anillos de hierro que Francis había usado en Sanford en su palma abierta. Miró al hombre mayor, confundido.

"He hablado con los miembros mayores de la Orden", explicó el abad Gregory. "Creemos que no has terminado con los inquietos muertos, por lo que los necesitarás".

"¿Qué pasa si alguien más los necesita?", preguntó Francis, mirando los anillos.

"Entonces tendremos que forjar más", dijo el abad.

"Gracias", dijo mientras deslizaba los anillos en sus dedos. "Muchas gracias, Abad".

"De nada", respondió el abad Gregory. "¿Nos enviarás tu dirección tan pronto como la tengas? He reenviado su solicitud de retirada de la Orden, y aunque estoy seguro de que está por llegar, necesitaremos saber a dónde enviar el permiso".

"Tan pronto como lo sepa", dijo Francis, "te lo haré saber".

"Excelente", dijo el viejo. "Ahora ven, te llevaré a donde necesites ir".

Francis asintió, se levantó y sacó su bolso de la cama.

"El hospital St. Joseph en Nashua, Abad", dijo. "Mi amigo, Shane, está ahí. Debo hablar con él".

El abad Gregory asintió. "Sigamos nuestro camino, entonces, Francis".

Sosteniendo su bolso con fuerza, Francis siguió al abad Gregory fuera de la habitación y fuera de la Orden.

Capítulo 67: En el Hospital St. Joseph

Voy a estar pagando estas facturas por siempre, pensó Shane, mirando hacia el techo.

Bueno, una voz fría en su cabeza respondió: *podrías estar muerto.*

Cállate, se dijo Shane.

"Hola", dijo una voz.

Shane se volvió para mirar hacia la puerta y vio a una joven enfermera. Era bonita, una mujer alta y delgada que parecía tener veintitantos años.

"Hola", respondió Shane, volviendo su atención al techo. Le dolía el cuerpo a pesar de la morfina que goteaba por la vía intravenosa. Sabía que podía decirles, pero parte de él tenía miedo de aumentar la dosis. *El alcohol es un problema suficiente*, pensó. Con un suspiro, se rascó el hombro izquierdo, donde le habían puesto el parche de nicotina para ayudarlo con sus adicciones.

"¿Cómo te sientes?", preguntó ella, entrando en la habitación para pararse al lado de su cama.

"Maravillosamente", respondió Shane. "¿Crees que puedo ir a casa ahora?".

Ella sonrió y sacudió su cabeza. "Aún no. La policía estuvo aquí de nuevo mientras dormías".

"Eso es amable de su parte", dijo Shane.

La sonrisa en el rostro de la mujer se convirtió en un ceño fruncido. "Les preocupa quién te apuñaló".

"¿Me apuñalaron?", dijo Shane, fingiendo sorpresa.

"Si. ¿Vas a decirles quién te apuñaló?, preguntó ella.

"¿Por qué alguien me apuñalaría?", dijo Shane sofocando un bostezo. La joven enfermera suspiró exasperada.

"A la policía le gustaría verte más tarde si es conveniente", dijo.

Shane la miró. "No lo es. Diles que dije 'No, gracias'".

"Shane", comenzó, y él frunció el ceño.

Ella se sonrojó un poco. "Señor. Ryan, tienen que investigar el crimen".

"No hubo delito", dijo Shane. "No pasó nada".

"¿Te quemaste, sufriste una conmoción cerebral y te apuñalaron y no pasó nada?", preguntó ella.

"Exactamente", dijo Shane.

La enfermera sacudió la cabeza y salió de la habitación sin decir una palabra más. Unos minutos más tarde, las placas de identificación se movieron sobre su pecho y Courtney estaba allí. Miró a la puerta de la habitación y dijo: "Es bonita".

"Ella no eres tú", dijo Shane.

Courtney le sonrió. "Shane Ryan, sabes exactamente qué decir".

“Me alegra que lo pienses”, dijo Shane. Miró a Courtney y pestañeó las lágrimas.

Ella le sonrió. “Todo estará bien”. Shane sacudió la cabeza. Le dolía demasiado el corazón para hablar. Courtney extendió la mano, su toque frío contra su mejilla. Se le puso la piel de gallina a lo largo de todo el cuerpo. Se aclaró la garganta.

“Gracias por todo”, susurró.

“De nada”, respondió ella. Su dedo trazó la línea de su mandíbula.

Llamaron a la puerta y Courtney desapareció.

“Adelante”, dijo Shane.

Dom Francis entró un momento después, llevando una bolsa de viaje y vistiendo ropa de calle.

“Dom Francis, ¿qué está pasando?”, preguntó Shane sorprendido.

“Dejé la Orden”, dijo Dom Francis, sonriendo disculpándose. “Y llámame Frank, por favor”.

“Claro, Frank. ¿Necesitas ayuda o algo?”, dijo Shane.

Frank asintió con la cabeza. “Yo, bueno, necesito un lugar para quedarme”.

“¿Y quieres quedarte conmigo?”, preguntó Shane sorprendido.

“Sí”, dijo Frank, luego agregó apresuradamente, “si no es demasiado problema”.

“No”, dijo Shane. “No es ningún problema en absoluto. Es solo que, bueno, tendré que hablar contigo sobre los otros residentes de la casa”.

“¿Son difíciles?”, preguntó Frank.

“No. No, Frank”, dijo Shane, “están muertos”.

La expresión de sorpresa en el rostro de Frank hizo reír a Shane, y Frank pronto se unió a él. Su risa llenó la pequeña habitación, y Shane se preguntó cómo sería volver a tener una persona viva en la casa.

* * *

Escena extra, capítulo 1: El fin de la guerra, 1918

Clay Getchell no estaba enojado, pero estaba cerca de estarlo y lo sabía.

Se acostó en una cama al final de la sala E, donde todas las camas estaban en hileras ordenadas, como barracas, donde la privacidad era solo un sueño. El personal tenía rieles en su cama para asegurarse de que no se cayera, y aunque despreciaba ser tratado como un niño, sabía que era por su propio bien.

Hubo momentos en que estaba lúcido. Sus pensamientos pueden ser claros y concisos. Recordaba las conversaciones que había tenido con el buen reverendo que surgió de Amherst. Clay incluso podría coquetear con algunas de las enfermeras, siempre que no trataran de ver su rostro. O más bien, lo que quedaba de su rostro.

A Clay no le había gustado la noche cuando era joven. Como soldado, lo había odiado, temiendo a los alemanes que se escabullen a través de los horrores de la tierra de nadie para atacar las trincheras.

Ahora amamos la noche, ¿no es así ?, pensó, retorciéndose en su cama. Clay miró por la ventana abierta, un viento muy frío lo bañaba. El olor en la sala E era de enfermedad y de hombres que se ensuciaban.

Clay sonrió a la oscuridad, las estrellas y la luna ocultas por espesas nubes prometiendo nieve. La noche ocultó el rostro de Clay de otras personas. Le ahorró sus expresiones de simpatía. En las últimas horas, podía cerrar los ojos e imaginarse completo. Sus piernas no faltarían debajo de las rodillas. Todavía tendría dos ojos, y el lado derecho de su cara no sería una masa retorcida de tejido cicatricial.

Sería yo, pensó Clay con cansancio. *Como yo era; como estaba destinado a ser.*

Por un momento más, miró por la ventana, luego rodó sobre su espalda y miró hacia el techo. Pronto, él sabía, la enfermera vendría y cerraría la ventana. Más tarde, cuando la noche terminó y se arrastró hacia el amanecer, el pánico volvería a él. El miedo a los asesinos.

Golpeó nerviosamente sus mantas con las manos.

Hay morfina si la quieres, se recordó.

Clay sacudió la cabeza. *No. Es mejor tratar con los demonios mientras estás consciente.*

Alguien chilló en el otro extremo, un caso de bombardeo mucho peor que el de Clay. Se abrió una puerta y estalló la luz en la sala.

Los hombres aullaron y otros temblaron en sus camas.

Un par de grandes ayudantes, acompañados por la nueva enfermera, salieron de su oficina. Demorarse era peligroso. Un hombre que

gritaba demasiado desencadenaría a los demás, una reacción en cadena de locura en una habitación llena de hombres rotos.

Grita, susurró la vocecita en su cabeza. *Sabes que quieres, Clay. Continúa, suelta un chillido o dos. Lo disfrutarás. Te sentirás mejor.*

Clay apretó los dientes y se obligó a permanecer en silencio.

Oh, vamos, la voz hizo un puchero, déjame salir.

Clay sacudió la cabeza.

Lo haré, siseó la voz, y un dolor agudo explotó en el pie izquierdo de Clay; un pie que ya no existía.

Pero parece que está allí, ¿no? la voz preguntó dulcemente.

El pecho de Clay se levantó y cayó rápidamente mientras trataba de contener la creciente agonía. Pronto, la horrible sensación se extendió desde su pie, hasta su espinilla, y hacia su rodilla.

Podemos hacer esto toda la noche, dijo la voz, su tono era de confianza y camaradería. *Pero, si me das un pequeño grito, bueno, podemos terminarlo aquí mismo. No hay necesidad de ir más lejos, ¿verdad, Clay?*

Clay se resistió, pero cuando el paciente al final fue silenciado, Clay no pudo mantener su grito por más tiempo. El grito que soltó fue largo, fuerte y profundo, un eco del que soltó cuando le contaron de sus heridas.

En cuestión de segundos, los ayudantes estaban junto a su cama, extendiendo la mano para contenerlo mientras golpeaba sus sábanas.

"¡No se quedará callado!" Clay sollozó. "¡Solo quiero que se calle!".

Grandes manos duras lo inmovilizaron y apareció la nueva enfermera. Tenía una jeringa en una mano y una botella de morfina en la otra. Su pálida y bonita cara estaba determinada.

"¿Cuál es tu nombre?", preguntó ella gentilmente.

"Clay", lloró. "Mi nombre es Clay".

"Clay", dijo, con las manos firmes mientras llenaba la jeringa. "Te voy a dar una pequeña dosis de morfina. Le ayudará a estar callado. ¿Lo entiendes?".

Clay asintió, relajándose parcialmente bajo el control de los ayudantes.

"Excelente", dijo la enfermera suavemente. Uno de los hombres se hizo a un lado y ella entró. La inyección fue rápida y casi indolora. Casi al instante Clay se relajó. Los ayudantes lo soltaron, cerraron las rejillas y lo encerraron.

Mientras salían para ver a otros pacientes, la enfermera dudó y lo miró con una sonrisa.

"¿Te gusta el aire frío?", preguntó, señalando hacia la ventana abierta.

"Sí", dijo Clay suavemente.

"Muy bien", dijo. "Lo dejaré abierto un poco más. Intenta descansar

ahora, Clay. Estaré aquí toda la noche".

"¿Cuál es tu nombre?", preguntó Clay mientras se daba la vuelta.

Hizo una pausa, lo miró por encima del hombro y dijo con una sonrisa: "Ruth. Mi nombre es Ruth Williamson, y los cuidaré a todos aquí".

Clay le devolvió la sonrisa, cerró los ojos y se dirigió hacia un sueño sin sueños.

Escena extra, capítulo 2: Propagación de enfermedades, 1919

Clay no tenía grandes deseos de vivir como un inválido, plagado de pesadillas vivientes e inútil para el mundo.

Pero no quiero morir de enfermedad, no como los demás, pensó.

La gripe española había sido devastadora en New Hampshire, así como en el resto del mundo, y finalmente se había infiltrado en el Hospital Sanford. Hubo rumores sobre su llegada, de algunos hombres que contrajeron la enfermedad. Un par de ellos incluso había intentado escapar del edificio.

Los guardias los habían detenido. Guardias con máscaras de gas y rifles cargados.

Los residentes del Hospital Sanford tendrían que permanecer en el interior hasta que la enfermedad hubiera seguido su curso. Hasta que los hubiera devorado.

Clay se sentó derecho en su cama. La ventana aún estaba abierta, según la orden de Ruth. Sabía que le llevaba mucho tiempo quedarse dormido, e incluso entonces él se despertaba, aterrorizado por lo que podría venir por él. El aire frío lo calmaba.

La sala estaba débilmente iluminada, la mayoría de los hombres dormían. Los que no estaban drogados dormían a la ligera. Los que estaban medicados, apenas respiraban. Clay era el único paciente despierto en la sala E. A pesar de que la Influenza no se había arrastrado desde los niveles inferiores, la amenaza estaba allí.

Clay se estremeció de repente cuando una brisa fresca pasó a su lado. Clay frunció el ceño y levantó la gruesa manta de lana alrededor de su cintura. Miró las distintas ventanas, pero ninguna de ellas estaba abierta. Algunos de los otros pacientes se envolvieron en sus mantas, cavando contra el frío.

El movimiento llamó su atención, y Clay giró a la derecha. Una forma pálida salió de una sombra, y la respiración de Clay se volvió superficial.

Gil Upton estaba parado cerca de la puerta de la oficina, vistiendo su ropa de cama y la gorra de punto que prefería.

Con la que había sido enterrado.

Gil había fallecido en diciembre, dos días antes de Navidad. Había sido gaseado en el pueblo francés de Seicheprey, y sus pulmones nunca se habían recuperado. Clay había escuchado al hombre ahogarse lentamente cada noche, hasta que una mañana, poco después de que Ruth comenzó a trabajar en la sala, lo encontraron muerto.

Clay observó al soldado fallecido extender la mano y rascar ligeramente la pared. El sonido era diabólico, levantando los pelos en

la parte posterior del cuello de Clay.

Clay abrió la boca para gritar por morfina, pero la cerró de golpe cuando Ruth salió de la oficina. Cerró la puerta detrás de ella y miró a Gil.

Gil inclinó la cabeza hacia ella y, por primera vez, Clay se dio cuenta de que podía ver a través del hombre. Era como si Gil estuviera y no estuviera allí.

Sobre los sonidos de los hombres reunidos y dormidos, Clay oyó hablar a Ruth.

"Elegí a Fredericks", dijo, su voz apenas por encima de un susurro.

"Una excelente elección", dijo Gil, su voz era el mismo croar débil que tenía en la vida.

"Sí", dijo ella. "Lo he escuchado estos últimos días. Es demasiado perturbador para la paz de esta zona. Será una bendición No sobreviviría a la enfermedad si la contrajera".

Clay observó cómo regresaba a la oficina y volvía un minuto después. Ella sostenía una jeringa y varios viales en sus manos. Ruth se alejó de la oficina, Gil se movió silenciosamente a su lado. Se dirigió directamente hacia donde estaba Theodore Fredericks. El hombre dormía inquieto en el mejor de los casos, la mitad de su cabeza se derrumbó por un caballo enojado.

Ruth llenó la jeringa con el contenido de uno de los viales, luego se inclinó hacia delante y besó a Fredericks ligeramente en la frente. Una sonrisa cruzó la cara del hombre y permaneció allí mientras ella lo inyectaba.

Ella se alejó, la jeringa sostenida casualmente en su mano.

Fredericks respiró varias veces más y luego se detuvo. Su pecho permaneció inmóvil, la sonrisa aún en su rostro.

Gil se volvió, vio a Clay observándolos, y de repente estaba al lado de Clay.

"Es lo mejor", gruñó Gil. "Es su derecho, y ella sola decidirá nuestros destinos".

Y todo lo que Clay pudo hacer fue gritar en respuesta.

Escena extra, capítulo 3: Clay continúa mirando, 1919

La noche estaba llena de terror.

La gripe había llegado a la sala E, y los hombres estaban muriendo. Algunos de ellos de la enfermedad. Otros por toque tierno de la enfermera Ruth Williamson. Se movió por la sala, lidiando con la muerte como mejor le parecía. La mujer parecía estar borracha en su poder para elegir. Quien quiera que muera, murió.

Clay no tenía a nadie con quien hablar.

¿Y quién te creería? la vocecita preguntó agradablemente. Eres un loco. Nadie confiaría en tu palabra, es por eso que has permanecido en silencio.

Clay no pudo discutir con la voz. Tenía razón.

¿Cuándo crees que ella vendrá por ti?, dijo la voz. *¿Esta noche? Fredericks rascará su puerta, como un perro fiel, y le dirá: "Sí, tienes toda la razón". Clay, porque está listo para la muerte".*

Clay cerró los ojos con fuerza y trató de desear que la voz se alejara. La risa llenó su cabeza.

¿A dónde crees que voy a ir? la voz preguntó, riendo entre dientes. *He estado aquí por mucho tiempo.*

No, no lo has hecho, argumentó Clay enojado. *Solo llegaste después de la lesión.*

¿Estás seguro? dijo la voz. *Piénsalo ahora, Clay. ¿Estás seguro? ¿No estuve allí cuando eras un niño jugando en el cementerio? ¿No estuve allí cuando el reverendo te dijo que te interesaras por tu padre y tu madre?*

Por supuesto que sí, continuó la voz, casi arrullando. *Siempre he estado contigo. No pienses lo contrario.*

Vete, pensó Clay. *Vete. No te quiero aquí ahora mismo.*

¿No? la voz preguntó inocentemente. *Oh ya veo. Prefieres escuchar a los hombres muertos agonizando que a mí. Sí, eso es correcto. Estás esperando escuchar el suave paso de Ruth junto a tu cama. ¿Crees que tendrá la ventana abierta o la mantendrá cerrada cuando te dé tu dosis final de morfina, Clay?*

"¡Cállate!" Clay gritó, abriendo los ojos.

Los ayudantes, que llevaban máscaras de gas y estaban parados en la puerta de la oficina, lo miraron, uno de ellos dando un paso hacia Clay. Ruth salió de la oficina, apoyó la mano en el brazo del hombre y sacudió la cabeza. El ayudante se encogió de hombros y dio un paso atrás.

Ruth cruzó la sala hacia Clay y le sonrió.

"Hola, Clay", dijo.

Clay tragó nerviosamente y dijo: "Hola, enfermera".

“¿Quieres un sedante?”, preguntó ella.

Sacudió la cabeza.

Ruth se inclinó y susurró: “Clay, no es tu momento. No morirás todavía. Quizás en unos días, quizás más. No me he decidido. Te daré un sedante, y solo un sedante. Lo prometo”.

Clay se lamió los labios, se frotó la cicatriz en la cara y preguntó suavemente: “¿Dejarás la ventana abierta?”.

Ella asintió.

“Muy bien, Clay”, dijo ella, enderezándose. Mientras se alejaba, Clay vio a Gil y Fredericks.

Los dos hombres muertos se pararon a la derecha de los guardias, y Gil saludó a Clay cuando lo vio. Clay le devolvió el saludo, vacilante, y luego se cubrió la cabeza con las mantas.

Escena extra, capítulo 4: El aumento de los muertos

Alec Greene gritó más fuerte de lo que un hombre sin lengua debería haber podido.

Clay levantó la vista, sorprendido.

Pocos de los otros pacientes apenas le prestaron atención a Alec, y los ayudantes no se molestaron en salir de la oficina. Los hombres en la sala E fueron abandonados a su propio destino.

Alec estaba atrapado en su cama de la misma manera que Clay estaba confinado a la suya. Clay, sin embargo, tenía más de sus piernas, y aún podía masticar su comida. Alec no podía.

Sin embargo, cuando miró a Alec, Clay vio que el hombre señalaba algo.

Clay permitió que sus ojos siguieran la línea del dedo del otro hombre, y él se puso rígido.

En el otro extremo de la sala se encontraba Gil. Y había otros también. Muchos de ellos. Clay logró contar diecisiete de ellos, pero luego se movieron dentro y fuera de foco demasiado rápido.

Especialmente para un hombre con un ojo, pensó Clay.

Eres un estúpido bastante estúpido, ¿no es así?

Eso no fue particularmente agradable, Clay respondió.

La voz resopló y respondió: *Eres estúpido, Clay. Admítelo. Admítelo y te diré qué es lo que no te estás dando cuenta.*

"No soy estúpido", murmuró Clay, y miró a los muertos mientras Alec seguía gritando.

¿Ya lo has descubierto? la voz se burló.

No hay nada que resolver, pensó Clay.

Alec gritó, su cara roja. Los fantasmas miraron al hombre sin lengua sin simpatía ni preocupación.

"Lo ven", Clay susurró. "Y él los ve".

Oh, ¡te diste cuenta! la voz dijo sarcásticamente. *Estoy sinceramente sorprendido. Nunca pensé que te habrías dado cuenta de lo que estaba sucediendo.*

Clay ignoró la voz.

Si Alec los ve, eso significa que no los estoy imaginando, pensó Clay. *Significa que realmente están allí.*

¿Y qué más significa? la voz preguntó. No había humor en la pregunta ni en su tono. *Piensa, Clay, esto es importante.*

Clay cerró los ojos con fuerza y pensó mucho, su cerebro dolía por el esfuerzo. Entonces sus ojos se abrieron de golpe y miró la puerta de la oficina.

Ella realmente los está matando, pensó Clay. *Ella los está matando a*

todos.

La voz suspiró con satisfacción. *¿Y qué más?*

Significa que me va a matar, se dio cuenta Clay, volviendo a mirar a los fantasmas. *Pronto estaré con ellos. Necesito decirle a alguien*.

Buscó en la habitación, intentando buscar a cualquiera que pudiera escuchar.

Clay no vio a nadie.

Estaba en una habitación llena de moribundos. A los ayudantes no les importaría, incluso si le creyeran. Su desdén fue probado cada día por sus acciones. Ruth protegió a los hombres de la sala E del personal.

Pero solo para que ella pueda matarnos ella misma, pensó Clay, temblando.

Contuvo un gemido y se hundió en la protección de sus mantas. Alec continuó gritando, y Clay se preguntó si el hombre sin lengua sabía qué era Ruth Williamson en la sala E.

Escena extra, capítulo 5: Una discusión sobre los muertos

Aquellos hombres que habían estado enfermos, pero no de gravedad, habían sido mantenidos en las salas inferiores. Con la llegada de la gripe española, los infectados fueron trasladados primero a la sala D. Luego a la sala C, sala B y sala A, hasta que ningún lugar era seguro y libre de la enfermedad.

Finalmente, cuando suficientes hombres murieron, la sala A se utilizó para mantener a los sanos. Clay descubrió que la sala E tenía la tasa de mortalidad más alta de todas en el hospital.

¿Y por qué no? Clay pensó malhumorado. *Somos los peores. Los que tienen las heridas más graves. Con Ruth decidiendo a quién quería matar.*

Cuando Clay se despertó un domingo por la mañana, tenía un nuevo vecino en la sala E. El hombre era viejo. Más viejo que cualquier hombre que Clay pudiera recordar haber visto.

Durante varios minutos, Clay lo miró fijamente. El hombre tenía una barba, blanca como la nieve en su mayor parte, aunque parecía que masticar tabaco y había manchado los bordes de sus bigotes. Su cabello era igual de blanco y casi tan largo. Los pálidos mechones enmarcaban una cara aparentemente hecha de papel maché. Cada pómulo estaba resaltado, los ojos hundidos profundamente en sus cuencas. Las cejas gruesas y nerviosas acentuaban los valles y surcos de sus arrugas. Los labios del recién llegado eran delgados, con un tinte azul cuando el pecho del hombre subía y bajaba con un ritmo irregular.

Cuando Clay lo miró fijamente, el hombre abrió un ojo y le devolvió la mirada a Clay. El ojo, que tenía un iris de color gris oscuro, parpadeó varias veces, y luego apareció una sonrisa en la cara del extraño.

Clay le devolvió la sonrisa con cautela.

“Usted señor”, dijo el hombre, “es un rostro impresionante para despertar”.

“Gracias”, dijo Clay.

“¿Tu nombre?”, preguntó el hombre, y Clay se lo dijo.

“Nos encontramos bien, entonces, Clay”, dijo el desconocido. “Mi propio nombre es Stefan”.

El otro ojo de Stefan se abrió perezosamente, y Clay vio que era de un color puro, opal.

“Impresionante, ¿no?” Stefan preguntó, sonriendo. “Una mini pelota Reb rebotó en mi cráneo e hizo el acto. Fredericksburg Mi primera batalla, y resultó ser la última. La misma bola que coloreó mi ojo, bueno, me dejó inconsciente, y pasé mucho tiempo como invitado del

Gobierno Confederado".

Stefan resopló y sacudió la cabeza.

"Todo eso está muy lejos", dijo Stefan, suspirando mientras se recostaba en su cama. Miró a Clay y dijo: "Tienes un impresionante conjunto de rieles allí, joven. ¿Subes de noche?".

"Lo hice", admitió Clay. "Traté de escapar de las redadas".

"A pesar de que no hay redadas aquí", dijo Stefan suavemente. "¿Fue una explosión lo que hizo que tu cara se volviera un desastre?".

Clay asintió con la cabeza.

"¿Y tus piernas quedaron poco cortas?".

"Si, se acortaron", dijo Clay.

"Estoy impresionado de que estés vivo", dijo Stefan después de un minuto. Miró alrededor de la sala y luego preguntó: "¿Hay algo mal aquí?".

"Sí", dijo Clay. "La muerte está aquí y ella camina entre nosotros".

Stefan asintió con la cabeza. "Puedo sentirlo. Hay algo mal aquí, hijo. Y nos busca, lo hace".

No era una pregunta, pero Clay respondió como si lo fuera. "Si".

Stefan dudó y luego dijo: "Cuando llegué antes y estabas dormido, pensé que había visto a alguien. Alguien familiar".

"Pero están muertos", Clay susurró.

Stefan lo miró bruscamente, estudió el rostro de Clay y luego asintió. "Si. Él está muerto. Hace unos pocos días, eso sí. La gripe se lo llevó".

"Viste a su fantasma", dijo Clay, "aquí arriba, a la derecha de la puerta de los ayudantes. Tu amigo se quedó allí y miró hasta que te vio".

"¿Tú lo viste a él?", preguntó Stefan.

Clay sacudió la cabeza. "No. Pero hay otros aquí arriba. Ella los ha hecho, aunque no se queda todo lo que mata".

"¿Ella?", preguntó Stefan con la confusión en su voz. "Quien es 'ella'? ¿De qué estás hablando?".

"La Enfermera", respondió Clay. La puerta de la oficina se abrió y Ruth salió. Ella vio a Clay y lo saludó con la mano. Devolvió el saludo cortésmente.

"¿Qué enfermera?", preguntó Stefan.

"Esa", respondió Clay. "Enfermera Williamson. Ella es la muerte en la sala E. Cuando ella decide que es hora de que mueras, bueno, es hora de que mueras".

Tanto él como Stefan observaron mientras ella caminaba hacia el otro extremo y comenzaba su ronda, con un par de ayudantes cerca de ella.

Stefan buscó debajo de su manta, sacó un tapón de tabaco y mordió un pedazo. Su dedo tembló de parálisis cuando tiró del mastique entre

la encía y el labio. Stefan guardó el tabaco, miró a Ruth y sacudió la cabeza.

"Bueno", dijo el anciano, inclinándose parcialmente y escupiendo un poco de jugo marrón en el suelo, "supongo que tendremos que vigilarla entonces, ¿no?".

Clay asintió y se preguntó: *¿Cuándo vendrá por mí?*

Escena extra, capítulo 6: Movimiento en la oscuridad

Clay se despertó bruscamente y se quedó quieto, escuchando.

Miró a Stefan y vio que el viejo también estaba despierto. Stefan se llevó un dedo a los labios y Clay permaneció callado. Susurros llegaron a sus oídos, y Clay se dio cuenta de que había una nota curiosa y de otro mundo en las voces. Cada palabra sonaba como si se pronunciara en un pasillo largo y estrecho. Las sílabas resonaban en los muros de piedra.

Los muertos están hablando, pensó Clay, y escuchó con más atención.

"Ella toma demasiado por ella misma", dijo una voz.

"¡Silencio!".

Clay reconoció al segundo orador como Gil.

"No lo haré", espetó el otro fantasma. "Ella no tiene derecho a decir quién vive y quién muere".

"Cuidarás tu boca, Hamilton", dijo Gil bruscamente.

Los ojos de Stefan se abrieron por la sorpresa.

Su amigo, pensó Clay.

"¿Y quién eres tú?" se burló Hamilton. "¿Quién crees que eres para decirme algo?".

La temperatura en la sala se desplomó, y Clay tembló violentamente en respuesta. Nubes blancas de su aliento salieron de su boca, salieron de su nariz y llenaron el aire sobre él. Lo mismo ocurrió con Stefan.

Los hombres vivos comenzaron a llorar, otros a aullar.

"¡Mira lo que has hecho!", gritó Gil, y hubo un horrible sonido de desgarro. Un grito inhumano hizo que los ojos de Clay se pusieran en blanco. El ruido le revolvió las entrañas, le dolían los oídos y le latía la cabeza.

Clay se retorció en su cama para ver cuál era la fuente del ruido, y cuando lo hizo, deseó no poder verlo. Gil y algunos de los otros fantasmas se pararon sobre otro espíritu. Y lo estaban desgarrando. Trozos de la persona desconocida fueron arrojados a un lado como papel suelto. Lo que una vez había sido el rostro de un hombre ya no existía.

La cacofonía de los vivos ahogaba la violencia de los muertos. Las luces se encendieron y, de repente, Ruth y los ayudantes estaban entre ellos.

Stefan se enderezó, abrió la boca y dejó escapar un grito aterrador. El curioso sonido revolvió el alma de Clay y una sonrisa malvada se extendió por la cara de Stefan. El viejo le guiñó un ojo a Clay y Stefan comenzó a gritar en alemán.

Mientras el hombre aullaba y gritaba en el idioma extranjero, la

enfermera Williamson se concentró en Stefan. En un minuto, los ayudantes y Ruth intentaban calmar a Stefan, pero el viejo era excepcionalmente fuerte. Él pateó, golpeó a la enfermera en el pecho y la envió de vuelta a la cama de Clay.

La jeringa y la morfina que llevaba cayeron en las sábanas de Clay, y cayó al suelo, inconsciente.

Los ayudantes se detuvieron en sus intentos de someter a Stefan, pero cuando vieron la condición de Ruth, centraron sus atenciones en el hombre una vez más. Comenzaron a golpearlo. Los golpes fueron rápidos y violentos. No tenían ningún deseo de someter al viejo; simplemente querían lastimarlo.

Stefan se rio de los hombres más jóvenes y escupió vilmente jugo de tabaco a uno de ellos. El hombre levantó una mano enorme, la apretó en un puño y la golpeó con fuerza en la cabeza de Stefan. Clay observó con horror cómo la mejilla de Stefan se derrumbó y su nariz estaba manchada del lado izquierdo. El ojo derecho del hombre explotó en un torrente masivo de sangre y materia blanca.

Stefan respiró hondo y tembloroso, y luego soltó una carcajada más cercana a un aullido. El viejo escupió de nuevo, y el segundo ayudante le rompió la mandíbula a Stefan. Los dientes ensangrentados y destrozados se derramaron de la boca del anciano antes de que volviera a caer sobre la almohada.

Mientras los ayudantes se inclinaban sobre el cuerpo de Stefan y continuaban brutalizándolo, las propias manos de Clay encontraron la jeringa y la morfina.

Es mejor salir en sus propios términos, dijo la voz con calma.

Clay asintió con la cabeza, aceptó los artículos y lo escondió debajo de las mantas.

¿Cuándo debería hacerlo? Clay se preguntó.

Sabrás cuándo, dijo la voz con confianza. *Te ayudaré a saber cuándo ir, Clay. ¿No te he dicho siempre lo que necesitas saber?*

Sí, pensó Clay con un suspiro.

Cerró los ojos e ignoró el prolongado asesinato de Stefan.

Clay había dormido peor.

Escena extra, capítulo 7: Encontrar el momento adecuado

Stefan no regresó como un fantasma, y Clay estaba agradecido por eso.

Había disfrutado la compañía del hombre cuando estaba vivo, pero Clay no estaba seguro de lo entretenido que Stefan sería como un fantasma.

La noche nuevamente se arrastraba sobre el mundo. Clay se sentó en su cama y miró hacia la sala. Algunas de las camas estaban vacías, los colchones despojados de sábanas y enrollados. El metal apagado de los resortes absorbió la poca luz que les arrojaban. Muchos de los hombres estaban demasiado enfermos para hablar.

Clay no lo estaba.

La enfermedad había barrido a su alrededor. Había matado a hombres a su izquierda y hombres a su derecha. Otros habían reemplazado a los muertos, y ellos también habían muerto. Solo quedaban unos pocos fantasmas en la sala, vigilando a los pacientes.

Ruth ya no dejó la sala.

Todos los ayudantes, independientemente de sus turnos, se habían dedicado a ella. Cuando salió de la oficina para realizar sus rondas, el personal la flanqueó. Ellos la protegieron. Ya no correrían el riesgo de un ataque. La muerte de Stefan le había dado a Clay la oportunidad de esconder la morfina y la jeringa. Muchas veces desde el asesinato del hombre mayor, Clay había sacado la morfina y la había examinado.

¿Será suficiente? él se preguntó. *¿Podré terminar con esto?*

Shh, cálmate, la voz le dijo suavemente. *Mira lo pequeña que es. Hombres más grandes han sido asesinados con dosis más pequeñas. Todo estará bien.*

La oscuridad creció y varias de las luces se apagaron en la sala. Había un ayudante a cada lado de la puerta de la oficina, y Clay repentinamente sintió una explosión de miedo.

Esta noche, pensó, con la garganta apretada por el miedo. *Ella saldrá por mí esta noche.*

La voz no respondió.

Clay miró fijamente a los ayudantes. Ninguno de los hombres, vio, le prestaba atención. O a cualquier otra persona en la sala. En cambio, hablaron en voz baja, y Clay no pudo escuchar cuál era su conversación.

Con su único buen ojo, Clay miró la botella de morfina y la jeringa que había logrado ocultar durante semanas. Cada uno estaba cálido por ser presionado contra su carne. Clay se obligó a mantener la calma. Cuando los músculos de su garganta se aflojaron, cuando sus

manos ya no temblaron, Clay preparó la jeringa. Una sensación de desapego flotaba sobre él. Pronto, sostuvo el instrumento, completamente cargado con la morfina.

Haré esto, pensó Clay, mirando la jeringa. *Solo yo seré responsable*.

¿Estás listo? la voz preguntó. Había acero en las palabras. Una determinación sombría que parecía coincidir con la de Clay.

Sí, respondió Clay. *Estoy listo.*

Bien, dijo la voz. *Llegamos al final de esto entonces.*

Clay puso su manta sobre la jeringa, manteniendo lista la aguja hipodérmica. Se recostó contra las almohadas y esperó.

El tiempo pasó, agonizantemente lento. Varias veces se abrió la puerta de la oficina y se puso tenso, pero Ruth solo susurró a los ayudantes. Los hombres, a su vez, asintieron. Después de la tercera vez, sus ojos se fijaron en los de Clay y permanecieron allí.

Clay le devolvió la mirada. Sus manos estaban firmes, una en la jeringa y la otra suelta sobre la manta. Él estaba preparado. Clay sabía lo que se avecinaba.

¿Estás listo para morir? le preguntó la voz.

Clay consideró la pregunta por un momento y luego dijo: "Sí. Estoy listo."

"¿Listo para qué, Clay?", preguntó Ruth.

Clay levantó la vista, sorprendido. Se había alejado de la realidad y había perdido el acercamiento de la enfermera y sus guardias.

Un ayudante estaba parado a cada lado de su cama, y Ruth a su derecha, sonriéndole.

"¿Me has oído?", preguntó ella cortésmente.

Clay sonrió. Sintió que el tejido cicatricial de su cara se estiraba y tiraba incómodo. Algún cirujano en Francia había prometido que las cicatrices serían reparadas algún día.

Otra mentira. Uno de muchas, pensó Clay para sí mismo. En voz alta dijo: "Te escuché, sí, Enfermera".

"Entonces respóndele", espetó uno de los ayudantes.

La sonrisa de Clay se torció en una mueca, y el ayudante palideció mientras daba un paso nervioso hacia atrás.

"¿Para qué estás listo?", preguntó Ruth de nuevo.

"Muerte", respondió Clay.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa, pero una expresión de alivio llenó su hermoso rostro.

"Estoy muy contenta de oírte decir eso", dijo Ruth. "En verdad lo estoy. Si bien sé que lo que hago es necesario y una bendición, todavía es difícil a veces".

Clay asintió con simpatía.

"¿Hay algo que necesites antes de ir a buscar la medicina?", preguntó ella.

Clay vio que los dos ayudantes miraban cortésmente. Decidió ser atrevido.

"Un beso", susurró.

Ruth sonrió y dijo suavemente: "Por supuesto".

Se inclinó sobre el borde de la jaula, sus labios fruncidos y una sonrisa encantada en sus ojos.

Clay inclinó la cabeza hacia arriba para recibir el beso, sus labios suaves y gloriosos contra los suyos.

Sacó la jeringa de la manta, cerró los ojos y golpeó. Ella jadeó cuando la aguja le atravesó el cuello y él empujó el émbolo más profundo cuando abrió los ojos. La morfina explotó fuera de la hipodérmica, y ella retrocedió tambaleándose, deslizándose del acero.

Clay la vio caer al suelo, le sonrió y dijo: "Mi muerte es mía, Enfermera. Nadie más puede decidir mi destino".

Con un golpe salvaje, Clay logró apuñalar a uno de los ayudantes en el ojo con la aguja antes de que se la arrancaran. La risa de Clay se unió a los gritos repentinos de los vivos y los muertos mientras el sobreviviente lo golpeaba hasta matarlo en los fríos y duros confines del Hospital de Sanford.

* * *

¡Historias Extra GRATIS!

¡Vaya, esperamos que hayas disfrutado este libro tanto como nosotros al escribirlo! Si te gustó el libro, por favor deja un comentario. ¡Tus comentarios nos inspiran a seguir escribiendo sobre el mundo de horrores espeluznantes e incalculables!

¡No olvides descargar tus historias extra gratis! Regístrate en la lista de correo a continuación para descargar tus historias de terror completas, obtener relatos cortos gratis y recibir futuros descuentos: www.ScareStreet.com/regalo